



BIBLIOTECA LITERARIA

DE

AUTORES ESPAÑÓLES Y EXTRANJEROS

VOLUMEN XXI

*Palencia*  
**UNIVERSIDAD DE PALENCIA**  
**BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD**



BIBLIOTECA LITERARIA  
DE  
AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

VOLUMEN XXI

*Palencia*  
**ARMANDO VILLANUEVA**  
**ADJUNTO DEL MUSEO**



BIBLIOTECA LITERARIA

DE

AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

VOLUMEN XXI

*Palencia*  
**UNIVERSIDAD DE PALENCIA**  
**BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE**



OBRAS DE SELGAS  
ESTUDIOS SOCIALES. - VOLUMEN IV

---

DELICIAS

DEL

NUEVO PARAÍSO

RECOGIDAS AL VAPOR EN EL SIGLO DE LA ELECTRICIDAD

Y

COSAS DEL DÍA

Continuación de las DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO

POR

JOSÉ SELGAS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

EDITORIAL REUS, S. A.

PRECIADOS, 6

ACADEMIA «EDITORIAL REUS»

PRECIADOS, 1. - APARTADO 12.250

1929



OBRA DE SEÑOR

ESTUDIOS SOCIALES VOL. IV

DE LAS

DEL

NUEVO PARAISO

ESTUDIOS SOCIALES VOL. IV

COBAS DEL DIA

ESTUDIOS SOCIALES VOL. IV

DE

JOSE BELGA

SEGUNDA EDICION

MADRID

EDITORIAL REUS

LIBRERIA

DE LA PLAZA DE LAS CORTES

N.º 15 Duplicado

Talleres tip. de la Sociedad anónima EDITORIAL REUS  
Ronda de Atocha, 15 duplicado. MADRID (8 189)

## INTRODUCCION

Si la Providencia hubiese tenido por conveniente dejarnos elegir la época en que habíamos de nacer, no sé si hubiéramos elegido para venir al mundo la época presente; es muy dudoso; pero confieso con toda ingenuidad que, una vez aquí, en medio del siglo XIX, no debemos encontrarnos del todo descontentos, y aun creo que debiéramos estar contentos del todo, si pensáramos que, abandonado a nuestra elección el momento en que habíamos de nacer, probablemente habríamos elegido otro peor que éste.

Convengamos en que al fin y al cabo el siglo XIX es nuestro siglo, y no nos neguemos por pura hipocondría la viva satisfacción de haber nacido en el más grande de los siglos.

No siempre se presentan ocasiones tan favorables, y todo el mundo sabe que la fortuna es una loca y que a la ocasión la pintan calva, precisamente para que nos veamos en la necesidad de cogerla por un cabello.

Afortunadamente el siglo en que vivimos no

tiene por ahora más jueces que nosotros, y, por lo tanto, podemos con toda seguridad despacharnos a nuestro gusto.

Nosotros, que tenemos los pies en este siglo y las manos en los siglos futuros; que vivimos hoy con lo que pueda haber mañana; que nos hemos adelantado a nuestro tiempo hasta el punto de ser una generación que se come muy tranquilamente el pan de las generaciones que no han nacido todavía, bien podemos, por la prodigiosa extensión que hemos dado a nuestros legítimos derechos, erigirnos en nuestra propia prosperidad. ; Qué duda tiene!

Cualquiera que sea la razón en virtud de la que se haya concedido a las posteridades el derecho de juzgar definitivamente lo pasado, nosotros no podemos inclinarnos ante esas horcas caudinas sin exponernos a la contingencia de una quiebra que pudiera muy bien calificarse de fraudulenta.

Equivaldría a conceder a los contribuyentes el derecho de juzgar el caso enorme de los gastos públicos; sería hacer al marido juez del lujo de su mujer; sería, en fin, cerrarnos la inmensidad de ese gran bolsillo que se llama deuda, y que nosotros hemos sabido abrir por medio de esa llave maestra que se llama crédito. Crédito: he ahí la ganzúa lícita del siglo XIX.

Cada siglo representa un papel en la Historia, y a nosotros nos ha tocado en suerte representar el papel de la deuda.

Detrás del derecho está el deber, como el an-

verso está detrás del reverso; y siendo indisputable nuestro derecho a gozar de la felicidad más completa, claro es que los que nos sucedan en el usufructo de la vida han contraído de antemano el deber de pagar la felicidad que hoy poseemos.

Hagamos a la posteridad juez de nuestro siglo, y nos exponaremos a que nos proteste la cuantiosa letra que ya hemos girado contra los siglos futuros. Y bien: ¿entonces quién la paga?

¿Y qué testimonio puede demostrarnos mejor la excelente bondad de nuestro siglo que el testimonio vivo de nuestra propia dicha?

¿Qué género de sofismas podrán inventar las generaciones futuras para hacernos creer que esta felicidad es una desdicha, que esta grandeza es una miseria, que toda esta prosperidad es una pura trampa? ¿Y quién habría de creerlos, siendo ellos los que deben pagarlo!...

Sería tanto como hacernos creer que el gas no alumbraba, que la electricidad no habla, que el vapor no corre, que el dinero no vuela; equivaldría, en una palabra, a hacernos creer que nosotros no somos nosotros, que este siglo no es el siglo XIX.

No hablo con esas pobres gentes que viven perdidas en la soledad de los campos o encerradas entre las cuatro tapias de sus humildes aldeas; que en vez de pedirle a la tierra el fruto anticipado, le entregan anticipada la semilla; que en vez de gastar, ahorran; que en vez de

gozar, trabajan ; que en vez de ser grandes y poderosos, todavía se contentan con ser felices.

No hablo con esas gentes que, en vez de poner su confianza en un Banco, aún confían en el cielo ; que tienen el trabajo por felicidad, los hijos por riqueza y el descanso por lujo.

Y no me atrevo a decir que el conjunto de todas esas gentes forman lo que se llama una gran mayoría, porque las mayorías todo lo pueden, y esas pobres gentes apenas pueden salir del día.

No hablo, pues, con ellas, porque, en rigor, no viven en nuestro tiempo ; viven virtualmente lejos de nosotros, sin atreverse a pasar del umbral de nuestro siglo.

Hablo, digámoslo así, con nosotros, con los que vivimos en toda la plenitud de nuestro tiempo, en medio de estos grandes centros en que nos agitamos llevados y traídos por el incansable movimiento de la vida moderna.

Aquí es donde se ve el siglo en toda su majestad y en toda su gloria.

¿Quién, medio dormido en el regazo de su madre o en los brazos de su nodriza, no ha oído contar alguna vez a la una o a la otra las maravillosas delicias de la ciudad de Jauja?

¿Quién, dormido del todo y columpiado por el suave movimiento de esos brazos que Dios ha hecho para dormir a los niños y para sujetar a los hombres, sintiendo en el alma la dulzura de esos besos que sólo las madres saben

dar a sus hijos, no se ha visto transportado a la ciudad de Jauja?

En Jauja los ríos son de leche, las fuentes de miel, las casas de azúcar; Jauja es el paraíso de los niños. Pues bien: Londres, París, Madrid, son las Jaujas de los hombres, y los que no viven en Londres, en París o en Madrid, no se puede decir que viven en el paraíso de nuestro siglo.

Aquí la felicidad nos sale al paso por todas partes.

Y no se crea que es esa felicidad ramplona que le pide al hombre virtud, que sólo está al alcance de las conciencias tranquilas, que puede poseerla el ignorante y adquirirla el pobre: no: se trata de una nueva felicidad, de la felicidad moderna, de esta felicidad que, en cambio de todos los goces, de todos los placeres, sólo nos pide oro.

Es esa felicidad que necesita saber que somos ricos para concedernos el don siempre apetecido de ser dichosos.

No es esa felicidad vergonzosa que se esconde entre las cuatro paredes de la casa, ocultándose en el seno tranquilo de las familias honradas, como la mujer honesta esconde a las miradas de los hombres sus más bellos encantos.

No es esa felicidad inalterable y fastidiosa que descansa en la confianza de la amistad, en la seguridad del cariño, que hace a nuestros ojos amable la vida, que hace de una choza un palacio, de un pobre un rico.

No se trata de esa felicidad vulgar, acompañada como los movimientos del péndulo, regular como los latidos de un corazón sano, serena como un día sin nubes, tranquila como una noche sin tempestades.

No se trata de esa felicidad solitaria, que se alegra el día de la abundancia y se resigna el día de la escasez.

No es esa felicidad sin gloria, sin ruido, sin celebridad, ignorada muchas veces hasta por los mismos que la disfrutan, la felicidad tumultuosa, arrebatada, deslumbradora y magnífica que nuestro siglo nos ofrece.

Aquí, donde detrás de cada esquina nos espera un placer; donde las mujeres más hermosas del mundo se disputan nuestras miradas; donde no hay calle sin café ni café sin teatro; donde los más maravillosos espectáculos nos arrastran, envolviéndonos en el torrente agitado de la concurrencia; donde no hay día ni noche; donde una eterna primavera mantiene en esplendor constante la seda y el oro, el mármol y el bronce, los encajes y las perlas, el terciopelo y los diamantes.

Aquí, donde la miseria está prohibida y sólo se la consiente cuando canta y baila en medio de las plazas públicas, mezclando los gritos y las contorsiones de su felicidad a las convulsiones y a los gritos de la común alegría.

Aquí no hay deseo ni apetito que no se satisfaga.

Las fondas, los cafés, los teatros, los pala-

cios, los garitos, las cárceles y los casinos, harían inútiles las casas, si no fueran absolutamente indispensables para formar las calles.

El placer nos tiende los brazos, la opulencia nos llama, la felicidad nos grita, el paraíso de la tierra nos abre de par en par sus puertas suntuosas, convidándonos a todos los deleites de la vida. Eramos hombres, y nos hemos hecho dioses; entremos, pues, en nuestra propia casa.



## EL PRINCIPIO Y EL FIN

En el momento mismo en que estábamos a punto de reconocer la eternidad de la materia, en virtud de ciertas agudísimas averiguaciones, por medio de las que, varias ciencias confabuladas *ad hoc*, han revelado con el mayor sigilo a diversos sabios de los que hoy pueblan la tierra, que el origen del mundo se pierde en la obscuridad de tiempos remotísimos, y que, por lo tanto, mientras no se tenga científicamente a la vista su partida de bautismo, no se puede asegurar quién fué su padre, quedando la sospecha científica o la opinión racional de que él mismo se diera ser a sí propio; un sabio, alemán por más señas, dando la media vuelta a la derecha correspondiente a esa media vuelta a la izquierda, ha descubierto el fin del mundo.

No teniendo Voltaire ya nada de qué burlarse, tuvo la ocurrencia de mofarse de la ciencia moderna, asegurando que era un imbécil el que en presencia del reloj negara el relojero; de manera que el ídolo de nuestra sabia impiedad declaró imbécil a esta ciencia que, descendiendo al fondo de las cosas, ha caído por su propio

peso en el abismo de que al mundo no lo hizo nadie.

Y, en verdad, ¿qué sabía Moisés para asegurarnos bajo la fe de su palabra, sin ningún género de demostración científica, que Dios ha sido el autor del universo?

El génesis moderno ya es otra cosa.

Cansada la materia de su eterno reposo, salió un día del fondo de la nada; quiso ver, y de sí misma sacó la luz; quiso ser algo, y por la fuerza de su propia voluntad se convirtió en creadora de todas las cosas.

Una vez dueña de sí misma, se derramó por el espacio en innumerables mundos.

Aquello era coser y cantar.

La tierra se desprendió de aquella masa omnipotente como una hija que se separa de su madre, y por una coquetería propia de su sexo, comenzó a dar vueltas alrededor del sol, como diciéndole: «mírame».

Entonces comenzó, digámoslo técnicamente, su *toilette*. Primero se envolvió con un manto de nubes; después se sumergió en aquel anchuroso baño conocido con el nombre del diluvio, y salió de él ceñida la frente con el arco iris: se empinó en soberbias montañas, las montañas formaron los valles, por los valles corrieron los ríos, los ríos cubrieron sus caprichosas márgenes de hierbas menudas, de plantas airo-sas, de árboles gallardos.

Los mares se tendieron a los pies de esta di-

vinidad, hija de sí misma, como leones domesticados.

El agua no acertaba a estarse quieta, y, por hacer algo, *confeccionó*, allá en sus profundas soledades, millones de peces y millares de monstruos.

El aire no quiso ser menos, y, como es tan listo que se pierde de vista, con la rapidez de un soplo se cubrió de insectos y de aves.

La tierra vió esto y se sonrió, como quien dice: «Ahora veréis»; y sin más cumplimientos, convirtió el polvo en gusano y el gusano en cuadrúpedo.

Quiso perfeccionar la especie, y con movible ligereza saltó el mono entre sus manos.

La tierra debió soltar la carcajada ante aquella monería, y con esa curiosidad propia de las mujeres, quiso saber lo que había dentro del mono, y ¡qué admirable casualidad!, salió el hombre hecho y derecho, el hombre en cuerpo y alma.

Como si a este nuevo ser le hubiera transmitido todo su poder y toda su inteligencia, desde aquel momento la materia se convirtió en completamente imbecil, sin que desde entonces a acá haya sido posible sacarla de su estúpido embrutecimiento.

Afortunadamente tuvo la precaución de dejarle a cada planta el secreto de la semilla, y a cada especie la manera oculta de reproducirse, como si presintiera que su sabiduría había de agotarse para siempre.

He aquí el mundo, tal y como ha salido de las manos de eso que se llama ciencia moderna.

He aquí el hombre, tal y como ha salido de la soberbia razón del mismo hombre.

Aquí tenemos la estupenda maravilla de un efecto sin causa, y el raro prodigio de un hijo que no ha tenido padre, o, más bien, un efecto que es a la vez su misma causa, y un hijo que es a la vez su propio padre.

Aquí está el reloj que no ha necesitado relojero, o, mejor dicho, el reloj que se ha hecho a sí mismo.

Tal es el génesis; veamos ahora el día del juicio: el fin debe corresponder al principio, y, según las últimas noticias que nos ha comunicado la ciencia, debemos confesar que, en efecto, corresponde.

Un sabio alemán se ha quemado las cejas, ¡ parece mentira!, para averiguar que el centro de la tierra sufre un enfriamiento constante; que, en virtud de ese enfriamiento, disminuye su volumen, y asegura que llegará un día en que quedarán sin base los continentes que se elevan sobre los mares, y entonces las cuatro partes del mundo, Europa, Asia, Africa y América, se hundirán como la decoración de un teatro, y, arrastradas por su propio peso, quedarán sumergidas en el seno del mar.

El mundo se convertirá en un lago, y la tierra será un océano sin orillas.

Y entonces, ¿qué le sucederá al hombre?

El sabio vuelve a abrir la boca, y nos asegu-

ra que las *razas humanas* tendrán que reducirse a vivir en los pocos puntos que escapen a la inundación, y que estas razas, salvadas del naufragio en una tabla de tierra, se modificarán y se transformarán físicamente en otras especies, a causa de las nuevas condiciones que se habrán creado en la vida orgánica por el cambio de la atmósfera.

No nos dice este profeta científico qué forma, poco más o menos, tendrá que adoptar la especie humana para poder acomodarse a las condiciones de esa nueva atmósfera; y esta omisión, que nos deja a oscuras acerca de un punto tan importante, nos autoriza a buscar esa nueva forma de la especie humana, aunque tengamos que buscarla a oscuras.

Por de pronto se ocurre que, aumentándose la extensión del agua en razón de la disminución de la tierra, el hombre tendrá que dividir las condiciones de su organismo para poder vivir con cierta comodidad entre uno y otro elemento, y adoptará, por consiguiente, la forma que mejor le venga de cualquiera de las especies de anfibios que nos son conocidas.

Podrá cada uno, como en una ropería, elegir el vestido que más le acomode, y haciendo cada cual de su capa un sayo, la especie humana, empezando por la rana y acabando por el hipopótamo, vivirá, digámoslo así, con un pie en el agua y otro pie en la tierra.

Nada más lógico que este fin, si se tiene en cuenta el principio: el hombre, que procede

del mono, no encontrará gran inconveniente en convertirse en caimán ; y si las cosas aprietan y el agua estrecha las distancias, del mismo modo que desde gusano llegó a hombre, bien podrá convertirse de hombre en cetáceo.

Ahora es el rey de la tierra, y entonces será el rey de los mares.

Pero demos a esta indagación científica todo el crédito que se merece : cuando la ciencia humana habla, es preciso bajar la cabeza, y tendremos todavía un recurso triple para sobrevivir a la catástrofe, reuniendo a la vez, para poder vivir en el agua y en la tierra, las condiciones del pez que nada, del ave que vuela y del bruto que corre.

Una vez que falte la tierra necesaria al linaje humano, el hombre podrá transformarse en palmípedo, y de esa manera podrá vivir en el agua, en el aire y en la tierra.

Entonces sí que hablará la ciencia por boca de ganso ; entonces sí que graznará la ciencia.

Y esa transformación que el sabio alemán ha sacado de las profundidades de su sabiduría, debemos tenerla encima, porque se observan casos frecuentes de hombres que ofrecen señales evidentes de que se inclinan a la especie de los palmípedos, arrastrados por la fuerza de una intuición irresistible.

Es verdad que el sabio alemán asegura que el centro de la tierra necesita todavía quinientos millones de siglos para acabar de enfriarse ; pero téngase en cuenta que el progreso, acor-

tando las distancias, ha disminuído el tiempo; y que así como en cuarenta días se le da una vuelta al mundo, así en cuarenta años se pueden correr millones de siglos.

Por otra parte, siempre ha habido hombres que se han adelantado a su tiempo, y no debe extrañarse que haya quien, adivinando ese cataclismo, se adelante a recibirlo previamente, transformado de hombre en ganso.

¡*El porvenir!* Eh ahí *el porvenir!*

Los que para entender algo de lo presente pasamos la vida tomando lecciones de lo pasado, no hubiéramos llegado nunca a comprender que lo por venir reservaba a la especie humana tan gloriosa apoteosis.

Los que no hemos averiguado el origen del hombre en la genealogía de la ciencia moderna, no podíamos comprender que esta máquina que piensa, llegara, por una sucesión de transformaciones, a dejar de ser hombre.

Pero, francamente: partiendo del mono, no hay dificultad en convenir en que el hombre pueda llegar a ser pato.

Y he aquí una sabiduría que nos lleva como de la mano, desde la brutalidad de nuestro origen a la barbarie de nuestro fin.

Y he aquí por qué, hablando propiamente, tantos hombres superiores a sus tiempos graznan, agitando sus plumas, las glorias del porvenir.

A todos aquellos a quienes oigáis decir: «El porvenir es nuestro», creedlos, porque sin duda

ninguna están ya más cerca de ser gansos que de ser hombres.

Se han adelantado a su tiempo quinientos millones de siglos, y han empezado a embrutecerse por medio de la ciencia moderna, para guiar a la *humanidad*, al través del tiempo, a su próxima transformación.

Tal es el principio y tal es el fin.

¡Oh, civilización! ¡Oh, progreso! ¡Oh, ciencia!



## UN HOMBRE LIBRE

Es *Vago*, según la definición más corriente, aquel que no tiene modo alguno de vivir conocido, cuando precisamente la vagancia es la manera de vivir más conocida que hay en el mundo.

¡ Ya se ve! : la vida es una lámpara que arde por más o menos tiempo, y necesita indispensablemente una cantidad mayor o menor de aceite que alimente la llama : la substancia indispensable para que arda la lámpara, se llama dinero.

Para vivir, pues, más o menos tiempo, mejor o peor, el hombre necesita proporcionarse ante todo y sobre todo una cantidad líquida.

Parece que debía entenderse por modo de vivir la manera de consumir esa cantidad, mayor o menor, necesaria a la vida del hombre ; pero no es eso : se entiende por manera de vivir, el modo de adquirir la suma de dinero que la vida consume.

De forma que el *Vago* se distingue únicamente de los demás hombres en el procedimiento desconocido por medio del que adquiere el di-

nero preciso para sus necesidades, para sus placeres, para sus vicios, para su opulencia; en una palabra: para llevar cómoda o brillantemente por el mundo la carga de la vida.

*Vago* es el hombre que no ejerce oficio, industria ni profesión ninguna; que no posee renta, sueldo ni beneficio de ninguna clase, y que desdena el trabajo de su entendimiento y de sus manos, como una tiranía que menoscaba el sagrado derecho de su libertad augusta.

Quedan, pues, excluidos de la especie, desde los políticos de oficio hasta los jugadores de profesión; el club y el garito son medios conocidos de vivir; las sociedades secretas son ya industrias públicas, y la prostitución es un comercio lícito, admitido y corriente, con que se buscan la vida todas las mujeres que se pierden.

El *Vago*, en fin, es un ser raro, casi incomprendible, que vive por la razón, a la vez suprema y sencilla, de no tener sobre qué caerse muerto.

A los ojos de la sociedad, el *Vago* se plantea como un problema, cuyos términos son éstos:

El que no tiene modo de vivir, ¿cómo vive?

A los ojos del *Vago*, el problema se plantea en otros términos, porque la dificultad se le presenta en sentido opuesto, y dice:

«Yo no tengo sobre qué caerme muerto; ¿cómo, pues, muero?»

Ahora bien: ¿es delito la vagancia?

Hay dos opiniones: unos dicen que sí, apoyándose en todos los códigos de Europa, que,

ya de un modo, ya de otro, condenan la vagancia. Los contrarios sostienen que no, fundándose en que no se encuentra por ninguna parte la lesión ni el daño con que la vagancia lastima el derecho de otro.

Este *otro* no debe ser la mujer del *Vago*, que queda privada de todo auxilio por la vagancia de su marido.

No deben ser los hijos del *Vago*, que quedan abandonados por la vagancia del padre.

No debe ser la madre del *Vago*, que queda desamparada por la vagancia del hijo.

Y si no se quieren admitir estas excepciones, hay que reconocer que la mujer no tiene derecho al auxilio de su marido, que los hijos no tienen derecho a la protección de sus padres, y que las madres no tienen derecho al amparo de sus hijos.

Pero, en realidad el fondo de la cuestión no es este. Hay que partir del origen legal de la sociedad presente para distinguir con toda claridad los deberes antiguos de los derechos modernos.

Esto importa mucho.

Nadie sabía cómo, dónde ni cuándo celebra el hombre contrato alguno con los demás hombres, en cuya compañía vive, formando familias, pueblos y naciones; pero hace ochenta años que debimos salir de esta duda, porque *Juan Jacobo Rousseau* descubrió en la obscura y empolvada escribanía de su entendimiento el instrumento público de tan ignorado convenio.

Hasta entonces el hombre había vivido considerándose ligado a la sociedad por los vínculos morales propios de su naturaleza, hallándose en ella, permítaseme la comparación, como el pez en el agua, como el pájaro en el aire, sin hacer memoria de haber estipulado previamente las condiciones con que había de vivir en lo que es su propio y natural elemento; y se resignaba a vivir en estrecha comunicación con sus semejantes, engañado por el convencimiento de que no podía vivir de otra manera.

Mas esta ignorancia, tan antigua como el hombre mismo, vino a disiparse ante la aparición de *El Contrato Social*, de que dió fe, a falta de otro escribano, el mismo *Juan Jacobo Rousseau*.

En este caso la sociedad se empequeñece, se reduce y disminuye, hasta el punto de considerarse como un solo individuo, para que cada hombre por sí sólo represente tanto como la sociedad misma con quien va a contratar las condiciones de su vida, pues de otro modo no podría verificarse en justa proporción esta especie de contrato bilateral y continuo, que cada uno hace al nacer con la sociedad en que va a ajustarse por el resto de sus días.

En todo contrato parece preciso que las partes sean legalmente iguales, es decir, que tengan igual aptitud para contratar, que estén igualmente revestidas de todos los requisitos y de todas las garantías necesarios para la perfecta legitimidad del contrato.

La sociedad, por consiguiente, debe reducir su poderoso conjunto a la mínima expresión de un simple individuo, o el individuo necesita elevarse a la suma total del conjunto, para que el contrato sea perfecto, porque no tendría fuerza si el hombre, al contratar con la sociedad, no fuese moralmente tanto como la sociedad misma con quien contrata.

Es decir, que la primera condición de *El Contrato Social*, es que la parte sea igual al todo, o que el todo se haga igual a la parte.

En cada uno de estos contratos sucesivos entre la sociedad que existe y el individuo que nace, se ofrece la posibilidad de nuevas condiciones por una y otra parte, que alteren continuamente el modo de ser de los contratantes, y, por lo tanto, de lo contratado: si el individuo se somete por necesidad a la ley del conjunto, no hay contrato: si el conjunto se somete a la ley particular de cada individuo, no hay sociedad.

Mas esto no importa: el hombre tiene derecho a ser salvaje; si no lo tiene, no es libre, y no se le puede negar la libertad de que opte entre ser negro de Guinea o individuo de un pueblo culto.

El facineroso que rompe con la sociedad no es, en resumen, mas que un individuo que pide la revisión del contrato. ¿Por qué se le ahorca?

La sociedad, huyendo de su origen divino, se refugia en la movilidad de un derecho pura-

mente humano ; lo que era una necesidad se ha convertido en un convenio.

Colóquese al hombre pactando con la sociedad, y se le verá pedir mucho y ofrecer poco ; lo querrá todo por nada ; en una palabra : exigirá todos los derechos y se negará a todos los deberes.

Para formar parte del conjunto, para entrar en la sociedad, se asegura que el hombre tiene precisión de hacer el sacrificio de una parte de su libertad de salvaje ; pues bien : esta parte debe ser la menos posible ; y si se llega a conseguir que el individuo no haga sacrificio ninguno de su libertad, se alcanzará la plenitud de la civilización moderna ; esto es, la feliz combinación de estos dos términos : el hombre salvaje y la sociedad culta.

Ahora bien : cuantos menos vínculos sujeten al hombre a la sociedad, más libre será el hombre : por consiguiente, el *Vago* es el ciudadano más perfecto en las sociedades formadas por *El Contrato Social*, porque es el más libre, el que tiene más derechos y menos deberes ; en una palabra : el que más toma y el que menos da.

En sociedades constituídas por la acción permanente de ese contrato continuo, los individuos que adquieren los derechos sin la retribución de ningún deber, que viven en ellas, digámoslo así, *gratis*, son verdaderamente los *socios de mérito* de la sociedad presente.

Tal es el *Vago*, elemento flotante que nace

en el fondo y vive en la superficie, y que, semejante a Simónides después del naufragio, puede decir «Todas mis riquezas van conmigo».

Es el ser completamente emancipado y perfectamente libre, que se levanta sobre los escombros de la última tiranía, la tiranía del trabajo; lleva a la sociedad todas sus necesidades, todos sus apetitos, todos sus vicios, y recoge en ella todas las satisfacciones.

Es el verdadero salvaje en medio de la sociedad culta.

No es padre, no es hijo, no es marido, apenas es ciudadano, porque no le queda tiempo más que para ser *Vago*.

Había de vivir en medio de un bosque de árboles; pues vive en medio de un bosque de hombres.

¿Dónde está?

En todas partes.

En las casas de juego.

En los clubs.

En las turbas.

En los cafés.

En los corrillos.

Es el público de todo escándalo, el coro de toda infamia, el cortesano de toda iniquidad.

Cuál es su crimen?

¿Será por ventura haberse ingeniado la manera de ser más libre que el resto de los hombres? Además, la vagancia es una industria.

Pero el *Vago*, por lo común, vive, gasta,

triunfa y brilla: ¿de dónde, pues, saca el capital que disipa?

Es verdad; pero en ninguna parte del mundo civilizado se considera como delito la fortuna de encontrarse una mina.

Por lo demás, no hay un ser más activo que el *Vago*, porque no se sabe lo que es capaz de hacer un hombre libre de toda ocupación útil y honesta.

Diréis que el *Vago* no sirve para nada, y, sin embargo, por eso mismo es materia dispuesta para todo: la *ganzúa* no es llave de ninguna puerta, y precisamente por eso sirve para abrirlas todas.

Suprimid los *Vagos*, y al cabo de algún tiempo habrá que poner en la puerta de las cárceles un letrero que diga: «Esta casa se alquila»; y en las puertas de Madrid: «Este pueblo se acaba».

Para ellos la vida es un día de huelga, y alzándose contra aquella sentencia antigua que condenó al hombre a vivir del sudor de su frente, reivindicán los derechos de la dignidad humana, ultrajada por la tiranía del trabajo, y pasean su triunfante regeneración entre el *Saladero* y el *Hospicio*.

Cayó la tiranía de Dios bajo los golpes repetidos del libre examen; cayó la autoridad del padre bajo el peso de la libertad de las costumbres; cayó la autoridad de los poderes públicos al empuje expansivo de las libertades políticas; empieza a caer la tiranía del trabajo



confundida por la holgada fuerza de la vagancia.

El *Vago* es la última evolución de la libertad, y en el orden categórico de los seres humanos, es el ser completamente libre.

## TRIUNFO DE LA MATERIA

Yo veo a la materia obedecer ciegamente los mandatos del hombre; la veo tomar todas las formas; revestirse de todos los colores; transformarse, combinarse; la veo contenerse dentro de la figura que el hombre le da; la veo, en fin, dócil, domesticada, tratable, casi inteligente; en una palabra: culta.

Veó el mármol, tan duro de cascos por su naturaleza, dejarse persuadir por las agudas insinuaciones del cincel, y le veo abrirse poco a poco como un libro para dejar paso al conjunto animado y armonioso de una estatua.

Veó el agua, de suyo inquieta, impaciente y revoltosa, someterse humilde a la ley del cauce, precipitarse en el sifón que la llama, trepar por las estrechas paredes de los saltadores, y salir orgullosa, como quien sabe lo que se hace, diciendo a todo el que quiere mirarla: «He aquí un soberbio ramillete; he aquí un finísimo encaje».

Veó que el aire, vago e indolente, que va de un punto a otro arrastrado por la fuerza de su propia inercia, que está a la vez en todas par-

tes, como si esa fuera la única ocupación de los que no tienen nada que hacer, que pasa su vida tendido sobre la tierra, atizando incendios y apagando luces, cede al fin a las persuasivas insinuaciones del fuelle, que le recibe y le rechaza como un pulmón que respira.

Yo le siento entrar con discreción admirable en las complicadas tuberías del órgano, y le veo salir por todas aquellas bocas mudas, cuya lengua es él, hablando, bajo las bóvedas augustas de los templos, ese idioma universal con que la tierra canta las grandezas del cielo.

Lo veo recibir de la cuerda herida por el arco o por la mano la nota triste o alegre, tierna o desesperada, y lo veo esparcirla, extenderla, vibrarla en invisibles ondulaciones, llevándola de oído en oído, de alma en alma, como lleva la palabra al pensamiento, como si supiera lo que hace, como si entendiera lo que dice.

Yo veo el vapor frágil, que se escapa de las manos, que huye como si supiera que un soplo lo disipa y un rayo de sol lo deshace; yo lo oigo mugir encerrado en su cárcel de bronce, y lo veo arrastrar con pasmoso empuje pesos enormes, siguiendo siempre la señal de las inflexibles paralelas que van delante de él marcándole el camino.

Yo veo la electricidad que se inflama en el relámpago, que brama en el trueno y estalla en el rayo, como si quisiera decir en este tri-

ple tremendo lenguaje: «Yo abraso al que me toca».

Y, sin embargo, al mismo tiempo la veo correr como un *saltimbanqui* por la frágil maroma de un alambre, siguiendo con docilidad inteligente todas las insinuaciones del más severo equilibrio.

Yo la veo escribir en los aparatos telegráficos con la misma soltura, con la misma agilidad, con el mismo desenfado con que pudiera hacerlo el taquígrafo más eminente.

Esa fuerza bruta que parece que tiene su trono en las nubes y su ser en las tempestades por la virtud mecánica de una pila en combinación con un alambre, se ha convertido en el oráculo del género humano.

El hombre, las familias, los pueblos y las naciones, están pendientes del telégrafo.

«¿Qué dicen los dioses?» preguntaban los pueblos paganos.

«¿Qué dice Dios?» preguntaba el pueblo de Israel.

«¿Qué dice el telégrafo?» preguntan los pueblos modernos.

Se vive al vapor y se piensa al telégrafo.

O, lo que es lo mismo, ni se vive ni se piensa.

Es imposible hacer más con la materia.

El mundo es un gabinete de física, un taller de mecánica, un laboratorio de química, un museo industrial, en los que la materia, sorprendida como el ratón por el gato, ha caído

de plano bajo el imperio absoluto del álgebra y de la geometría.

En virtud de este dominio de la ciencia, la materia, regularizada, reglamentada, instruída, digámoslo así, civilizada, es capaz de todo.

Ella corre y vuela, lleva y trae, brilla y gasta, comercia y habla.

Es la cantidad elevada al cubo.

Es admirable el orden a que se ha sometido, y, sin embargo, la uniformidad del majestuoso desarrollo de sus facultades productoras es la cosa más natural del mundo.

La materia, puesta en movimiento por la ciencia aplicada a la industria, parte de todos los puntos de la circunferencia para ir a confundirse en la unidad del punto céntrico.

Esta unidad es su pensamiento, y este pensamiento, elevado a su fórmula abstracta, se llama ganancia, y reducido a su fórmula concreta, se llama dinero.

La ganancia es la idea, y la realidad es el oro.

De esta manera se han asociado todas las facultades de la materia, contribuyendo toda ella con la variedad de sus elementos, de sus cualidades y de sus virtudes, en el pensamiento común de realizar ganancias, esto es, de hacer dinero.

Principio, la materia ; medio, la ciencia ; fin, el deleite.

Y en medio de este armonioso movimiento y

de esta espléndida regeneración de la materia, ¿qué es el hombre?

¿Es su dueño o su esclavo?

Ella no tiene brazos, y, por consiguiente, no podía servirse de sí misma para emprender la obra de su grandiosa regeneración.

Necesitaba manos, y tomó las del hombre.

Ella le dió a entender que en el fondo de toda substancia en bruto hay un bolsillo, más o menos lleno, y el hombre se alquiló a la materia, porque ella le dijo: «Todo lo que yo gane será para ti».

El mármol, dejándose romper, le dijo: «Aquí hay una estatua».

El agua, impulsada por el fuego, le dijo: «Aquí hay una fuerza».

Las flores le dijeron: «Aquí hay perfumes.»

Un ruin gusano, tejiendo indolente su celda solitaria, al encerrarse en ella para morir, le dijo: «Esto es seda».

Un poco de barro fundido en horno misterioso le envió, desde la grieta del peñasco en que estaba encerrado, los rayos luminosos del diamante.

La arena calcinada, deshaciéndose debajo de sus pies, le gritó: «Yo quiero ser cristal».

La piedra le gritó con dureza: «Yo quiero ser hierro»; y el hierro, a su vez, le dijo: «Yo quiero ser acero».

El plomo, con su pesadez natural, le gritaba «Yo tengo plata»; y el cobre, cediendo a la vanidad de su opulencia, le descubría de vez en

cuando los hilos casi invisibles de sus venas de oro.

Toda la materia le rodea, gritándole: «Aquí hay dinero»; y el hombre se vende a la materia y se alquila a la ganancia, y al someterse a la imperiosa seducción de los intereses materiales, se ha rebelado contra su espíritu, creyéndose dueño del mundo en el momento en que ha empezado a dejar de ser dueño de sí mismo.

La materia le obedece y se inclina delante de él, como la sultana dobla la cabeza ante su esclava para que ésta le ciña la diadema.

El oro es la divinidad que adoramos, la única autoridad que reconocemos; el culto de esos dios es el placer, y ya no hay respeto humano más que para las cantidades respetables.

Desde el momento en que el número funda el derecho, la razón pertenece a la cantidad, y no puede haber más ley que la fuerza.

Trescientos votos, tres mil millones, trescientos mil fusiles; una mayoría, un bolsillo y un ejército; tres números, tres cantidades, tres sumas, esto es, tres fuerzas brutas.

Todo puede hacerlo un Parlamento, todo lo hace el dinero, todo lo puede un ejército; legisladores en *comandita*, capitales en circulación, soldados en batalla; un Congreso, una Bolsa y un cuartel; el número, la suma, la cantidad; la masa que discurre, que especula, que arrolla.

Explosión abrumadora de intereses materiales que nos aturde.

Atracción irresistible de goces materiales que nos arrastra.

El número es la razón material.

La cantidad es la verdad material.

La fuerza es la ley material.

Este es el orden material.

Dejemos al hombre bajo el peso de esta múltiple tiranía, y busquemos a la mujer como la civilización quiere que sea, y como ella es.

Véamosla.



## LA BELLEZA ETERNA

Debe considerarse como un mero capricho o como una preocupación inexcusable, el empeño de ser feas con que todavía se distinguen algunas mujeres, y la costumbre inveterada de envejecer que aún domina en todas ellas.

Hasta ahora, preciso es confesarlo, han podido resignarse a los imperiosos mandatos de la naturaleza, sometiéndose a las duras condiciones de esa ley que obliga a ser feas a algunas y envejecer a todas.

Contra lo primero sólo se habían encontrado términos medios, subterfugios, sofismas, cosméticos, digámoslo así, empíricos, cuyo éxito no pasaba del exiguo resultado de poner al alcance de las mujeres una hermosura intermitente o una juventud de pura perspectiva.

En honor de la verdad, la química aplicada a la hermosura y a la juventud no se encontraba a la altura que señala el nivel de nuestros adelantos, porque, en vez de cubrir las incorrecciones en que suele incurrir la naturaleza y de ocultar los deterioros con que el tiempo maltrata a las mujeres, sólo servía para

descubrir la misma necesidad que no acertaba a vencer.

Semejante a la deuda, producto natural del crédito, en vez de decir «esto hay», decía simplemente: «todo esto falta».

El cosmético más fino, la composición más exquisita y más perfecta podían ser comprados por las mujeres, ya en una, ya en otra perfumaría; pero es lo cierto que esas maravillosas combinaciones de substancias químicas, hábilmente preparadas, se vengaban a su vez, vendiendo en todas partes a las mismas mujeres que las habían comprado.

No hay mujer que no quiera ser hermosa y que no quiera ser joven: esto ha podido sospecharse con más o menos fundamento, con más o menos excepciones; pero ha adquirido una autenticidad incontestable, ya en unas mujeres, ya en otras, por el testimonio irrecusable del empeño con que a todo trance buscaban una belleza inverosímil o una juventud imposible.

Tratando de ocultar delante del espejo los defectos del semblante, no hacían más que descubrir, en presencia de las gentes, los excesos de sus deseos, y al querer asegurar que eran hermosas, sólo conseguían advertir que deseaban serlo; porque las más ingeniosas combinaciones de la química no habían pasado en este punto de tentativas desgraciadas.

Mas, sea como quiera, de este modo protestaban por lo menos contra las injusticias de la

naturaleza y contra los implacables rigores del tiempo, manifestando hacia sí mismas un desprecio, cuya intensidad sólo podían medirse por el afán que mostraban en ser otras.

Pero es el caso que la dificultad ha llegado a ser vencida; que la naturaleza, resueltamente derrotada, y el tiempo, hábilmente esclavizado, no tienen ya facultad ni poder para conseguir que una mujer sea fea, como ella no quiera serlo, ni pase de los veinte años, a no ser que por puro capricho se obstine en cumplir cincuenta.

Aunque se trata de juventud y de hermosura, permítaseme decir que A. Reynaud ha puesto el dedo en la llaga.

Pero, ante todo: ¿quién es A. Reynaud?

Si se le considera por su aspecto exterior, no pasa de ser un hombre según la naturaleza; si se atiende a su condición civil, puede afirmarse que es un ciudadano; y si se examina el medio que ha elegido para buscarse la vida, puede presumirse que sea un perfumista.

Mas si dejamos la superficie para penetrar en el fondo; si apartamos al hombre, al ciudadano y al perfumista, nos encontramos con un genio.

A. Reynaud es una de esas inteligencias extraordinarias y poderosas, que aparecen de vez en cuando sobre la tierra para iluminar con un solo rayo de luz toda la fisonomía de un siglo.

A. Reynaud es una antorcha.

La primera cualidad que se advierte en el genio de este hombre inesperado, es el profundo conocimiento que ha adquirido del tiempo en que vive, bajo el triple aspecto de la filosofía, de la moral y del arte.

Filosóficamente hablando, ha descubierto y formulado la última, y, por consiguiente, la más sublime *evolución del concreto*.

Moralmente, ha establecido el principio de una igualdad perfecta e inmutable.

Artísticamente, ha condenado a la fealdad a cadena perpetua.

A. Reynaud ha completado la revolución, levantando en la cuarta plana de todos los periódicos, bajo la modesta forma de un anuncio, esta magnífica bandera:

«LA BELLEZA ETERNA.»

Y si por si alguno pudiera pensar que la belleza eterna es Dios, añada:

«Arte de conservarse y embellecerse.»

O, lo que es lo mismo, de sobrevivirse.

Y como pudiera haber alguien que por razones propias o ajenas se resistiera a creer en la maravilla del descubrimiento. A. Reynaud advierte, como testimonio poderoso, que «se vende en las principales librerías de Madrid».

No siempre discurre el hombre con la razón, y no deja de ser frecuente en nuestros tiempos que los hombres más sensatos discurren con el bolsillo, atendiendo a que el dinero va siendo la razón suprema de todas las cosas.

Y en este caso probable, no faltará quien.

apreciando en todo su valor tan extraordinario descubrimiento, caiga en la cuenta de que la *Belleza eterna* que se le ofrece pueda costarle un ojo de la cara, y es muy fácil que prefiera no ser tuerto en los años que le quedan de vida, a ser eternamente hermoso; pero también sale al paso de esta dificultad, añadiendo que tan estupendo prodigio sólo cuesta dos reales.

De todos modos, ¿qué excusa pueden tener ya las mujeres que se obstinen en ser feas? ¿Qué disculpa encontrarán las que persistan todavía en el empeño de envejecer?

Ello es que el poderoso y frágil atractivo con que esa bella mitad del género humano que se llama mujer, esclaviza a la otra mitad que se llama hombre, ha adquirido un encanto eterno.

La mayor parte de las mujeres que lean estos renglones, al llegar aquí, llenas de impaciente curiosidad, acudirán al espejo, empeñadas en descubrir el secreto de esa belleza infusa e interminable que poseían en germen sin saberlo.

Examinarán atentamente las más seductoras combinaciones de la mirada, probarán todas las actitudes, todos los movimientos, todas las sonrisas, y se apartarán del espejo, dirigiéndose a sí misma esta pregunta íntima: «¿Qué será?»

Después de una meditación más o menos profunda, se darán una palmada en la frente: ya están en el secreto.

La moda infatigable ha producido alguna

nueva y extraordinaria maravilla, que hace irresistible para el corazón del hombre el imperio de las mujeres.

No hay duda: aquí hay alguna invención maravillosa, algún adorno supremo que posee la doble virtud de realzar la belleza de las mujeres hermosas y de ocultar las imperfecciones de las mujeres feas.

Aquí hay un vestido irresistible, un sombrero encantador o un aderezo celestial, que ha convertido de repente a la mujer en ángel.

¿Será esto?

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni vez sea un prodigioso paso de la ciencia.

Quizá no sea ni un vestido irresistible, ni un sombrero encantador, ni un aderezo celestial; acaso no sea más que el prodigio de un cosmético.

¿Será posible?

Hay un hombre que ha descubierto LA BELLEZA ETERNA, y ha participado al mundo civilizado su descubrimiento por medio de la imprenta: se trata de un libro.

La lengua del siglo va de pueblo en pueblo, de casa en casa, anunciando a las gentes que A. Reynaud vende a dos reales el arte supremo de conservarse y embellecerse.

La naturaleza, avergozada, debe huir y ocultarse en el último rincón de la tierra.

Ella otorga el don de la hermosura a su capricho, *gratis*, es verdad; pero apenas lo da cuando lo quita.

Hermosura fugitiva, que deslumbra como la luz del relámpago, y que como el relámpago desaparece.

Hermosura cruel, que se escapa precisamente cuando más se necesita.

Pero, ¿es posible detener la juventud que huye, los encantos que se disipan, la hermosura que se desvanece?

Si es posible; mas ni a la moda, ni a la química, ni al arte de Reynaud debeñ las mujeres el imperio de tan poderoso atractivo.

No consiste ni en la corrección del perfil, ni en la gracia de la sonrisa, ni en la dulzura de la mirada.

No consiste tampoco en el aire seductor de un lazo espiritual, ni en el color, ni en la figura, ni en los adornos.

Es un atractivo que no está en las mujeres, que está sólo en la mujer, porque está en todas, y sólo podemos encontrarlo en una.

¡Encanto singular! Ellas mismas no saben que lo tienen, y parece como que están empeñadas en no querer tenerlo.

Fijemos por un momento la mirada; detengámonos un instante.

No hay nada que quite tanto la vida al hombre como las mujeres.

Todos dicen a todas: «Juana, Emilia, Francisca, Nicolasa, Julia: yo me muero por ti».

¿Quién no ha oído y quién no ha dicho muchas veces: «Esa mujer me está matando»?

Esa mujer es unas veces una, y otras veces

otra, o, más bien, eso lo dicen todos los hombres de todas las mujeres.

—¿Me quieres?—pregunta ella.

Siempre que hace esta pregunta, es que lo sabe.

El hombre contesta: «No como, no duermo, no pienso, no vivo».

Eso lo preguntan todas, y lo contestan todos.

Los hombres se pierden por las mujeres, se arruinan por las mujeres, se deshonoran por las mujeres, se mueren por las mujeres y se matan por las mujeres.

¡Las mujeres! He ahí la muerte del hombre.

Pues bien: he aquí el prodigio:

Las mujeres nos matan; pero hay una mujer que nos alarga la vida.

—¿Dónde está esa mujer?

—En todas partes.

—¿Cómo encontrarla?

—Donde quiera que haya una mujer, esa es.

—¿Será hermosa?

—O fea.

—¿Será rica?

—O pobre.

—¿Son todas?

—Es una.

—¿Una sola posee ese singular privilegio?

—No, lo poseen todas.

—He aquí una cosa incomprensible.

—He ahí una cosa auténtica.

—Es un juego de palabras.



—Todo lo contrario: es una serie de hechos.

—¿Quién los sabe?

—La experiencia.

—¿Quién los cuenta?

—Todos los contamos.

El amante dice a todas las mujeres: «Por ti me muero».

El marido dice a su mujer: «Por ti vivo».

Dice el amante: «Mi esperanza, mis ilusiones, mi amor».

Y dice el marido: «Mi mujer, mis hijos, mi familia».

El amante dice: «Estoy loco».

El marido dice: «Estoy contento».

«Soy feliz», exclama el amante.

Y exclama el marido: «Soy padre».

«Tú eres mi alma; tú eres mi vida; tu eres mi corazón», dice el amante a todas las mujeres.

Y el marido sólo puede decirle a una sola: «Tú eres mi mujer».

He aquí una doble cuestión de moral y de higiene.

Tal es el irresistible atractivo, el encanto permanente que da fuerza al dulce imperio que la mujer ejerce sobre el hombre.

Es un secreto con que ellas no cuentan.

Las mujeres matan.

La mujer da la vida.

Todas ..., ¡bah!, son mentira.

Una ..., esa es la verdad.

Todas ... son la locura o el vicio.

Una ... es el juicio y la virtud.

Muchas ..., son el placer.

Una ..., es la felicidad.

Así son las mujeres, y así es la mujer ; pero a continuación veremos cómo es preciso que sean para que se complete la igualdad armoniosa del linaje humano.

## LA EMANCIPACION DE LA MUJER

En Inglaterra se piensa muy formalmente en dar derechos políticos a las mujeres; en Salford ha habido ya un *meeting* muy serio, en que, bajo la presidencia del Alcalde, dignamente acompañado de su esposa, se ha proclamado el principio de que la mujer debe ser hombre; en los Estados Unidos ha visto la luz un periódico redactado por mujeres, con este lema varonil: «A los hombres, sus derechos y nada más; a las mujeres, sus derechos y nada menos». Se expiden como la cosa más natural del mundo títulos académicos de bachilleres y doctores a favor de las mujeres; en Londres se ha querido establecer una Universidad exclusivamente para ellas; en Zurich acuden a estudiar medicina las más tiernas jóvenes.

En las costumbres se nota el mismo movimiento: las inclusas ofrecen un número creciente de niños, que atestiguan la existencia de un número igual de mujeres que no quieren ser madres; en Nueva York ha sido moda la embriaguez pública entre las mujeres más elegantes; manejar un caballo y dirigir un co-

che entra ya en los elementos de educación de cualquiera señorita medianamente instruída; muchas, cansadas del humo afeminado de la lisonja, prefieren el humo varonil del tabaco, y fuman con toda la gracia que les ha concedido la naturaleza.

Es posible, y aun probable, y aun seguro, que haya en España muchos infelices que, apartados de las corrientes más vivas de la civilización moderna, ignoren a estas fechas lo que pasa en los Estados Unidos, en Salford, en Londres y aun en el mismo Zurich, y, por consiguiente, crean a puño cerrado que las mujeres no pueden dejar de ser mujeres, fundando tan supersticiosa preocupación en el frágil testimonio de sus propias mujeres, de sus propias hijas y de sus propias madres.

Pero, ¿qué se puede hacer la familia en este caso? Las hijas, las mujeres y las madres son evidentemente testigos interesados, y por lo tanto recusables.

No obstante: para que la mujer caiga en la cuenta de que puede cambiar la condición de su naturaleza, es preciso librarla del yugo de la familia; es preciso que no tenga padre, que no tenga marido, que no tenga hijos; porque los hijos, los maridos y los padres le harán creer siempre, y en toda ocasión, que es hija, que es esposa o que es madre; esto es, le harán creer siempre que es mujer.

Y es preciso más, porque las preocupaciones se agarran con profundas raíces, y todo

lo aprovechan para que no haya manera de arrancarlas; es preciso sacarlas del artificio, de la trampa en que su propia naturaleza las tiene cogidas; es preciso ante todo que el pudor, saltando de lo profundo del alma a la superficie del rostro, no les diga ni una vez siquiera que son mujeres.

Orilladas estas primeras dificultades, es evidente que la mujer puede llegar a ser hombre, y esta equiparación jurídica sacará al mismo tiempo a los hombres de la obligación legal en que se encuentran de tener que casarse siempre con mujeres, pudiendo elegir para madres de sus hijos, según sus aficiones y sus gustos, licenciados en medicina, doctores en jurisprudencia, delicados reclutas, amables pilotos, dulces sargentos de caballería, y será frecuente el caso de que nos disputemos la blanca mano de algún bello Presidente del Consejo de Ministros.

La cuestión que por de pronto se origina, ofrece, sin embargo, una notable desigualdad, porque si las mujeres tienden a transformarse en hombres, el día que lo consigan, los hombres se habrán quedado sin mujeres; y como no se trata de que el hombre varíe de condición, resultará que las mujeres tendrán hombres y los hombres no tendrán mujeres.

Nóese bien el desnivel que resulta de la realización de este progreso en la condición de la mujer, y se advertirá que esto no puede ser más que la mitad de la tendencia que se obser-

va en las sociedades modernas, y que el pensamiento se completa convirtiéndose a la vez los hombres en mujeres.

No puede ser otra cosa: la naturaleza, resentida, reclamaría sus derechos, y la especie humana se vería en la alternativa de retroceder o extinguirse.

Pero meditemos.

Es ciertamente una necesidad imperiosa del movimiento civilizador, por medio del cual se está rehabilitando y perfeccionando el género humano, poner ya término a la triste condición que obliga a las mujeres a ser madres de familia.

No es justo que el hombre pueda serlo todo, desde negro de Guinea hasta príncipe pío, y que la mujer no pueda salir de la triste condición de hija de sus padres, de mujer de su marido o de madre de sus hijos.

Es verdad que la naturaleza, obedeciendo como una esclava los decretos de la Providencia, ha establecido entre el hombre y la mujer una profunda diferencia; pero esto, que podía pasar muy bien en la infancia de la humanidad, cuando los hombres no estaban bastante instruídos para poder sublevarse contra las leyes de la naturaleza, no es posible desde el momento en que la ciencia humana ha conquistado el derecho de corregir la obra de Dios.

El mundo hasta ahora no ha sido más que un ensayo de las leyes eternas que lo rigen, y hemos podido observar el excesivo lujo con que

procede la naturaleza, y ya es tiempo de empezar a corregir sus enormes despilfarros.

La mujer, económicamente considerada, es un fausto ruinoso, que por espacio de muchos siglos se ha creído el hombre obligado a sostener.

Ella se nos presenta, y nos exige, como cosa que le pertenece, una protección que hasta ahora nosotros no hemos sabido negarle.

¿Y en nombre de qué derecho pretende nuestro amparo?

En nombre de un extraño derecho: en nombre de su debilidad.

¿Hemos de protegerla porque es débil?

¿Desde cuándo los débiles tienen derechos?

¿Acaso porque el hombre es fuerte se le ha condenado a pasar por la tierra como un mozo de cordel, encorvado bajo el peso de ese enorme fardo que se llama familia?

Ellas nos piden nuestra protección, nuestro respeto; y en cambio, ¿qué nos dan?

Nos dan: hijos.

¿Será justo que a título de esposas, que a título de madres, nos impongan la costosa obligación de ampararlas y mantenerlas?

La mujer es un lujo, la familia una carga; ambas cosas demasiado antiguas para que pueda pasar por ellas eso que se llama economía moderna.

La mujer, como esposa y como madre, es cara, y el recurso es bien sencillo: no hay más que transformarla en hombre.

¿No es una inteligencia?

Pues que estudie.

¿No es una fuerza?

Pues que trabaje.

En una palabra: que se gane la vida en un taller, en una oficina; que sea médico, ingeniero, abogado, procurador, lo que quiera que sea, con tal que gane dinero.

Saquemos a la mujer de la esclavitud que le impone su sexo, saquémosla de la triste condición de ser madre de familia.

La mujer es mujer. Perfectamente. Pero esa dificultad se resuelve haciéndola hombre.

Bastante tiempo las hemos mantenido a título de madres de nuestros hijos; bastante tiempo las hemos considerado bajo el frívolo pretexto de que eran las dulces compañeras de nuestra vida.

¡Y en que engaño hemos vivido!... Parecen tan delicadas..., tan tímidas..., tan débiles, y poseen el secreto de una fuerza inmensa: el amor las hace heroicas, el cariño mártires, la virtud fuertes, la fe invencibles: dominan con una mirada, triunfan con una sonrisa, esclavizan con una lágrima.

Esos seres que parecen tan frívolos, poseen el secreto de una ciencia profunda; la ternura las hace adivinar todo aquello que pueda ser agradable al que es objeto de su cariño.

Ellas solas entienden y hablan esa lengua sin gramática y sin diccionario que hablan los niños cuando todavía no hablan.



Ellas disponen de una química infusa, con la cual confeccionan esa miel con que tantas veces dulcifican las amarguras de nuestra vida.

¿Donde han aprendido esa filosofía práctica con que mantienen en el seno de la familia el orden, fuera del cual no existe nada?

¿En qué escuela han adquirido esa extraña mecánica con que saben dirigir y manejar todos los pormenores de esa máquina íntima que se llama familia?

Si los niños pudieran hablar; es decir, si nosotros supiéramos entenderlos, ellos nos dirían que en ninguna parte duermen mejor que en el regazo de su madre.

¿En qué, pues, nos detenemos? Saquemos esa poderosa aptitud, esa influencia decisiva, que se llama mujer, de esa cárcel obscura que se llama hogar doméstico; librémosla de la argolla que continuamente la sujeta a la esclavitud de la familia; emancipémosla de la ominosa servidumbre del marido; arranquémosla de los hijos; quitémosle los frívolos cuidados de la casa; rompamos las cadenas del decoro, de la honestidad y del recato; derribemos, en fin, las cuatro paredes de la casa, y plantémosla en medio del arroyo.

¿No dicen que la mujer es un tesoro? Pues bien: explotémoslo.

Saquémosla de esa triste condición, de la cual se han emancipado en virtud del acto supremo de su voluntad soberana todas las mujeres libres.

El siglo del crédito, de esa maravilla, de ese gran prodigio por medio del que diez son veinte, y veinte son ciento, ¿podrá consentir que los números, por una criminal ignorancia, insistan todavía en sostener que tres y dos son cinco?

Cuando todo crece, se aumenta y se desarrolla con fabulosa actividad, ¿le será lícito al número permanecer en tan vergonzoso estancamiento? ¿No nos será permitido elevar la cantidad *mujer* a la cantidad *hombre*?

El poder de la asociación, que empieza a ser más fuerte que el poder de la sociedad, ¿no ha de tener virtud ninguna para conseguir que tres y dos sean seis?

Francamente: ¿permanecerá la cantidad sujeta, encadenada al poder invencible, a la terquedad insoportable del número estricto de las unidades?

Civilización moderna, que todo lo puedes; progreso rápido, que te pierdes de vista, ¿consentirás que diez sean diez eternamente, y que tres y dos sean eternamente cinco?

Es necesario, indispensable, urgente, que la mujer se convierta en hombre.

Tal es la cuestión.

Hay entendimientos cobardes, que no se atreven a penetrar en el fondo de las cuestiones; que por ejemplo, no atreviéndose a enviar a sus hijas a las Universidades ni a sus mujeres a la Academia, solicitan, sin embargo, no sabemos de quién; piden, no sabemos cómo, la *instruc-*

ción de la mujer, invocando nada menos que el sagrado derecho que esas hermosas criaturas tienen a saberlo todo. El pudor no autoriza la ignorancia.

Mas entendimientos tan pusilánimes se detienen aterrados ante la vulgaridad de las más risibles reflexiones.

Ellos dirán: ¿Dónde está el hombre bastante enamorado de la sabiduría y de la ciencia, que se decida a casarse con un estudiante?

¿Dónde está el hombre tan cruelmente enfermo, que se decida al fin a casarse con un médico?

¿Será posible que haya en el mundo un criminal tan desalmado que se determine a tomar por esposa a un escribano?

¿Hay algún cesante tan desprovisto de esperanzas, que no vacile ante la idea de hacer madre de sus hijos al diputado más influyente o al ministro más poderoso?

Pero así sólo discurren los padres, los hijos, los hermanos, los maridos; y, preciso es decirlo, la civilización que nos empuja no tiene nada que ver ni con los maridos, ni con los hijos, ni con los padres, ni con los hermanos.

¿Sería curioso que la especie humana detuviera su marcha majestuosa ante el ridículo estorbo de la familia!

Si por casualidad la mujer no pudiera aspirar a la posesión de todos los conocimientos humanos por derecho propio, debería imponérsele por obligación.

Hasta ahora no ha sido más que un gasto ; es preciso, pues, que empiece a ser una ganancia.

Ese bello conjunto, cuyo inventario es : cabellos de oro o de seda, labios de coral, manos de marfil, dientes de perlas, mejillas de nácar, es una riqueza que nosotros tenemos todavía estancada, y ya es preciso que pensemos seriamente en ponerla en circulación.

Desamorticémosla.

## EL MATRIMONIO CIVIL

### I

Pero antes que en Zurich, en Londres y en Nueva York se hubiese pensado formalmente en dar a la mujer los derechos del hombre; antes de arrancársela a la naturaleza, al hogar doméstico y a la familia, plantándola libremente en medio del arroyo de todas las libertades; antes, en fin, de que M. Reynaud pensara en hacer de la mujer un objeto eternamente bello, era preciso, para que el trabajo no fuera inútil, fundirla en el crisol de su nuevo ser: preparación indispensable para que desde el mismo umbral de su casa pueda lanzarse sin escrúpulo a los risueños espacios de la sociedad que ha de recibirla.

Porque, justo es reconocerlo: una mujer sometida a la autoridad de sus padres, o sumisa al cariño paternal de su marido, o sujeta a la sagrada obligación que le imponen los hijos por el doble vínculo de la naturaleza y de la religión, no es, ciertamente, la mujer a propósito

para desempeñar en el mundo las libres funciones a que la destina la sociedad presente.

Sobre el derecho natural y sobre el derecho divino, está, decididamente, el derecho moderno.

No es muy difícil sublevar a las hijas contra la vigilante autoridad de los padres, y es posible desatar a las madres de la cadena que las sujeta al incesante cuidado de los hijos: hay hijas rebeldes; hay madres desnaturalizadas; pero es imposible sustraer a la mujer del dominio que sobre ella ejerce la influencia del hombre.

Ante semejante obstáculo, la regeneración de la mujer tropezaba en una dificultad insuperable: había demostrado la experiencia que la hija abandona a sus padres por un hombre, y que un hombre puede hacer que la madre olvide a sus hijos; mas ¿cómo conseguir que el corazón de la mujer se sobreponga a su impulso más poderoso? ¿Cómo extirpar en ella la preocupación inextinguible de santificar el amor de su alma? ¿Cómo impedir la pretensión de hacerlo eterno, envolviéndolo en la red inquebrantable de lazos indisolubles? ¿Cómo, en fin, negar a la unión de dos tiernos afectos la necesidad de la sanción divina?

¿Cómo?

Los filósofos de la *Razón soberana* y los moralistas de la *Moral universal* de todos los tiempos, han hecho siempre esfuerzos supremos por infundir en las ideas e inocular en las costum-

bres aquel espíritu, digámoslo así, material con que el paganismo divinizó todas las sensualidades; mas no era fácil volvernos al respeto de aquellos dioses sin pudor y sin conciencia, a la adoración de aquellas divinidades sin virtudes; era preciso que el mismo culto levantara otros dioses, y la diosa Razón obtuvo un altar: adorándola, el hombre se adoró a sí mismo; adorándose a sí mismo, se tributó el culto de todos los placeres, y la moral, impotente para sujetar los pensamientos y encadenar las acciones de los hombres, se redujo a reglas de mera conveniencia, uniéndose al desenfreno de las costumbres como se une la palabra al pensamiento, el número a la cantidad, la sombra al cuerpo.

Pero, ¡ya se ve!, esta revolución necesitaba completarse; había gentes que se veían detenidas por la tirantez de su propia conciencia, y el concubinato, por ejemplo, se ocultaba avergonzado de su propia deshonra: era preciso legitimarlo; las mujeres permanecían obstinadas en creer que no eran esposas legítimas si no hacían delante de Dios el voto solemne de un cariño perpetuo y la santa promesa de una fidelidad honrosa.

Semejante conspiración, urdida en el seno de las familias honradas, detenía en España la marcha majestuosa del progreso.

¡Qué diablura!

Era, pues, urgente disipar tan tenaz preocupación; era preciso desvanecer los vanos te-

rreros de la conciencia ; era necesario hacer lícito lo que había sido siempre deshonesto ; hacer respetable lo que siempre había sido despreciado, y detrás de los filósofos y de los moralistas, vinieron los legisladores.

A éstos, sin duda, les tocaba el papel de terceros en la obra de tejer voluntades por detrás de la Iglesia, y las mujeres honradas y las mujeres libres se encontraron manos a boca dentro de una legalidad común, dentro de la ley del matrimonio civil, que pretende confundirlas para igualarlas.

## II

Yo soy un hombre razonable ; comprendo perfectamente que, reglamentado el provechoso comercio de los garitos y ordenada la honesta industria de las mujeres públicas, no hay razón para tener fuera de la ley a los que, deseando vivir en estrecha y voluptuosa comunicación, se unen libremente, sin pasar por la humillante ceremonia de los votos solemnes y de las santas promesas.

Reconocidos el derecho imprescindible del tahur y el *habeas corpus* de la ramera, la equidad reclama la inmediata protección de las leyes en favor del concubinato.

¿Qué razón puede oponerse al rigor lógico de este orden inevitable?

Pero bien : por lo mismo que soy razonable,



necesito buscar la razón de las cosas. Concedo a todas las religiones la misma dosis de verdad, y, por lo tanto, me siento muy capaz de vivir sin ninguna.

Mi razón es ésta: ¿Para qué necesito lo que no me hace falta?

Perfectamente; mas he aquí que en cierta ocasión me ocurrió la idea de casarme, y me casé como Dios manda. En aquella ocasión no tuve inconveniente en obedecerlo. Una vez casado, tuve una hija; esta hija se ha hecho mujer, tiene novio, y, lo que es natural, quiere casarse.

¿Ante quién la caso? ¿Ante Dios o ante el alcalde? ¿Pongo su amor y su virtud al amparo del Sacramento, o la entrego a la acción civil de un simple contrato?

Veamos:

El matrimonio, dice la ley, es indisoluble por su naturaleza; pero ¿cuál es la naturaleza del matrimonio? ¿Es puramente humana?... Entonces el matrimonio es disoluble por su naturaleza. ¿Es divina?... Entonces el contrato celebrado ante el alcalde no es matrimonio.

Si no hay en el matrimonio civil más virtud que la que resulta del mutuo acuerdo de dos voluntades, la virtud que une desaparece en el momento mismo en que ambas voluntades se convengan en separarse. Roto el contrato, cada una de las partes es libre para celebrar contratos nuevos; y, razonablemente, mi hija, sin

llegar a ser viuda, puede llegar a tener hijos de diversos padres.

Esta es la prostitución legal.

Mas no es eso; el compromiso hay que contraerlo por toda la vida. ¿A quién hago yo esta promesa? A una mujer que a la vez me promete lo mismo. Yo tengo su palabra y ella tiene la mía, y de este modo nos encadenamos mutuamente; nada nos sujeta el uno al otro más que nuestras recíprocas palabras; pero he aquí que un día nos las devolvemos con la misma formalidad con que nos las dimos. ¿Qué razón hay para que desde ese momento no quedemos uno y otro tan libres como lo éramos antes de celebrar el contrato?

Pero, vamos a cuentas: este contrato se sale de la regla de todos los contratos, porque, sea como quiera, es preciso hacerlo absurdo para que no aparezca inmoral.

No hay ningún contrato humano que sea indisoluble por su naturaleza, excepto el matrimonio civil, que lo hace indisoluble la ley, que para este caso se apropia una facultad que no tiene.

Yo soy, pues, razonable; me suelo reir de las leyes divinas; pero me someto a las leyes humanas, y me decido a casar a mi hija civilmente. Mas me pregunto:

—¿Quién ha hecho esta ley?

Y me contesto:

—¡Oh! Quien puede hacerlo todo: un Gobierno y un Parlamento.

Y vuelvo a preguntarme :

—Pero detrás de un Gobierno y de un Parlamento, ¿no hay otro Parlamento y otro Gobierno?

Y vuelvo a contestarme :

—Ese es el orden constitucional.

—Lo que hace la omnipotencia de un Parlamento, ¿no puede deshacerlo otro Parlamento omnipotente?

—Ese es el juego parlamentario.

—Pues bien : si el progreso no ha dicho todavía su última palabra ; si es un paso en el camino de la civilización el matrimonio civil, ¿no debemos esperar la promulgación inmediata de otra ley más perfecta, que declare la disolubilidad de ese matrimonio?

—Eso es lo lógico.

—Y entonces, ¿qué habré yo hecho de mi hija?

Siendo una ley puramente humana la que por mayoría de votos decreta la indisolubilidad del matrimonio, ¿quién asegura que otra ley hecha del mismo modo no lo declare disoluble?

Vuelvo a decirlo : yo soy razonable ; no concedo gran importancia a las ceremonias religiosas ; pero la ley civil no puede dar al matrimonio una perpetuidad de que ella misma carece : una ley mudable y fugitiva no puede imponer obligaciones eternas : casar, pues, a mi hija ante el alcalde, es prostituirla ante la razón.

Así discurren las últimas precauciones hasta

en los *espíritus fuertes*, cuando los *espíritus fuertes* caen en la debilidad de ser padres.

Mas el progreso reclama la completa emancipación de la mujer, y no hemos de pararnos ante un capricho de los padres.

Sea el amor libre, como es libre el pensamiento; no ha de tener el vicio menos derechos que el error; saquemos a la mujer de la servidumbre de sus más bellos sentimientos; para impedir que se prostituya, legalicemos su prostitución, y teniendo derecho para ser de todos, evitaremos que su corazón caiga en la esclavitud de pertenecer a un hombre sólo.

### III

Francamente: contratar delante del alcalde las mutuas aficiones o los mutuos afectos; reducir el acto más solemne de la vida a la simple formalidad de un convenio; fundar la familia como se funda una sociedad de crédito; abrir la casa como una empresa abre un teatro, es, cuando menos, declarar que la bella mitad del género humano no tiene ya nada de qué avergonzarse.

El pudor era otra tiranía.

La mujer, presa en las redes de la honestidad, siente allá, en el fondo de su alma, un secreto impulso que la hostiga; una dulce necesidad de amar y ser amada.

Un día se encuentra con que la imagen de un

hombre se le ha grabado en el corazón, y el orgullo de su ternura le hace creer que solamente Dios puede ser testigo eficaz de la fe de su cariño.

Esta mujer se casa.

Hay otra que, rompiendo todas las ligaduras del decoro, experimenta la inquietud de tumultuosos apetitos, y lanzándose a la mudable seducción de los deseos, hace al mundo testigo de sus ominosos placeres.

Esta mujer se vende.

Entre una y otra no había término medio, como no lo hay entre la virtud y el vicio; mas era preciso establecerlo para que la armonía social se verificara en todas sus partes, y el poder legislativo crea la mujer intermedia entre esas dos mujeres; ser original que se casa según la ley y se prostituye según la razón; que adquiere una actitud estrictamente legal, que es al mismo tiempo claramente inmoral; que no es ni esposa ni manceba; que a la vez se despoja de la honestidad, de la virtud y de la vergüenza del vicio.

Esta mujer no quiere vivir sola, y busca la compañía de un hombre; la encuentra, y hace al alcalde testigo de su unión, y la autoridad municipal le da permiso para tener hijos.

Esta mujer se alquila.

Para la mujer que se casa, el marido es su guía, su protección, su amparo, la inteligencia que dirige, la fuerza que contiene.

Para la mujer que se vende, los hombres no son más que parroquianos.

Para la mujer que se alquila, el hombre es pura y simplemente inquilino.

En el primer caso, el hombre y la mujer se unen.

En el segundo caso, se tropiezan.

En el tercer caso, se juntan.

Puesto el escalón del contrato entre las alturas del Sacramento matrimonial y las profundidades de la prostitución, la mujer puede descender más cómodamente de la elevación de un amor santo al abismo del vicio libre.

Si conseguimos que prescinda de Dios para casarse, muy poco trabajo debe costarle después prescindir del alcalde para perderse.

Y a la mujer perdida es precisamente a la que buscamos como el tipo completo y perfecto de la mujer verdaderamente emancipada; sin vínculos con la naturaleza, sin las ligaduras de la religión, sin los duros grillos de la moral, sin el freno del pudor, sin la cadena de la familia, emancipada del hombre, emancipada del amor que es su vida, hasta emancipada de sí misma.

La Venus moderna, elevada sobre el altar de su hermosura, recibiendo el culto del deleite y negociando ante el alcalde el tesoro de sus encantos.

Diosa que se vende para ser adorada; mujer que se alquila para ser madre.

## MANOS VIVAS Y MANOS MUERTAS

Hay en la ciudad de Lorca, a la orilla del camino, medio oculto entre los árboles de la huerta, blanqueando a corta distancia de la ciudad, un edificio de forma sencilla y humilde.

Este edificio, visto desde el espacioso atrio que tiene delante de la fachada principal, aparece dividido en tres partes; a la derecha se levanta la iglesia, cuyas torres, empinándose en el aire como si quisieran desprenderse de la tierra, parece que dice: «Aquí está Dios».

A la izquierda, asomando por los bordes de su humilde cerca, las ramas de algunos árboles solitarios descubren el huerto, como quien dice: «Aquí se trabaja».

Entre el huerto y la iglesia está la casa, como colocada entre la naturaleza y la religión, entre el trabajo y la fe, entre la tierra y el cielo.

Sus dos pisos, señalados por el doble orden de sus ventanas cuadradas, dicen claramente: «Aquí vive el hombre».

Esta iglesia, esta casa y este huerto, forman un conjunto estrechamente unido, como si hubieran hecho el juramento solemne de no separarse nunca.

El edificio, colocado cerca del camino como el que espera, próximo a la ciudad como el que llega, reclinado, por decirlo así, a la sombra de la huerta como el que medita, se llama San Diego.

San Diego fué un convento.

Si la ciencia moderna me lo permite; si la santidad de los principios económicos que nos han levantado a la altura de esta prosperidad que nos ahoga, no se ofende; si la civilización, en fin, de nuestro siglo no se escandaliza, añadiré que San Diego fué un convento y que ha vuelto a serlo.

Esto debe parecer absurdo, porque está contra los principios de la ciencia, porque es en la marcha del progreso un paso atrás, porque es destruir lo hecho.

Es un contraprinzipio, un arcaísmo.

San Diego es un edificio que representa un capital, y que, por consiguiente, está condenado por todos los adelantos de la civilización moderna a una perpetua explotación.

La codicia, esa gran virtud del siglo XIX, ha podido hacer de San Diego una mina.

La iglesia ha podido convertirse, por ejemplo, en una fábrica de ladrillos, en una almazara o en un lagar; la casa en una granja, y el huerto en una especie de paraíso.

San Diego era evidentemente un negocio para cualquier particular. ¿Qué duda tiene?

San Diego, pasando de manos muertas a manos vivas, habría sufrido una magnífica trans-



formación: donde había un convento, habría una quinta; donde había una pobre comunidad, habría un hombre rico; donde estaba la fe, entraría la codicia; donde estaba la caridad, entraría el cálculo; donde estaba Dios, entraría el negocio.

¡Qué bello espectáculo! Lo que era de todos sería hoy de uno solo: esas puertas, constantemente abiertas a toda desgracia y a toda miseria, sólo se abrirían ahora a la ganancia.

Esa tierra, regada con el sudor de un prudente trabajo, daba entonces lo necesario; pero, ¡ah!, esa misma tierra, regada hoy con el sudor continuo de un trabajo mortal, no daría nunca lo bastante.

El contraste que resultaría es digno de notarse.

Yo me imagino al pobre apoyado contra un pilar del claustro, a la sombra de la bóveda. Está allí como en su casa; no hay perro que le ladre ni criado que lo eche; si pide agua, le dan agua; si pide pan, le dan pan. Parece un individuo de la familia; es un hijo de la casa: su pobreza es el título de su derecho.

Ve discurrir por el claustro la figura de un monje, y dice: «¡Ah!: es el *Padre Juan*». Oye la voz de otro, y exclama: «Ese es el *Hermano Antonio*».

¡Qué palabras! ¡*Padre!* ¡*Hermano!* ¡Oh vulgaridad! ¡oh mal gusto! ¡*Padre!*, al que ha consagrado su vida a castidad perpetua. ¡*Her*

mano!, al que ha renunciado a todas las comodidades de la familia.

En cambio llegaría hoy el pobre a la puerta del convento transformado en soberbia quinta. Llegaría he dicho, y ahora pregunto: ¿podría llegar?

Pero supongamos que llegara; ¿se atrevería a entrar? ¿Acaso la casa es suya? ¿Quién le conoce en ella?

¿Qué busca allí? ¿Agua? Aquella casa no es una fuente pública. ¿Pan? ¿Acaso aquella hermosa quinta es un hospicio?

Sed y hambre: ¿quién tiene derecho a turbar la felicidad de la fortuna llevando hasta las puertas de la prosperidad y de la codicia esas dos miserias humanas?

¿Qué busca, pues? Busca ocupación, pide trabajo. Eso ya es otra cosa, porque pedir trabajo es casi darlo.

Que vuelva otro día, dice una voz más o menos áspera. ¿De quién es esta voz?

El pobre que espera a la puerta de la quinta va a decirlo.

«Es, dice, *el amo.*»

Ya no están allí *los padres* ni viven allí *los hermanos*: el convento se ha convertido en quinta; la quinta tiene su dueño, y su dueño es *el amo*.

Y bien: ¿cómo San Diego, con su modesta iglesia, con su humilde casa, con su pobre huerto, ha podido burlar la ley de este supremo adelanto?

¿Por qué es todavía de los pobres?

¿Por qué ha vuelto a pertenecer a esas *manos muertas* que no descansan, que enjugan tantas lágrimas, que curan tantas enfermedades, que ayudan a morir a tanto moribundo?

¿Cómo la caridad ha podido robar a la codicia esa casa, ese huerto y esa iglesia? ¿En qué país vivimos?

He aquí un misterio que se nos presenta bajo este nombre venerable: Las Hermanas de los Pobres.

Y ¿con qué título de propiedad han tomado estas hermanas posesión de esa casa?

¿En qué subasta pública se han presentado a pujar? ¿Quién les ha adjudicado esa finca? ¿Dónde está el expediente de esa enajenación?

Ellas son pobres, su capital es la caridad; el pueblo, más generoso que el Estado, les ha cedido el convento como una limosna: cederles el huerto hubiera sido demasiado despilfarro. y el huerto se vende y se compra, y el que lo compra lo cede. «Tomad, les dice: es vuestro, pero la ley no os lo consiente, sino a condición de que sea mío.»

El convento vuelve a ser convento.

La comunidad es esta: ocho hermanas y cuarenta pobres.

Cuarenta pobres imposibilitados de todo trabajo; cuarenta pobres que han dejado de serlo por esta magnífica herencia; por la inagotable caridad de ocho mujeres, de ocho mon-

jas, de ocho hermanas de todos los desvalidos, de todos los desamparados.

Allí se ha establecido esta piadosa asociación que ha conquistado la veneración de las gentes.

Estas mujeres se llaman hermanas, y en realidad son madres, porque todas las madres no hacen por sus hijos lo que estas hermanas hacen por los pobres.

Hay ricos muy pobres: el mundo nos descubre todos los días que la mayor parte de los ricos no tienen ni la mitad de lo que necesitan.

Observar de cerca al más millonario, y veréis que le falta mucho más de lo que tiene.

El gran secreto del progreso moderno consiste en que todos tengan menos de lo que les hace falta.

O de otro modo: en que todo el mundo necesite más de lo que tiene.

Pues bien: en San Diego he encontrado yo el mismo problema, invertido el orden de sus términos.

Allí he visto yo con agradable admiración el progreso vuelto del revés.

Allí he visto cuarenta pobres que son a la vez cuarenta ricos.

Son pobres, porque nada poseen.

Son ricos, porque nada les falta.

Reduciendo a un cálculo positivo todas las consideraciones expuestas, tenemos que hemos ganado cuarenta pobres y hemos perdido un rico.

El convento ha vuelto a ser convento.

No hay allí *padres*, ni *hermanos*, pero hay *hermanas*; es la misma familia... ¡Ah..., si hubiera un *amo*!

¡Y esto se llama todavía caridad?... ¡Qué vergüenza!... Caridad, la que sigue.

## LA CARIDAD MODERNA

Vamos a celebrar un suceso verdaderamente digno de conmemoración y de alabanza; uno de esos hechos en que se confunden en elocuente armonía la miseria y el lujo, la alegría y la tristeza, las lágrimas y las sonrisas, los placeres y las penas, la noche y el día.

Es preciso que la naturaleza sea testigo de esta confusión humana; pero no ha de ser la naturaleza brutal, ignorante, desordenada, digámoslo así, empírica, sino la naturaleza ilustrada, corregida, clasificada, científica.

Se trata de un baile, que es el bello desorden de la sociedad, en el Jardín Botánico, que es el orden científico de la naturaleza.

El jardín se convierte en un salón; aquellos árboles severos e insensibles van a presenciar las tiernas locuras de lo más tiernos sentimientos; el fausto y la alegría van a reunirse allí, a celebrar las angustias del hambre y la estrechez de la miseria.

Es una fiesta en nombre de los pobres; un placer en nombre del dolor; una felicidad en nombre de la desgracia.

Semejante prodigio lo debemos a la profunda caridad que se anida en el fondo insondable de unos cuantos corazones sensibles.

El interés que en las almas compasivas inspiran la desgracia, el desamparo y la miseria, no ha tenido nunca manifestaciones más esplendidas.

A la tristeza, la compasión o la pena que despierta en el alma el espectáculo de las desdichas ajenas, no se habían concedido más que dos maneras de manifestarse: por medio de las lágrimas, o por medio de las limosnas.

La caridad no había encontrado más que dos maneras de ejercerse.

No sabía más que llorar con el afligido o partir el pan con el desamparado.

Esto es: consolaba, o socorría.

O, lo que es lo mismo: unas veces daba, y tomaba otras veces.

Daba la limosna de su bolsillo, el pan de su mesa, y tomaba del infeliz a quien socorría la parte de pena necesaria para dejarle consolado.

Pero este era un procedimiento demasiado vulgar, una compasión poco distinguida, un modo de hacer bien ramplón, sin buen gusto, sin elegancia, sin fausto; una caridad, en fin, demasiado pobre, sin brillantez, sin celebridad, sin gloria.

Una caridad que se ocultaba, que se escondía, como si se avergozara de sus obras, no era digna de este siglo de la publicidad.

Una caridad sin joyas, sin coches sin enca-

jes, es ciertamente una caridad demasiado infeliz.

La tristeza, la compasión y la pena que despierta en el alma el espectáculo de las ajenas desdichas, prorrumpe hoy en magníficos bailes, estalla en soberbias fiestas y se deshace en alegría, en placer, en vanidad, en lujo.

Tristeza que se perfuma, compasión que baila, pena que se divierte.

¡Ah! ¿Por qué la caridad ha de tener las lágrimas en los ojos, la tristeza en el semblante y la pena en el alma?

¿Por qué la caridad ha de ser modesta?

O mejor dicho:

¿Por que la modestia ha de ser una virtud?

¿Por qué no hemos de levantar la tierna bondad de nuestros corazones sobre el brillo de nuestros placeres?

Hablemos con franqueza:

—¿Qué es caridad?

—La caridad es la primera de las virtudes; consiste sencillamente en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

Perfectamente; pero ¿quién ha dicho que el moverse, ya en una dirección, ya en otra, ya a la vez en todas direcciones, es aborrecer al Autor de todas las cosas? ¿No bailó David delante del Arca? Amar al prójimo como a sí mismo. ¡Santo cielo! ¿Dónde se ama al prójimo más que en un baile? Y bien: ¿por qué bailar no ha de ser una obra de misericordia? ¿Por qué la virtud no ha de ser una fiesta? ¿Por



qué el placer no ha de ser compasión? ¡Ah!...  
¡seríamos todos tan virtuosos!

Es verdad: convertid en virtudes todos los vicios, y la naturaleza humana habrá llegado a la plenitud de su perfección.

Declaremos que todo es bueno, y el hombre más perverso se verá en la imposibilidad de ser malo.

Ello es que sería edificante el espectáculo que debió ofrecer el Jardín Botánico a las miradas de los curiosos.

Cuatrocientas personas, todas escogidas, se reunieron allí a dar al mundo público testimonio de la sensibilidad de sus corazones.

Habían acudido presurosas a la cita de un baile, con puntualidad consoladora.

¡Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¡Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¡Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¡Qué fuego en los relámpagos de aquellas miradas!

¡Qué aflicción en aquella alegría!

¡El *buffet*, espléndido!

¡La orquesta, incomparable!

¡Qué vals aquél! ¡Qué polkas aquellas! ¡Qué animación, qué regocijo, qué lujo, qué bagnificencia!

Es decir:

¡Qué solicitud por los pobres!!!

Las palabras no tienen bastante valor para

que podamos rendir con ellas el tributo de alabanza que el prodigio de esta caridad merece.

Es preciso apelar a los números, que son más elocuentes, más severos y más inflexibles.

Hagamos un cálculo.

Cuatrocientas personas acuden presurosas a la cita que en el más serio de los jardines les da la más alegre de las caridades.

Cada una de ellas echa, bajo la forma de dos duros, un óbolo misericordioso en el platillo de la miseria, y, esa como quiera, al fin los pobres recogen la suma, siempre respetable, de diez y seis mil reales.

Dueños, digámoslo así, de esta suma, duro sobre duro, pueden muy bien considerarse ricos.

Ellos exclamarán: «¡Diez y seis mil reales! Somos felices».

En medio de esta alegría llaman a la puerta, y la puerta se abre, y entra el fondista.

El fondista trae una cuenta, y esta cuenta dice:

«*Buffet*... ocho mil reales.»

¡Golpe tremendo!

La caridad danzante abre el apetito, y cuatrocientas personas que pasan la tarde bailando a beneficio de los pobres, por pura caridad, necesitan tener a la mano una mesa medianamente espléndida que dé vigor a sus miembros, desfallecidos por el peso enorme de tan grande obra de misericordia.

El *buffet* era indispensable, y, fuerza es de-

cirlo: el hambre paga el *buffet*. Vuelven a llamar a la puerta, la puerta se abre, y entra otra cuenta, en la que, poco más o menos, puede leerse lo siguiente:

«Alquiler de las sillas..., mil reales.»

Los pobres, en la imposibilidad de hacer otra cosa, pagan y suspiran, porque el pobre es el único que no puede deber.

Si pudieran deber, probablemente serían ricos.

Y, además, ¿cómo han de negarse a pagar una deuda tan justa?

Cuatrocientas personas atareadas en socorrer la miseria de los pobres, ¿no habrían de tener una silla donde sentarse?

Las sillas no podían suprimirse.

Un nuevo golpe dado en la puerta anuncia una nueva visita.

No hay manera de negarse, porque la pobreza no se puede ocultar.

La puerta se abre por tercera vez.

Es una cuenta alegre; la cuenta de los músicos, que dice, duro más o menos:

«Orquesta..., dos mil reales.»

Un baile sin música es imposible.

Los músicos son absolutamente indispensables a los danzantes.

A nadie se le ha ocurrido jamás bailar sin ton ni son.

No hay más remedio que pagar.

De los diez y seis quedan cinco; pero vuelven a llamar a la puerta.

—¿Quién es?

—La cuenta del alquiler de la magnífica tienda de campaña que ha servido de salón en el baile campestre dado a beneficio de los pobres.

—¿Y qué quiere?

—Puesta y quitada, podrá subir a unos... dos mil reales.

Una tienda era allí de absoluta necesidad, porque allí había de comprarse el dulce placer de hacer bien.

¡Quedan tres mil reales!... Pero la campanilla de la puerta parece incansable, y vuelve a sonar.

Es otra cuenta: la cuenta de los gastos menudos, que a lo sumo puede ascender a mil reales.

Pero llaman de nuevo a la puerta.

Jamás se ha visto la casa de la miseria más frecuentada.

Es otra cuenta.

Era preciso que los pobres tuvieran allí cierto número de criados para servir a los ricos; alguna vez han de echar los pobres la casa por la ventana.

¿Qué queda?

.....

Se reúnen cuatrocientas personas, y se dan a sí mismas un baile espléndido a beneficio de los pobres.

¿Se les puede pedir más?

Y en el fondo de todo esto, ¿qué hay? Justo es decirlo: un bello sentimiento.

La caridad tiene que llamar a las puertas del corazón moderno con el aldabón de un magnífico baile, de un baile en el cual no falte requisito ni atractivo.

Los pobres no pierden nada, y al fin gozan algo; pero la caridad, ¡ah!, la caridad se convierte en placer.

Mas doblemos la hoja, porque detrás de esta caridad espléndida hay una ciencia luminosa, y lo que no haga el placer lo hará la sabiduría. Dejemos reposar a tan bellos sentimientos del cansancio de tan ruidosa fiesta; calle el deleite enternecido, y hable la razón iluminada.

Oigamos.

## LA GRAN CIENCIA

De seguro que en la mayor parte de las provincias de España se encuentran, a estas fechas, afligidas las gentes, creyendo de buena fe que recorre los pueblos, e invade los campos, y penetra en las ciudades, una miseria tenaz y espantosa.

Es posible que las cosechas se hayan perdido sin que haya manera de encontrarlas; que el comercio se halle parado como un reloj sin cuerda; que las industrias se encuentren detenidas como un lobo en una trampa, o como un pájaro en un lazo.

Es posible que el hambre, estallando como una mina por innumerables bocas, haga resonar por todas partes la misma detonación: «¡Pan, pan!»

Es posible que se decidan al fin por morirse todos aquellos a quienes les es imposible seguir viviendo.

Todo esto es posible; pero debe tranquilizarnos la idea consoladora de que no es probable.

No nos dejemos sorprender por la mala in-

tención de las apariencias, y, en todo caso, disputémosle a la realidad misma el derecho con que pretende tiranizarnos.

Discutamos.

No es cosa de que consintamos que el hambre venga a desmentir la evidencia de nuestras prosperidades, sin más título que el de llamarse hambre.

Ante todo, la razón.

No podemos permitir que la miseria invada nuestras comarcas y se apodere de nuestros pueblos, en el momento en que la gran ciencia del crédito asegura a las naciones todas las felicidades de un bienestar eterno.

Examinemos los poderes de esa miseria intempestiva, que levanta por todas partes millares de manos que piden pan.

Fijémonos bien: esa hambre es injusta, es traidora.

Ella penetra cautelosamente en el seno de una familia, y se apodera poco a poco de todos sus individuos, so pretexto de que aquellos infelices no tienen que comer.

Este es siempre su procedimiento, y un pretexto no es una razón, y en el pretexto está su grande injusticia.

¿A quién acomete? Siempre ha hecho lo mismo; acomete a los más pobres, a los más débiles.

¿Con qué razón puede tomarse la libertad de presentarse entre nosotros?

La riqueza dividida, ¿no se ha aumentado

para propagarse por todos los términos de la especie humana?

Esos grandes tesoros arrancados de tantas manos muertas, ¿no han podido llegar todavía, ni en poco ni en mucho, a las manos de tantos vivos como recorren los pueblos, empeñados en hacernos creer que se mueren de hambre?

El crédito, multiplicando fabulosamente la fortuna pública por medio de una aritmética milagrosa, ¿puede consentir que el hambre, problema puramente económico, no tenga más solución que el amor al prójimo?

Sería vergonzoso.

Descubrir, por medio de las sabias investigaciones de una ciencia, tesoros inagotables de riqueza, abundancia siempre creciente; estallar a la vez la miseria como estalla una conspiración, y abandonar el conflicto a las decisiones de la caridad, sería confesar, con grave menoscabo de la razón soberana, que la virtud sabe más que la ciencia.

¿Habíamos de incurrir en semejante inconsecuencia?

Entendámoslo bien.

En la ciencia todo es razón, en la caridad todo es fe; sin razón no hay ciencia, sin fe no hay caridad.

Es verdad que no hay un pobre en estos momentos, y los hay a millares, que pretenda averiguar quién es, adónde vive el más sabio de los economistas, a la vez que todos ellos tien-



den las manos preguntando dónde hay un corazón compasivo.

Ellos no preguntan quién tiene ciencia.

Sólo desean saber quién tiene caridad.

Esto es demasiado cierto; pero es el caso, que los pobres no pueden ser jueces, precisamente porque son parte.

Además, ¿quién puede abrigar la ridícula pretensión de meterle en la cabeza a un pobre que se muere de hambre, la seguridad de que hay una ciencia humana que tiene por objeto acabar con los pobres?

El hambre es, por lo común, demasiado testaruda para dejarse convencer; y aunque vea que para acabar con los pobres no hay medio más seguro que dejarlos morir de hambre, no creerán jamás en semejante ciencia.

Dará más fe a cualquier pedazo de pan que le pongan en la mano, que a todos los economistas que pudieran ponérsele delante.

No pudiendo ser jueces, parece que hay bastante razón para recusarlos asimismo como testigos.

Ellos, sobornados por la ignorancia y oprimidos por la necesidad, declararían contra la ciencia.

Una cosa es tener hambre, y otra cosa es tener razón.

Por una parte tenemos a la economía política, que anda por el mundo derramando sobre las naciones los beneficios de una prosperidad que parece interminable.

Por otra parte tenemos a la miseria, que anda empujando, ya hacia una parte, ya hacia otra, masas de pobres que parecen también interminables.

Comparemos.

Principio fundamental de esta ciencia: el crédito.

Principio fundamental de esta miseria: el hambre.

Del crédito pueden darse muchas definiciones; pero no tiene más que una aplicación, que es esta: tomar prestado.

A la miseria pueden atribuírsele muchas causas; pero ella no tiene más que una solución, que es esta: pedir limosna.

La necesidad es el resorte común que pone en movimiento las manos del que toma prestado y las manos del que pide limosna; pero esa necesidad no es la misma.

En el primer caso, esa necesidad puede llamarse lujo, puede llamarse vicio, puede llamarse negocio.

En el segundo caso, esa necesidad no tiene más que un nombre; se llama hambre.

El que da prestado obedece a esa ley ciega y poderosa, sancionada por la ciencia, que se llama interés.

El que da limosna obedece a esa otra ley que la fe ilumina, y que se llama caridad.

¡Qué diferencia!

Tomar prestado y pedir limosna son dos cosas que se rechazan; por consiguiente, donde

está la economía no puede haber miseria, donde está el interés no puede haber hambre; en una palabra: donde está la ciencia sobra la caridad.

Ante los ojos positivos de la economía triunfante, la limosna es un dinero que se pierde, y el préstamo un capital que se dobla.

El interés del dinero crece y se desarrolla con ímpetu poderoso: un duro vale ya dos duros; luego el dinero se multiplica.

Y cuando el dinero crece de tal manera, ¿es posible que la riqueza mengüe de ese modo? Habiendo tantos ricos, ¿es creíble que haya tantos pobres?

Y por otra parte, mirando las cosas desde aquí, desde este centro luminoso que se ha erigido en capital, digámoslo así, de la monarquía, es imposible incurrir en error semejante.

¡Pobreza! Y aquí se paga la vida a peso de oro.

¡Hambre! Y Madrid está lleno de fondas.

¡Miseria! Y el lujo nos ahoga.

Ante la razón y ante los hechos, semejante especie es de todo punto absurda.

¡Qué habríamos hecho con tanto ruido de ciencia, con tantos tesoros de conocimientos, con tan abundante mina de datos y de estadísticas, con tanta riqueza de doctrina económica, si, so pretexto de que no ha llovido, o de que ha llovido mucho, con excusa de una guerra, con el motivo aparente de que la industria se para y el comercio se estanca, de que los ta-

lles se cierran y los obreros no trabajan, de que la Bolsa baja y el pan sube, admitimos que la miseria se esparce por dilatadas comarcas, y los pueblos se ven inundados por los pobres!.....

No; la miseria es científicamente imposible; el pobre no existe, la sociedad lo rechaza, nuestra prosperidad lo condena, nuestra opulencia lo niega.

## MAS CIENCIA NUEVA

Aunque nadie la haya visto en la *Guía de forasteros*, puedo asegurar a ustedes que la miseria es *general*, y que se ha *pronunciado* bajo el triple aspecto del que pide limosna, del que pide trabajo y del que toma lo ajeno.

No sé si hay alguna provincia en España donde hoy no se la vea mandar y dirigir ejércitos más o menos numerosos de pobres.

El lujo es el alma del mundo moderno, es la necesidad de nuestro siglo; pero el siglo se ve repentinamente acometido por la necesidad opuesta: delante del lujo particular se levanta la miseria pública; ante la necesidad del despilfarro se levanta la necesidad de las economías.

Hacer economías es deshacer lujos; pero esto no quita que el lujo sea un elemento de la economía.

Nuestros padres, por ejemplo, eran económicos; pero ¡ah! nosotros somos economistas.

Hay un género de economías que pertenece a las mujeres que tienen la pretensión de saber gobernar su casa; economía empírica, rele-

gada al obscuro manejo del gobierno doméstico, que consiste en reducirse a vivir con lo que se tiene, o en no gastar más de lo que se gana.

Pero aquí hablamos de la economía elevada a la ciencia, que consiste en gastar más de lo que se tiene, en consumir más de lo que se gana.

Esto es ciencia y esto es economía.

¿Es posible?

Entendámonos.

Hay cosas que pueden suceder, aunque no hayan sucedido nunca.

Lo posible viene a ser como un saco roto, dentro del que todo cabe, y un saco roto es la mayor capacidad que se conoce.

Lo posible tiene sus límites más allá de lo probable, más allá de lo verosímil, más allá de la creíble.

Hay hechos que sólo se prueban por sí mismos, es decir, que son, porque son; hay otros que los estamos viendo, y nos parecen mentira, y hay, en fin, algunos que los tenemos delante y no los creemos.

Es un hecho, por ejemplo, que Napoleón perdió la batalla de Waterloo.

Pues bien: yo pregunto.

¿Por qué el Gran Capitán del siglo perdió la gran batalla del siglo?

Podéis reiros de los charlatanes, porque eso nadie lo sabe.

Todo lo que la razón puede contestar, formalmente hablando, es esto: «La perdió, porque la perdió».

El mismo Napoleón no acertó a explicarse aquello de otro modo.

El suceso se urdió admirablemente, con el mayor sigilo, en la máquina misteriosa de un telar invisible.

Todo estaba previsto por el grande hombre.

Todo estaba calculado; todo, menos una cosa: la derrota.

Napoleón había citado allí a la victoria, y, si podemos decirlo así, la victoria le había dado su palabra de honor de acudir a la cita; pero la victoria faltó a su palabra, y, en su lugar, acudió la derrota.

Aquello fué, porque fué.

Nadie duda que Napoleón perdió la batalla de Waterloo.

¿Por qué?

Por una razón terminante y única: porque la perdió.

Hace años se levantó el mundo entero proclamando la unidad de Italia.

Cayó un tronó, y luego otro, y luego otro; o, mejor dicho, cayó un pueblo, y otro pueblo, y otro pueblo.

La poderosa Austria tuvo que retirar sus enormes ejércitos, dejando en poder del Piemonte todo un reino.

Parecía que Italia no iba a tener bastante con Italia.

Antes de dar el último golpe en la obra de la unidad, faltaba borrar la figura geométrica del cuadrilátero; pero el cuadrilátero se reía

muy formalmente, por la formidable razón de que era inexpugnable.

Pues he aquí que el cuadrilátero, cansado de ser invencible, dobla de repente la rodilla y se entrega a sus enemigos, y Austria se retira, dejando en poder del Piamonte las fortalezas que eran como las puertas de su casa.

Quedaba para la consumación de la unidad de Italia lo último y lo más necesario, y lo último y lo más necesario era lo más indefenso, lo más débil, lo más fácil.

Aquello era como llegar a besarla durmiendo; era tender la mano y coger; era coser y cantar.

A la unidad de Italia sólo le faltaba Roma. Roma indefensa.

Roma es necesaria a la unidad de Italia como la cabeza es necesaria al cuerpo.

La unidad sin Roma es una unidad decapitada.

Roma, sin embargo, permanece en medio de Italia, sitiada por la unidad de Italia, cada vez más indefensa y cada vez más invencible.

¿No es este un hecho que parece mentira (1).

En los misterios insondables de esa ciencia llamada economía moderna, encontramos el ejemplo de un hecho que todos vemos y nadie cree.

Y para que la maravilla sea más completa y

(1) Esto se escribía en 1867.—En Septiembre de 1870, aprovechando la tremenda lucha entre Francia y Prusia, Víctor Manuel, haciendo pérfidas salvedades, acaba de apoderarse de Roma por una violencia inaudita.



nuestro asombro más justo, debemos decir que este hecho *increíble* se verifica en virtud de una fuerza que se llama *crédito*.

El que más debe es el que más tiene.

He aquí un hecho evidente que nadie cree.

Es el *menos* convertido en *más*.

El que suma lo suyo puede sumar algo; pero el que suma lo ajeno puede muy bien sumarlo todo.

Este es el hecho.

Cualquiera ante la evidencia de este hecho, de tan diferentes maneras realizado, preguntará:

—Dígame usted: ¿por ventura lo ajeno es mío?

Y será preciso contestarle resueltamente:

—No.

Y replicará:

—Pues entonces, ¿cómo puede ser mío lo que es de otro?

Y le diremos:

—De ninguna manera.

Y volverá a preguntar:

—Entonces, ¿qué es esto?

Y habrá que volverle a contestar:

—Un hecho.

—¿Un hecho qué?

—Un hecho increíble.

Sin salir de nosotros, podemos plantear la cuestión por su doble aspecto.

Yo pregunto:

—¿No somos hoy más ricos que hemos sido nunca?

Y me contestarán:

—Sí.

Otra pregunta:

—¿No debemos hoy más que hemos debido nunca?

Otra respuesta:

—Sí.

Tercera pregunta:

—¿Creéis que es más rico el que más debe?

Tercera respuesta:

—No.

Delante de cualquier prestidigitador se os puede ofrecer el mismo caso. Veis las maravillas que hace con sus manos; no podéis negar el testimonio de vuestros sentidos, pero no lo creéis.

Es, pues, posible.

*Yo tengo.* He ahí el pequeño bolsillo donde encerraban nuestros padres toda su fortuna.

*Yo debo.* He ahí la mina inagotable de donde sacamos nosotros toda nuestra riqueza.

Vivir con lo propio, es una vulgaridad que ha detenido en los individuos, en las familias y en los pueblos, el desarrollo de la riqueza pública.

Vivir con lo ajeno, es el principio luminoso que lleva de casa en casa, de pueblo en pueblo, de nación en nación, la cultura de la riqueza universal.

Vivir con el trabajo de ayer, es no acertar

a salir del día; es para el hombre como ir detrás de sí propio: pero vivir con el trabajo de mañana, es adelantarse a su tiempo, o ir delante de sí mismo.

La economía tenía ante por base el ahorro; ahora tiene por fundamento el lujo.

Antes no pasaba de ser una virtud, una pobre virtud; ahora es una ciencia, toda una ciencia.

Tener lo que se puede, es ciertamente tener algo; pero tener lo que se quiere, es más es mucho más: es tenerlo todo.

El trabajo era el principio de aquella economía.

El lujo es el elemento de ésta.

Y convengamos en que el lujo es más cómodo que el trabajo.

Trabajar para vivir no es lo mismo que vivir para gozar.

La miseria es general. Y bien: ¿qué tenemos con eso? ¿Acaso el lujo no es tan general como la miseria?

Medid bien la profundidad de estas dos medidas.

Pobreza: medida—vacía, por su puesto—de lo que el hombre necesita para vivir.

Lujo: medida—nunca llena—de todo lo que el hombre necesita para gozar.

El lujo no es más que la superficie, la miseria es el fondo.

Lujo es una palabra cuyo sentido es miseria.

## EL LUJO DE LAS MUJERES

Se ha levantado en el corazón mismo de la Francia un grito terrible contra el lujo de las mujeres, que ha sido inmediatamente acogido por todos los hombres.

La voz de M. Dupin, más aguda que profunda, ha ido a clavarse como la punta de una aguja en la piel delicada y sensible de todos los bolsillos.

Este suceso tiene dos aspectos.

M. Dupin, alzándose valerosamente contra el lujo, llega a tomar a nuestros ojos las proporciones de un grande hombre; pero el mismo M. Dupin, acometiendo con impetuoso denuedo el lujo de las mujeres, pasa a los ojos de cualquiera por no ser más que un pobre hombre.

En el primer caso, parece que, lanzándose en medio del camino por donde se precipita la corriente del siglo, intenta detenerla.

Esto es sublime, es heroico; supone un valor extraordinario y una fuerza invencible.

En el segundo caso, M. Dupin me hace el efecto de un hombre que, queriendo apagar una

luz, sopla en el reflejo que la misma luz produce.

Y de cualquier modo que esto sea, ciertas dudas que me asaltan suscitan en mi ánimo la siguiente serie de preguntas:

¿La cuestión es de sentimiento o de cálculo?

¿Se habla en nombre de la virtud, o de la economía?

¿Se pretende que las mujeres sean honestas, o sólo se aspira a que sean baratas?

¿Con qué debemos discurrir en el caso presente? ¿con el corazón que siente, con la cabeza que reflexiona, o con el bolsillo que calcula?

¡El lujo de las mujeres! Horrible abominación. Todos los hombres debemos reunirnos y armarnos para caer juntos sobre... ¿sobre quién? ¿Sobre el enemigo de nuestro reposo, sobre el enemigo de nuestra honra, o sobre el enemigo de nuestro dinero?

Arrojémonos con violento empuje sobre ese ejército que nos saquea; lancémonos todos contra esas nubes de langostas que devoran nuestras cosechas; rasguemos los encajes, despedacemos las blondas; abajo los diamantes, fuera el terciopelo, muera la seda.

He aquí la gran hazaña que tenemos delante.

¿La hemos pensado bien? Veamos.

¿Contra quién nos dirigimos? Contra las mujeres. ¿Qué han hecho las mujeres para ser repentinamente blanco de nuestra indignación y objeto de nuestras iras? Gastar mucho, gas-

tar más de lo que tiene el padre, gastar más de lo que tiene el hermano, gastar más de lo que tiene el marido, gastar más de lo que tienen todos los hombres que andan siempre alrededor de las mujeres que gastan mucho.

¿Y en qué gastan tanto las mujeres?

En blondas, en encajes, en diamantes, en seda, en terciopelo, en alfombras y en perfumes, en coches y en caballos.

¿Y como se llama esto?

Se llama lujo.

Pero bien : ¿qué cosa es el lujo?

Siempre ha sido la señal evidente de la decadencia de las naciones, el síntoma grave de la corrupción de los pueblos, y el anuncio de su ruina ; así lo dicen la fastuosa Babilonia, la sensual Grecia, la soberbia Roma.

Cierto ; pero eso era antes, cuando el hombre, envuelto en las tinieblas de la ignorancia, andaba a ciegas por el camino del progreso.

Aquella pobre gente no sabía ser grande, ser rica, ser poderosa, y caía oprimida por el mismo peso que intentaba levantar sobre sus hombros.

Hoy el lujo es todo lo contrario : es eso que llamamos desarrollo de los intereses materiales ; es eso que se llama *economía* por burla y *ciencia* por sarcasmo ; es eso que con altanera satisfacción llamamos *prosperidad pública*.

Pensadlo bien : el lujo es el fomento de esa gran industria que vosotros llamáis civilizadora ; es la vida del comercio, el alma de la Bolsa.

Es el gran resorte que nos empuja por el camino del progreso moderno; es esa necesidad activa que a todos nos mueve.

Observad atentamente la dirección de todos nuestros adelantos, y veréis cómo todos van a parar a un mismo punto: al lujo.

No nos precipitemos; el asunto es más serio de lo que a primera vista parece: pensadlo bien; no vayamos a clavar la espada de nuestra ira en las entrañas mismas de nuestra civilización magnífica.

No os dejéis arrastrar impremeditadamente por la voz de M. Dupin; ese hombre intenta sublevarnos contra nuestro siglo; es preciso que lo sepáis: la reacción es la que habla por su boca.

¡El lujo de las mujeres! Esa no es más que una manera capciosa de presentaros la cuestión, porque las mujeres no han venido a ser más que el lujo de los hombres.

Los entendimientos vulgares, que todavía discurren por el añejo sistema de tres y dos son cinco, nos dirán: «Suprimid el lujo, porque el lujo nos arruina».

No hay inconveniente en admitir semejante supuesto, porque tenemos a la mano una réplica victoriosa.

Nosotros les diremos:

«Si es cierto que el lujo nos arruina, es evidente que si suprimimos el lujo nos arruinamos.»

Si se espantaran de esa afirmación terrible, añadid :

«Hemos quemado las naves para no retroceder. ¿Dónde están ya las virtudes con que pudiéramos sustituir al lujo?»

Ellos no pueden presentarlas, y no tendrán más remedio que convencerse.

Y aplicando la filosofía de todos los tiempos a la historia presente, vuelvo a preguntar :  
¿Qué es el lujo?

El lujo es la religión de la materia, el culto de los placeres, la moral del deleite. ¿Y hemos de destruir de un solo golpe la religión, el culto y la moral de nuestro siglo?

¿Qué se pretende?... ¿que las mujeres renuncien a la parte que legítimamente les corresponde en el goce universal de la propiedad pública?...

¿Habremos de despojarlas de su derecho porque son débiles?... ¿Queréis que valgan más y que cuesten menos?

Si las mujeres, que vosotros habéis hecho a vuestra imagen y semejanza, se despojaran del valor de las blondas, de los diamantes, de los perfumes y de la seda, ¿qué valdrían ante la culta sensualidad de vuestros sentidos?... ¿Por qué no han de gastar las mujeres lo que no tienen, cuando las naciones y los gobiernos gastan lo que no tendrán nunca?

Si son como vosotros las habéis hecho, ¿por qué género de lógica pretendéis que sean de



distinta manera? Si os imitan, ¿por qué las acusáis?

Si es el lujo de las mujeres el brillante espejo en que nuestro siglo se ha detenido a mirarse la cara..., ¿qué pretendéis?... ¿romper el espejo?

Pobres mujeres, que ostentáis diamantes, que os cubrís de encajes, pisáis terciopelo y arrastráis sedas, ¿adónde nos lleváis?—La escasez de vuestras virtudes no nos inquieta, pero el exceso de vuestro lujo nos espanta.

Vosotras, en cambio, sois la justicia, porque sois como ellos os merecen; y sois al mismo tiempo la bondad, porque sois como ellos os quieren.

¿No os han despojado de vuestra modestia? Pues devorad vosotras hasta el último céntimo de sus riquezas. ¿Os han perdido? Pues arruinadlos.

Es curioso esto. ¿Os han iluminado con todas las luces del siglo, y pretenden ahora que renunciéis a la satisfacción de brillar ante sus mismos ojos!

Alzad la voz, y decidles que se han abierto vuestros deseos; que se han disipado ante vuestras miradas las tinieblas de todas las preocupaciones; que veis claro; que ya, en fin, no servís para monjas; que ya es tarde para contener vuestra vanidad excitada, en la honesta obscuridad de la familia y de la casa.

Pedid lujo, y que ellos pidan limosna.

Si la virtud os condena, ¿qué importa!; la civilización os absuelve.

## LA ESTRELLA MADRILENA

Desde el principio del mundo creo yo que ha de haber sido cuestión difícil de resolver una que hoy se nos ofrece con interés más vivo.

Yo pregunto: ¿Es una felicidad para un padre, para un marido, para un hermano o para un hijo tener una hermana, una esposa, una hija o una madre más o menos joven, más o menos hermosa, más o menos buena, pero de cualquier modo notable, o por su lujo, o por sus caprichos, o por su nacimiento y aun me atrevo a decir, por su talento y aun por sus virtudes?

Cualquiera que sea el padre de esa hija, el marido de esa esposa, el hermano de esa hermana, el hijo de esa madre, ¿podrá ver con gusto que su hija, su esposa, su hermana o su madre pertenezcan en cuerpo y alma al primer folletinista que quiera sacarlas al mercado de la publicidad, vestidas de un modo o desnudas de otro, como son o como no son, con pretexto o a título de mujeres ilustres?

Esta es la cuestión.

Si la viva necesidad que todos experimenta-

mos de tener coche, nos hace ver con satisfacción a nuestras madres, o a nuestras mujeres, o a nuestras hermanas, o a nuestras hijas, puestas en berlina, declaremos desde luego que tener por mujer, por madre, por hermana o por hija a cualquiera de esas mujeres, es una felicidad, un encanto.

Pero si hay algo en el talento y en las virtudes que la modestia reserva; si hay algo en el lujo y en los caprichos que el pudor rechaza; si hay, en fin, algo en la persona o en sus pensamientos, en sus palabras y en su vida, que el derecho de propiedad impida sacar a pública subasta, para entretenimiento de las gentes, digamos que tener por mujer, por madre, por hermana o por hija a cualquiera de esas mujeres, es una triste cosa.

Yo comprendo muy bien todos los derechos de la publicidad; yo sé que para una pluma de acero o de ganso, puesta en la mano de un hombre sin conciencia o de un hombre sin entendimiento, esto es, de un malvado o de un tonto, no hay ya nada respetable.

Esto, todos lo sabemos.

Pero yo pregunto de nuevo:

¿Es lícito, con pretexto de un vestido, de un encaje o de un brillante; con motivo de unos ojos azules, o de unos ojos negros, o de una tez blanca o morena, o de una frase más o menos aguda, o de un origen más o menos alto; es lícito, pregunto, a título de publicidad, sacar a una porción de mujeres de la ho-

nestidad de la vida privada, permítaseme la frase, al escándalo de la vida pública?

Pero ya no se trata de la mera publicidad del nombre, del vestido, del fausto o de la gracia de la persona; se trata de la publicidad de la persona misma.

Buscando ejemplos auténticos que atestigüen la oportunidad de las preguntas que acabo de hacer, abro un periódico, y leo:

«Sabemos que con el título de *Estrella Madrileña* se ha formado una empresa que tiene por objeto dar brillantísimos bailes de máscaras.»

Al llegar aquí, creerán ustedes que sólo se trata de una empresa que busca la ganancia de su dinero aplicándolo al negocio de los bailes de máscaras.

Pensarán que sólo se trata de una especulación propia del movimiento de nuestros tiempos, y se quemarán las cejas buscándole una importancia que en realidad no tiene.

Pero deben saber que en este caso no se trata de convertir el lodo en oro, fundiendo en el horno candente de un baile de máscaras todo lo que tiene de frágil barro la especie humana.

No se trata de vender públicamente por más o menos precio la libertad del vicio, elevándola a la luminosa potencia de un salón destinado a dar bailes de máscaras.

No se trata de hacer objeto de la especulación de una empresa esa primera materia que

la libertad de las costumbres arroja diariamente al mercado público.

El negocio esta vez, considerando que se trafica demasiado con las flaquezas, las debilidades y las miserias de la multitud, ha pensado seriamente, por lo visto, en que la honestidad y el decoro pueden ser también motivo de utilidad y de ganancia.

Su pensamiento, según el mismo periódico, es éste:

«Cosa sabida es que, por causas que ahora no son del caso, la concurrencia que, por lo general, asiste hoy a los bailes de máscaras, no suele ser (salvas raras excepciones) de lo más escogido, sobre todo en lo que se refiere al bello sexo; pues bien: el objeto de *La Estrella Madrileña* es celebrar algunos bailes, a los cuales puedan asistir sin inconveniente algunas honradas hijas de familia, y presentarse sin desdoro cualquiera persona distinguida.»

Esto es: *La Estrella Madrileña* se propone realizar un capital imposible; quiere convertir el vicio en virtud, el escándalo en pudor, la desvergüenza en honestidad.

La magnitud de este pensamiento es tal, que apenas puede caber en una cabeza humana, y por eso ha tenido que surgir del fondo profundo de la cabeza, por lo común múltiple, de una empresa.

Por regla general, de los bailes de máscaras huyen las personas honestas, y este conjunto de gente que huye de los bailes de máscaras,

roba, permítaseme la palabra, al negocio, una cantidad mayor o menor, que caería perfectamente en los bolsillos de las empresas.

El dinero de las mujeres honradas también es dinero. Dinero algo más escrupuloso, pero al fin, dinero.

El caso, por consiguiente, es éste:

En vista de que a las tabernas no concurren más que gentes de malas costumbres, ha nacido el pensamiento de establecer una donde pueda ir a embriagarse sin desdoro cualquiera persona distinguida.

Al periódico que anuncia este proyecto, le parece la idea muy oportuna, y promete que celebrará el éxito si corresponde a tan buenos deseos. ¡Qué ingenuidad tan elocuente!

Desde luego podemos anunciar que el éxito es seguro.

Las razones se caen de su peso.

En primer lugar, se trata de un baile público, y, claro está, que por su dinero podrá asistir a él todo el mundo, si se exceptúan los presos que se hallan en el Saladero, y las mujeres que se encuentran detenidas en la Cárcel Modelo.

No hay duda, pues, de que pueden asistir a esos bailes honradas hijas de familia, y presentarse en ellos cualquiera persona distinguida.

En segundo lugar, se trata de un baile de máscaras, en cuya virtud—que no todo ha de ser vicio en esos bailes—la persona que asista

tiene el derecho de entrar con la cara tapada.

¿Cuál es el inconveniente que tienen las mujeres honradas para ir a los bailes de máscaras?

Uno solo: el de ser honestas.

Ahora bien: ¿cómo se conoce a una mujer honesta después que ha tomado la precaución de ponerse una careta?

De ningún modo.

Por consiguiente, pueden ir a los bailes de máscaras de *La Estrella Madrileña*, lo mismo que a los de *Capellanes*, honradas hijas de familia, con la seguridad completa de que nadie llegue a conocerlas. Esto es evidente.

En tercer lugar, se trata de una empresa.

Toda empresa, moralmente considerada, es una cantidad mayor o menor de dinero que tiende a multiplicarse.

Pues esta empresa busca que la concurrencia a sus bailes sea numerosa, y al mismo tiempo escogida.

Nada más justo; quiere resolver la cuadratura del círculo.

Quiere, pues, que vaya todo el mundo.

Ahora bien: ¿a qué duro que llame a la puerta de esos salones no se le recibirá con las manos abiertas?

¿Quién no tiene un duro suyo o ajeno?

Irás, pues, todo el mundo.

Y donde va todo el mundo, ¿no podrá ir una mujer honrada?

¿Estará la honradez de las mujeres condenada a reclusión perpetua?

¿Acaso la honestidad es una ignominia, que no puede decir en todas partes: «Aquí estoy yo»?

¿Por qué una mujer honrada no ha de poder ser también una mujer libre?

¿Será la cárcel la casa de las mujeres honradas, mientras el resto del mundo es de las mujeres libres?

En cuarto lugar, se trata de resolver una cuestión de moral profunda.

Los bailes de máscaras están moralmente desacreditados; y este elemento de civilización se pierde sin remedio, si las mujeres honradas no acuden a dar allí a las mujeres libres lecciones de decoro y de virtud.

Por otra parte, ¿dejarán que la empresa se arruine? ¿No han puesto los empresarios su dinero? ¿Por qué no han de poner las mujeres su honestidad, su virtud y su decoro?

Pueden ir sin inconveniente.

Ante todo, porque una empresa lo dice.

¿Qué ha de querer una empresa más que ganarse la vida?

Y si es cierto que para que la empresa gane, es necesario que las mujeres honradas que vayan, pierdan, porque las otras que irán, de seguro no tienen nada que perder, también es cosa averiguada y de todo el mundo conocida, que la honradez no es dinero.



Y, por otra parte, ¿qué más garantías quieren?

Los salones estarán soberbiamente iluminados, para que todo se vea perfectamente, y podáis olvidar ante los esplendores de tanta luz la honesta obscuridad de vuestra vida.

El lujo se tenderá delante de vuestros ojos para que no veáis la enojosa pobreza de vuestro recato.

La música llenará vuestros oídos de ardientes melodías para que no escuchéis la voz enfadosa de vuestro decoro.

Y el baile, danzando delante de vosotras, como un torbellino, os absorberá de tal manera, que conseguiréis al fin olvidaros de vosotras mismas.

Además, ¿qué miedo puede tener vuestra honestidad? ¿Qué escrúpulo vuestra inocencia?

¿Pues qué! ¿no tiene la empresa el permiso competente de la autoridad civil, encargada en estos tiempos de legalizar las ocasiones de todos los extravíos?

¿Qué más garantías necesita vuestro pudor de madres, de hermanas, de esposas o de hijas?

¿No estará oportunamente vigilado el escándalo, para que no lo turbe ningún género de desorden?

Si tenéis una honradez tan dura de cascos y un pudor tan terco, que todavía se os resiste, partamos la diferencia, transijamos, y la dificultad quedará vencida.

La transacción es ésta:

Yo os concedo que no podéis ir a los bailes de *Capellanes*, y concededme vosotras que podéis ir a los bailes de *La Estrella Madrileña*.

¿Creéis que son una misma cosa?

Pues bien: transijamos también en este punto.

Son una misma cosa; pero a la vez son todo lo contrario.

Son dos bailes de máscaras enemigos, dos negocios opuestos, dos empresas rivales.

Son el anverso y el reverso de una misma medalla.

Convenid, pues, en que concurrir a unos o a otros es cosa distinta, y yo convendré en que es la misma cosa.

¿Qué más necesitáis saber?

## EUROPA, AFRICA Y AMERICA

Me atrevo a asegurar que hay la misma distancia de Londres a la Argelia que de la Argelia a los Estados Unidos; o, de otra manera: que de la Argelia a Nueva York y a Londres no hay más que un paso.

¿De dónde he sacado yo este disparate geográfico?

Veamos.

Se me ha ocurrido ante la historia auténtica de unos cuantos hechos confirmados por el testimonio de todos los periódicos que llegan de París, de Londres, de Nueva York.

Hablan los periódicos franceses, y vienen a decirnos, poco más o menos, lo que sigue:

«¡Qué horror! El hambre hace terribles estragos en las desoladas comarcas de la Argelia; para dar a los niños que caen desfallecidos en los campos, en los caminos y en las calles algún auxilio, hay que encerrarlos, porque, de otro modo, los hombres y las mujeres, sus propios padres, sus propias madres y sus mismos hermanos, les arrebatarían el puñado de habas secas que se les da una vez al día por todo alimento.»

Y añaden todos:

«El hambre, obrando sobre ese pueblo inculto y salvaje, parece que se empeña en romper los vínculos más poderosos de la naturaleza: la ferocidad ha llegado a los últimos límites.»

Este es el cuadro: he aquí el hecho.

Dos mujeres hambrientas, devoradas por la fiebre que esa terrible necesidad enciende, se encuentran frente a frente: cada una de ellas tiene en sus brazos a un niño, porque las dos son madres.

Se encuentran y se miran, y poseídas de la misma locura, dominadas por el mismo delirio, conciben a la vez un mismo pensamiento.

La una, adelantándose de repente, dice: «Comámonos a su hijo».

La otra retrocede de un salto, y grita: «¡No, al tuyo!»

Y ambas se quedan inmóviles, con la mirada fija una en otra, como dos panteras antes de acometerse.

La primera se resuelve al fin, y propone un nuevo recurso, diciendo: «Comámonos a los dos»; y la segunda acepta.

Pero la dificultad vencida surgió de nuevo: ¿qué niño debía ser el primero? Ninguna de las dos madres quería que fuese el suyo.

Entonces echaron suertes, y la suerte designó la primera víctima, y la primera víctima fué devorada.

Se trata de sacrificar la segunda víctima; pero, sin duda alguna, la naturaleza indigna.

da hizo un esfuerzo supremo, porque la madre del niño que aún vivía, cogió a su hijo, lo cubrió con su cuerpo, y con mirada frenética y ademán terrible, rugió desesperada: «Mi hijo no muere!»; y salvó a su hijo.

Tal es el hecho más bárbaro que ha producido en las salvajes comarcas de la Argelia la ferocidad del hambre en los tiempos presentes.

Para mitigar el horror que semejante escena nos inspira, debemos volver los ojos hacia ese punto luminoso que brilla detrás de los mares con todos los rayos del nuevo sol que conocemos con el nombre de civilización moderna.

Dejemos la barbarie de Africa, y tomemos la cultura de América; de la Argelia conquistada pasemos a los Estados Unidos conquistadores: el moro es estúpido, el yankee es ilustrado.

Aquí todo es miseria, allí todo es oro; la diferencia es inmensa: es la que existe entre el hambre y la sed.

*El Cronista de New York*, para que comprendamos todo el valor del hecho que va a referirnos nos explica la costumbre en que, digámoslo así, se funda el suceso cuyo relato vamos a escuchar.

Hace ya algún tiempo que hay allí la costumbre — así la llama *El Cronista de New York* — de asegurar las casas por un valor triple del verdadero, incendiándolas después, con cuyo sistema se han enriquecido muchos.

Admirable sistema de alumbrado, digno, sin

duda alguna, del siglo de las luces, y cuyas chispas es muy posible que hayan puesto muchas veces en movimiento las bombas de Madrid.

Por lo que principalmente se conoce la índole moral de un pueblo, es por sus costumbres, y, como hemos visto, asegurar las casas por un valor tres veces mayor que su valor verdadero, e incendiarlas después, es en los Estados Unidos una costumbre; esto es, la cosa más natural del mundo.

Pero no todos encuentran a mano una casa que asegurar, y en este caso deberían encontrarse José y Josefina Brown, tiernos esposos, que, no teniendo una casa, tenían, ¡oh, consuelo!, una ahijada.

El yankee posee la singularísima cualidad de ver dinero en el fondo de todas las cosas, y los esposos Brown vieron, con ávida perspicacia, una fortuna en el fondo misterioso de la vida de Angelina Stewart.

Y, claro está, siendo un tesoro esta vida, trataron de asegurarla; y, lo que es más natural todavía, trataron de asegurarla por una gran suma, porque aquella vida valía mucho para ellos; y la aseguraron por ochenta y cinco mil pesos.

Pero he aquí lo que son las cosas: desde el momento en que Angelina Stewart se encontró con la vida asegurada, ya no tuvo su vida hora segura, y fué asesinada en Nueva Jersey.

Los esposos Brown hundieron el puñal en el

corazón de Angelina Stewart, como se mete la mano en un bolsillo.

Para ellos la pobre niña era una gaveta dentro de la que había ochenta y cinco mil duros, y el puñal era la única llave con que se podía abrir aquella gaveta. ¡Soberbia ganzúa!

Y, claro está, la abrieron.

Tenían sed de oro, y bebieron la sangre de su ahijada.

¿Qué distancia hay entre las mujeres de la Argelia y los esposos Brown?

Ninguna.

Pero, ¡ah!, volvamos a Europa: delante de ella marcha la culta Inglaterra.

El inglés se destaca, en medio del humo que ennegrece a Londres, blanco como la nieve y rubio como el oro.

Si en los Estados Unidos se entienden los hombres por pesos, en Inglaterra se entienden por libras.

En España un *inglés* es una deuda; pero en Inglaterra un inglés es dinero.

No son allí los ríos de leche, ni las casas de azúcar, como en la antigua Jauja; pero allí el tiempo es oro.

El sol, avergonzado por los esplendores de aquella grandeza, pasa sin dejarse ver, y la niebla rodea a la ciudad de Londres como una madre abraza a su hija.

Sobre aquel horizonte, velado por la densa cortina de una niebla eterna, aparece de vez en cuando un sol triste, sin rayos, un sol apa-

gado, que las gentes miran como los restos de una antigüedad muy lejana.

Al viajero se lo enseñan como el recuerdo muerto de una grandeza pasada, como creo yo que se enseñarán, a las caravanas abrasadas por el sol del desierto, las monstruosas pirámides de Egipto o las solitarias ruinas de la soberbia Babilonia.

Esa gran ciudad, donde el sol se ve como una curiosidad arqueológica, como un resto de la creación, como un objeto de museo, es la gran ciudad de Londres.

No tengo noticia de que haya sobre la haz de la tierra otra ciudad a la que el sol no alumbre.

Londres es la ciudad de las sombras.

Pues, sin embargo, de esa ciudad parten todos los rayos que iluminan al siglo.

Ella es el centro luminoso de la civilización que poseemos.

Inglaterra es un astro que brilla con luz propia: no le debe nada ni al sol ni al cielo.

Por eso, sin duda, es un pueblo tan humano.

Allí todo se hace, y allí todo se vende.

Volvamos, pues, los ojos a ese centro de poder, de civilización y de grandeza; mirémosle con la mirada más atónita de nuestra admiración mas profunda; doblemos la cabeza, deslumbrados por el esplendor de su civilización inaudita, y recojamos con envidia de sus grandes periódicos estos datos monumentales.

María Maning—he ahí una inglesa—es jo-



ven, y debemos suponer que será rubia ; además, es casada ; lo cual deja entender que podía muy bien ser madre.

Todas estas circunstancias importan mucho.

María Maning tiene una vecina, y esta vecina tiene una hija de diez meses.

María Maning cree, por lo visto, que las vecinas no deben tener hijas, y coge a la niña y la quema viva.

Semejante ejemplo no podía quedar sin imitación inmediata.

El amor propio tiene en las mujeres un poder irresistible ; y en las inglesas ese resorte debe ser más poderoso todavía, porque allí todo se fabrica con más perfección.

Lo que hace una joven casada, bien puede hacerlo una vieja viuda.

Detrás de una inglesa, hay siempre otra.

Detrás de María Maning, hay otra María Maning.

Si la primera es joven, la segunda tiene setenta y tres años, y le lleva naturalmente la superioridad de la experiencia.

Si aquélla quema viva a una niña de diez meses, ésta quita la vida a un niño de cuatro años en medio de horribles martirios.

Es la honrosa competencia de una noble emulación.

Cualquier pueblo del mundo puede tener una María Maning ; pero Londres tiene dos.

Y no se crea que la una ha nacido de la otra : entre ellas no hay más lazo común que

el de ser inglesas, y, sin embargo, parecen hijas de una misma madre; pero no son más que hijas de una misma sociedad.

Pero allí todo es grande, y dos Marías Manning son poco para el orgullo inglés, humillado, sin duda, en esta ocasión por los esposos Brown y por las madres de Argelia.

Era preciso más; era preciso levantar la mano a una altura considerable, y escribir con carbón de piedra: «Aquí llegó Inglaterra».

Y allí lo que es preciso, es, sea lo que quiera: e inmediatamente surgieron del fondo de aquella sociedad otras dos Marías Manning.

Otras dos piezas construídas en la misma fábrica.

La una asesina a un niño, la otra asesina a otro, y una de estas dos lo ejecuta abrasándolo.

Recopilemos:

En la Argelia una mujer se come a su hijo porque tiene hambre.

En Nueva York los esposos Brown asesinan a su ahijada porque quieren dinero.

En Londres cuatro mujeres asesinan a cuatro niños, porque Inglaterra, que va a la cabeza de la civilización de Europa, no había de ser menos que la Argelia, que va a la cabeza de la civilización de Africa, ni menos que los Estados Unidos, que van a la cabeza de la civilización de América.

Aplicando esta historia a la geografía, se puede preguntar:

¿Qué distancia hay de la Argelia a los Estados Unidos y a Inglaterra?

Y se puede contestar:

Ninguna.

El Africa empieza en Nueva York y acaba en Londres.

## LONDRES, PARIS, MADRID

No hay soledad semejante a esa soledad que el hombre encuentra en medio de las grandes multitudes, porque nunca está más solo que cuando los demás no le dejan estar consigo mismo.

Se encuentra a sí propio siempre que se busca, excepto cuando se pierde en el confuso laberinto de la muchedumbre; y por eso en el agitado tumulto de las grandes poblaciones es donde está menos acompañado, es donde pierde hasta su propia compañía.

Se puede decir que vive separado de sí mismo.

Está en la multitud como está el céntimo en el duro, como está la gota de agua en el mar, como está la unidad en la suma.

Se separa y se aleja más de sí mismo, conforme se acerca y se une a los demás hombres.

La ternura de un cariño profundo, interceptada, si me es permitido decirlo así, por las corrientes encontradas de la multitud, puede hacerle exclamar de esta manera con triste exactitud:

«Yo sé que vives aquí, en el fondo de mi corazón: los latidos que siento me dicen que tu imagen está llamando a las puertas de mi alma.

»Lo sé; pero este oleaje de seres humanos que se agita detrás y delante de mí no me deja verte; este estrépito incesante que llena mis oídos no me dejar oírte; ese movimiento que me lleva y que me trae, que me empuja a la vez en todas direcciones, y que a la vez me arrastra hacia todas partes, no me deja acercarme a ti.

»Tú llamas a las puertas de mi pensamiento, y yo no estoy conmigo.

»Búscame en tu corazón, porque en el mío no estoy yo.

»Mi vida es tuya, y por eso puedo jurarte que esta no es mi vida.»

Sumergid en el fondo de un vaso lleno de agua un grano de sal, y veréis cómo el agua va poco a poco devorándolo, y le veréis al fin aniquilarse y desvanecerse.

Allí está la sal; pero, ¿dónde está el grano?

De la misma manera se disipa el hombre sumergido en la multitud: podemos decir que se disuelve.

El hombre no es ese bolsillo insaciable que necesita extenderse por la muchedumbre para extraer de ella el oro con que ha de llenarse.

No es el ser perdido que va de deleite en deleite y de vicio en vicio, buscándose a sí propio sin encontrarse en ninguna parte.

No es el mendigo, ciego por la soberbia, sordo por el orgullo, hinchado por la vanidad, que le pide al mundo fácil limosna de aplausos fugitivos, que parte el pan de su celebridad y de su gloria, hoy con Blondin, mañana con Hermann; unas veces con el toro más formidable de la última corrida, otras veces con el caballo más ligero de la última carrera.

No es el que busca en las agitaciones de la vida común la satisfacción continua de sus inconstantes deseos, como un testimonio de su propia vida.

No es, en fin, el que, huyendo de sí mismo como el reo huye del juez, corre a ocultarse en el fondo de la multitud, para no sentir la severa mirada de su propia conciencia.

¡Las grandes poblaciones! Londres, París, Madrid...: ¡cuántos corazones habéis robado a la virtud, cuántas inteligencias a la verdad, cuánta salud a la vida, cuánta felicidad al hombre!

Aquí la especie humana parece transformada: el hombre es otro.

¿Sabéis lo que es una mujer sepultada en el alegre rincón de su honesta casa?

¿Sabéis lo que es una mujer en medio del mundo, escondida detrás de sus encajes, detrás de su belleza, detrás de su fausto?

Pues son dos cosas tan opuestas entre sí como la luz y la obscuridad.

Estas dos mujeres, puestas la una enfrente

de la otra, hablarían mucho tiempo sin entenderse.

Diría la primera: «Mi marido, mis hijos, mi madre, mi casa».

Diría la segunda: «Mi vestido, mi aderezo, mi coche, mis salones».

En medio del fausto del mundo dirá la primera: «Me canso».

Allí mismo dirá la segunda: «Gozo».

En el tranquilo seno de su familia dirá la primera: «¡Qué felicidad!»

En medio de sus salones solitarios dirá muchas veces la segunda: «¡Qué fastidio!».

La primera dice bajando los ojos, como si quisiera ocultarse: «Este es mi hijo, esta es mi madre».

La segunda, alzando la mirada, como si quisiera descubrirse por entero, va diciendo por todas partes: «Esta soy yo».

La primera se busca y se ve en su propio corazón.

La segunda, como si tuviera miedo de encontrarse sola, no se atreve a verse sino delante del espejo.

La una puede poseer todos los encantos.

La otra posee, por lo común, todas las virtudes.

Dice aquélla: «Me veo, me admiro y me adoro».

Dice ésta: «Me siento, me conozco y me estimo».

La una lleva por todas partes la compañía tumultuosa del mundo.

La otra lleva siempre consigo la soledad de su propia compañía.

El mundo que rodea a la primera no la deja acordarse de sí misma.

La soledad que rodea a la segunda no la deja verse ni un momento.

He aquí cómo sucede esto:

A aquélla no la deja pensar el mundo en que debe ser buena.

A ésta no la deja pensar la soledad en que puede ser hermosa.

La una tiene por casa el mundo.

Para la otra no hay más mundo que su casa.

Y esa mujer, que es toda vanidad, os robará siempre el afecto de esa otra mujer que es todo amor.

Toda multitud es un conjunto mayor o menor de seres humanos que se agitan completamente solos.

Es más fácil engañar a una multitud que a un hombre.

El hombre se ríe de todas esas aguas maravillosas que hacen crecer el pelo en las cabezas calvas, y, sin embargo, la multitud las compra, como si el hombre, al formar parte de ese conjunto que llamamos multitud, dejara de ser hombre; y es que la multitud le intercepta, le separa de sí propio, le arrastra y se lo lleva.

Si no hubiera multitudes, no habría charlatanes,



En medio del torbellino de las multitudes, el hombre no está casi nunca en plena posesión de sí mismo.

Las multitudes cometen crímenes que cada uno de los hombres que las componen sería incapaz de cometer por sí solo.

Se sabe adónde puede llegar la perversidad o la locura de un hombre, pero no es posible saber adónde puede llegar la barbarie de una multitud.

Muchos hombres reunidos hacen cosas que separados no haría ninguno.

No hay forma de pedirle a una multitud cuenta de sus actos; parece que es por su naturaleza irresponsable.

Esto lo define y lo explica perfectamente: la multitud no sabe nunca lo que se hace.

Es el hombre separado de su conciencia, el hombre fuera de sí mismo.

El hombre no está en la multitud, o, mejor dicho, desaparece en ella, se disipa en ella, se pierde en ella.

Por eso digo que no hay soledad semejante a la que resulta de la compañía de la multitud; porque nunca está el hombre más solo que en medio del tumulto de los hombres.

Nunca es menos hombre que en medio de la muchedumbre de los hombres.

## DON PLACIDO CASTRO VERDE

Don Plácido Castro Verde es un español vecino de París, que indudablemente merece los honores de la celebridad ; pues, conociendo perfectamente a su siglo, ha tenido el tino de poner el dedo en la llaga.

No se crea por esto que D. Plácido Castro Verde es un cirujano.

Si se examina bien el motivo que nos hace arrojar su nombre a la admiración pública, se verá que este español ilustre ha dado a la propiedad un título de posesión bastante nuevo, y aunque no del todo original, más fehaciente sin duda que los diversos títulos con que cada uno posee lo suyo o lo ajeno contra la voluntad del resto de los hombres en la presente evolución del género humano.

Digo del resto de los hombres, porque sería algo difícil encontrar uno que no desee lo que tiene otro, por la razón suprema de que lo que se necesita es precisamente lo que no se tiene.

No se crea por esto que D. Plácido Castro Verde es un jurisconsulto.

Hundiendo un poco más la consideración en

el descubrimiento que eleva a este español, vecino de París, a la categoría de los hombres célebres, nos encontramos con que, por una de esas soberanas adivinaciones a que el hombre llega sin saber cómo y sin saber por dónde, ha puesto un dique poderoso al torrente invasor de las ideas que en estos momentos enriquecen la ciencia con el caudal de nuevas especulaciones, al mismo tiempo que empobrecen el mundo.

Digo que empobrecen el mundo, porque parece cosa averiguada por la historia, que todo lo sabe, y por la razón, que en todo se mete, que la última miseria a que puede llegar el hombre es a la adoración necesaria del becerro de oro.

No se crea por eso que D. Plácido Castro Verde es un gran economista.

Si metemos la mano de nuestro entendimiento hasta la última profundidad del saco en que se oculta el secreto misterioso de la invención que hará del nombre de ese vecino de París, español por más señas, un objeto de admiración presente, de gloria futura y de gratitud eterna, tropezaremos con que ha resuelto en su origen, cortándola de raíz, la cuestión en que están encerradas todas las cuestiones que traen agitado al mundo.

Digo la cuestión en que están encerradas todas, porque no hay ninguna que pueda hallarse fuera de estos cuatro términos: «Tú y yo: lo tuyo o lo mío».

No se vaya a creer por eso que D. Plácido Castro Verde es un hombre político.

Todavía hay más.

Pensando que el invento que debe dar a este ser internacional, pues es español por una parte y francés por otra, un sitio preferente en la galería de los hombres célebres, determina con ciega precisión los límites de lo que a cada uno corresponde, parece como que el descubrimiento ha recibido la luz de la vida empujado por un principio retrógrado de la sabiduría antigua, que impone a cada hombre el difícil deber de vivir contento con lo que tenga.

Visto así el caso, el invento podría tomarse por un tratado de profunda filosofía.

Y digo profunda, porque esa filosofía parece enterrada bajo siete estados de tierra, como opuesta al impetuoso movimiento del gran progreso humano.

Pero esto no debe inducir a nadie a creer que D. Plácido Castro Verde es un filósofo.

¿Qué es, pues, D. Plácido Castro Verde?

Un hombre que no es cirujano, cuando hay que componer tantas cabezas destornilladas, tantos pies de que se cojea, tanta mano rota, cuando el cuerpo social, en fin, no tiene hueso sano, ¿qué puede ser?

Un hombre que no es jurisconsulto, cuando todo derecho está en duda, cuando la vida es un pleito, cuando la ley del embudo, perpetuamente en ejercicio, pone a todo hombre en la necesidad de saber científicamente de qué

lado ha de cogerla, cuando, abierto a todas horas el tribunal de la opinión pública, ofrece toda clase de fallos a toda clase de causas, cuando el *pro* vale tanto como el *contra*, cuando lo negro puede ser blanco, cuando lo que hoy es *sí* mañana es *no*, cuando, en fin, la razón se inventa y la justicia se toma, ¿qué podrá ser ese hombre?

Sigamos adelante.

Un hombre que no es economista, cuando la ciencia, llenando de luz la obscuridad de los bolsillos vacíos, ha establecido el medio seguro de que nadie salga del deber, abriendo, por medio del crédito, la facilidad de no pagar nunca, ¿qué especie de hombre puede ser ese?

Un hombre que no es político, cuando toda urbanidad está perdida, cuando el ser hombre particular es tener su vida y hacienda a merced de los hombres públicos, cuando es preciso hacerse partido para convertirse en entero, esto es, cuando es indispensable ser parte para poder serlo todo, ¿qué hombre será éste?

Continuemos averiguando.

Un hombre que no es filósofo siquiera, que, siendo francés por una parte y español por otra verdadero *galimatías* de lenguaje, de costumbres, de intereses, de carácter y de naturaleza, no ha penetrado los secretos de la *filosofía*, es un hombre que, lo mismo en París que en Madrid, lo mismo en España que en Francia, anda a obscuras.

No ser filósofo, esto es, no embriagarse unas

veces con el *yo* y otras veces con el *no yo*; no saber que el hombre se ha sorprendido a sí mismo siendo dios, para convertirse, por la fuerza de su voluntad suprema, en la hechura de todos los vicios y de todos los errores.

No ser filósofo, es casi no ser hombre, es ignorarse a sí mismo.

¿Qué hombre es este que no es ni cirujano, ni jurisconsulto, ni economista, ni político, ni siquiera filósofo?

Don Plácido Castro Verde, ¿es pura y simplemente un hombre?

¿Qué es?

Mirado al través de su invento, es un mecánico.

Un espíritu positivo, que ha encontrado la manera de resolver un gran problema científico por medio de una máquina.

Un hombre que, considerando la vida como una serie de hechos, y la sociedad como un conjunto de aparatos, ha comprendido perfectamente que la gran ciencia de estos días, la que guarda la solución de todos los problemas, es la mecánica.

El ha visto que el vapor, semejante a una abreviatura, ha suprimido las distancias, convirtiendo al mundo en un barrio y al género humano en una sociedad de vecinos.

El ha visto, al vivo resplandor del rayo eléctrico, que el tiempo es inútil.

Siguiendo este orden de observaciones, ha debido caer en la cuenta de que la mecánica

guardaba el secreto de la perfección del género humano.

Una vez en la pista del descubrimiento, pronto debió sorprenderlo; y, una vez sorprendido, pudo muy bien comprender que había llegado el momento de que quedaran suprimidas, como el tiempo y como el espacio, toda ley y toda moral.

Don Plácido Castro Verde, digámoslo de una vez, ha visto claro, y aplicando su secreto a la necesidad urgente, ha concebido la idea de un aparato eléctrico que por medio de una *campanilla de seguridad* hace imposible el robo.

Veán ustedes por qué género de ley, por qué especie de moral, por qué clase de civilización y de adelanto, hemos llegado a la extinción de los ladrones.

Véase cómo una corriente eléctrica, constante y hábilmente establecida, semejante a un principio de justicia, pone en movimiento una campanilla de seguridad con quien está de acuerdo, y, haciéndola sonar como la voz de un Juez, como el grito de la propia conciencia, detiene al ladrón en el momento de poner la mano en lo ajeno, y le dice: «Eso no es tuyo».

El sistema moral que ese aparato encierra no es nuevo, pero es la perfección del género.

Desde la primera llave con que se cerró la primera puerta hasta la institución de la Guardia civil, el sistema ha pasado por una serie de adelantos que prueban que han seguido también el gran camino del progreso los hom-

bres que viven entregados al estudio experimental de apropiarse lo ajeno.

Mas sea como quiera, el aparato de D. Plácido Castro Verde es al fin un gran paso.

Por él puede medirse la altura a que han llegado los conocimientos humanos en el arduo punto de asegurar a cada uno lo que le pertenece, contra la insuficiencia de las leyes que facilita a los hombres aficionados a lo ajeno la manera de poseer lo que jamás les ha pertenecido.

Debe considerarse como esas señales puestas en las márgenes de los ríos para indicar a los viajeros la altura a que llegan las inundaciones.

Esa máquina es un rótulo que debe leerse de esta manera:

«Aquí nos llega el agua.»



## LA MORAL Y EL DERECHO

Como un precioso trabajo, y con la calificación de obra científica, anuncian los periódicos la aparición de un libro que lleva por título el siguiente absurdo:

*«El derecho de la guerra conforme a la moral.»*

Al anunciar este libro, nos lo recomiendan especialmente como muy útil para las clases ilustradas y para las clases ignorantes; pero yo tengo la desgracia de creer que será inútil para las unas y para las otras.

Su autor, según nos dicen, quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia, y despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios.

Confesemos que el propósito es laudable; pero advirtamos de paso que se reirán de él a discreción todos los ejércitos victoriosos que paseen por el mundo la fuerza de sus armas.

Poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia, no es ciertamente una empresa nueva; pero no es por eso menos digna de alabanza.

Querer despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios, no es tampoco un empeño ni más moderno ni menos apreciable; pero intentar una cosa y otra a propósito de la guerra, esto es, en nombre de la guerra misma, me parece poco más o menos un sublime desatino.

El derecho de la guerra es lo mismo que el derecho del más fuerte, porque es cosa de todo punto averiguada por los débiles no tienen nunca derecho para hacer la guerra, ni siquiera para sufrirla.

El derecho de la guerra es la victoria; no puede ser otro, porque, siendo la guerra una barbaridad, vendríamos a parar en que las barbaridades pueden tener derecho.

¿Han tenido razón alguna vez los vencidos? La guerra es el castigo que Dios ha impuesto a la soberbia de la razón humana.

La razón de nuestros días se presenta a las observaciones del filósofo bajo la aguda forma de un fusil de aguja. Esta es su última forma, su última palabra.

Es el último argumento que ha inventado la ciencia del derecho.

Cuando se tienen trescientos mil hombres que triunfan, lo que menos importa es tener razón. ¿Para qué serviría?

La mayor parte de las grandes cuestiones que traen agitado al mundo, se plantean por sí solas y se resuelven por sí mismas.

El derecho de la guerra sería verdaderamen-

te una cuestión digna de estudio, si la guerra misma no la resolviera práctica y definitivamente siempre que el caso se presenta.

—¿Se hace la guerra cuando se quiere?

—No.

—¿Se hace cuando se debe?

—Tampoco.

—Pues ¿cuándo se hace la guerra?

—Cuando se puede.

Roma llevó sus legiones victoriosas a todas las partes del mundo conocido entonces.

—¿Cuándo hizo esto?

—Cuando pudo.

—¿Tenía derecho para hacerlo?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo hizo?

—Haciéndolo.

España tardó siete siglos en quitarse de encima la pesada mosca de la dominación sarracena, por la sencilla razón de que no pudo hacerlo antes.

—¿Tenía derecho?

—Inconcuso.

La guerra es un hecho bárbaro, y, por lo tanto, carece de derecho; porque debe tenerse en cuenta que el que se defiende no se le puede decir con propiedad que hace la guerra, sino que la sufre.

Pero me dirán: el autor de este libro quiere poner al alcance de todas las inteligencias las eternas verdades de la justicia.

Y yo replico que hace muy bien, y añado

que acaso no podía hacer cosa mejor; pero hay un orden de inteligencia a cuyo alcance no llegan nunca las eternas verdades de la justicia.

Estas inteligencias inaccesibles son las de todos aquellos que tienen en su mano una espada como la de Alejandro, legiones romanas como las de César, o ejércitos franceses como los de Napoleón I.

El sable de más filo, la bayoneta de más punta, el cañón de más alcance: he ahí el derecho de la guerra.

La guerra tiene por derecho la fuerza y por moral la victoria.

La razón humana tiene por tribunal de apelación la astucia o la fuerza.

La última razón del hombre es la guerra.

Peró, ¡ya se ve!, el autor se propone al mismo tiempo despertar en todos los corazones los sentimientos más humanitarios.

¿Qué pretende? ¿Qué los hombres se destruyan con toda filantropía?

¿Pretende que las guerras sean moralmente imposibles?

Lo primero no puede ser; lo segundo es.

Peró aquí el libro nos interrumpe, y abriéndose por todas sus hojas, nos dice: «He aquí lo que pretendo.

«Pretendo que la guerra sea justa.»

No se puede pedir menos, y, sin embargo, no se puede pedir más.

¿Qué menos se le puede pedir a la fuerza hu-

mana que el favor de que se resigne a ser siempre el brazo del derecho?

¿Qué más se le puede pedir a la fuerza bruta de que el hombre dispone, que el sacrificio de contenerse dentro de los límites de la razón y de la humanidad?

Sin duda el autor de este libro, al acometer su laudable empresa, no ha tomado todos los datos que la civilización moderna arroja a nuestros ojos.

No ha visto que el nivel de la perfección humana ha subido a la magnífica altura que señalan todos esos admirables adelantos a que la industria civilizadora ha llevado el destructor refinamiento de todos los elementos de la guerra.

Ninguna civilización ni ninguna barbarie ha habido en el mundo tan rica en medios de destrucción como la civilización que nos perfecciona.

El derecho, la razón ...: he aquí las dos grandes palabras del siglo, las dos grandes invocaciones de la edad presente.

El derecho, ante el que parece que todo el mundo se descubre; la razón, ante la que parece que todo el mundo se arrodilla.

En nombre del derecho se intenta todo; en nombre de la razón todo se acomete.

Pero ¿qué es eso que llamamos *derecho*?

Una cosa muy sencilla: es todo lo que se quiere, y principalmente todo lo que se puede.

En una palabra: el derecho es la fuerza.

El derecho es esta razón que voy a decir en latín, para mayor claridad: *Quia nominor leo.*

El derecho es un puñado de oro, la punta de una espada, el resultado feliz de una intriga hábil, una infamia triunfante, una iniquidad victoriosa, una combinación irresistible de la fuerza y de la fortuna.

Derecho es una palabra cuyo sentido es este: «éxito».

El derecho tiene una apelación suprema, última, definitiva, concluyente: la apelación a la fuerza.

Los estudiantes de derecho, al salir de las aulas de la Universidad, tendrán probablemente la candidez de creer que se llevan, digámoslo así, en la cabeza el gran secreto de la armonía humana.

Es una ilusión como otra cualquiera.

Puede que algunos, muy pocos, hayan comprendido en toda su extensión la fuerza del derecho; pero si hay alguno que haya penetrado en la profundidad del asunto, no lleva, en substancia, más que una idea vuelta del revés, un principio cuyos términos están invertidos.

La fuerza del derecho no tiene en el mundo más que una dificultad, que consiste en una inversión profunda del orden de las palabras.

Contra la fuerza del derecho, el derecho de la fuerza.

¿Y qué cosa es la razón?

La razón, hemos averiguado que no puede ser, en substancia, más que la mitad más uno.

La razón es la cantidad, el número, la masa.

¿De quién es la razón?

De los más.

Esto es, de quien no ha sido nunca; y permítaseme que me adelante y rasgue el velo de lo que está por venir, y añada: y de quien no será jamás.

Una votación: he aquí el último paso de la razón humana.

Una guerra: he aquí la última demostración del derecho humano.

Es derecho lo que se puede, es razón lo que se impone.

¿Quién me tose a mí con una mayoría cualquiera?

¿Quién se atreve a mi derecho teniendo yo delante un ejército formidable?

Mi razón se compone de doscientos votos.

Mi derecho se apoya en la razón suprema de cuatrocientas mil boyonetas.

Aquí se nos presenta nuestra majestuosa civilización, desnuda como un gladiador del circo romano.

«Aquí estoy yo», dice; y enseña los puños.

Voy a discutir a cochete limpio, voy a convencerlos a cañonazo seco.

El derecho será del que venza; la razón, del que triunfe.

Convencer es un verbo que se ríe de sí mismo: vencer, esa es la gran palabra.

La guerra es la gran demostración; no se ha encontrado otra.

Hace cinco siglos que salimos de la Edad Media: la historia lo dice; pero la historia miente. La verdadera Edad Media es esta.

No se puede vivir sin tener la mano puesta sobre la empuñadura de la espada.

Por eso, ¿quién piensa en la fuerza del derecho? Pero, ¿quién no piensa en los cañones rayados o en los fusiles de aguja?

Y por eso yo, ante este libro, experimento un doble sentimiento.

Y digo.

Este libro es necesario; y pienso al mismo tiempo que semejante necesidad es una cosa muy triste.

A la vez añado:

Ese libro es inútil, y esta reflexión me desconsuela más todavía.

¡Es necesario y es inútil! He aquí un absurdo lleno de tristeza.

Todo lo que acerca de la guerra se puede decir se le ocurrió hace ya mucho tiempo a las bien templadas hojas de las espadas de Toledo.

Como en aquellos tiempos éramos tan bárbaros, debió considerarse como cosa indispensable que el derecho y el deber fueran escritos sobre la fuerza misma.

Aquellas hojas brillantes de aquellas nobles espadas decían por una parte en letras abiertas sobre el acero:



«No me saques sin razón.»

Y por otra parte añadían:

«Ni me envaines sin honor.»

Lo cual, traducido, quiere decir:

Ante todo: «No seas bruto».

Después: «No seas cobarde».

Se han borrado del acero en que estaban grabados, los artículos de esta noble ley, y, sin duda ninguna, por eso tenemos algunas espadas que la deshonra vende, y el éxito compra, y la infamia alquila.

## LA PERFECCION DE LA GUERRA

Estábamos a punto de no saber qué hacer de nuestra admiración.

Podía pensarse que se acercaba el fin del mundo, como quien dice, ese momento en que, cayendo por última vez el telón, les dice a los espectadores: «Amigos míos, esto se acabó».

Podía sospecharse que habíamos llegado a la plenitud imposible del progreso indefinido, en atención a que ningún suceso extraordinario venía a señalar un paso más en la marcha majestuosa de la civilización en que vivimos.

Parecía que se había agotado el tesoro de los prodigios, que se había leído la última página del libro de las maravillas humanas, que el hombre, en fin, dios de esta creación, se había cruzado de brazos, como quien dice: «Todo está hecho».

Cuando todo está hecho, ya no hay más que hacer; y cuando todo está visto, los ojos son completamente inútiles, y no queda más recurso que cerrarlos.

Tal era nuestra situación.

Nada nuevo ni nada extraordinario venía a decirnos: ¡admiraos, esto es, alzad los ojos ante esta nueva maravilla; arrodillaos ante el

último prodigio que acaba de salir de las manos del hombre; doblad la cabeza ante este imposible realizado por el poder de la ciencia, de la industria o del arte, cuando la voz imperiosa de la fama esparce por el mundo una nueva celebridad y un nuevo invento, maravilla que indudablemente ha de llenar de admiración y de gratitud al mundo civilizado.

Esta vez la voz no ha salido de la vieja Europa, pues viene a iluminar el mundo moderno desde las apartadas regiones de la virgen e inocente América.

Por una coincidencia singular, cuyo secreto no está a nuestro alcance, el prodigio humano que llama a las puertas de nuestra admiración, viene del Norte de América, como antes vinieron del Norte de Europa los bárbaros que se hicieron dueños del mundo entonces conocido.

Atila, al cabo de tantos siglos, vuelve, digámoslo así, a estar a las puertas de Roma; pero repito que esta vez no viene del Norte de Europa, sino del Norte de América, ni trae en la mano aquella terrible espada, terror de Italia, ni cabalga sobre aquel memorable caballo cuyos cascos herían la tierra, condenándola a esterilidad perpetua.

Donde el caballo de Atila estampaba su planta, no volvía a nacer la hierba.

Atila es hoy otra cosa; es todo lo contrario: aquél era la barbarie, éste es la civilización; aquéllas eran hordas, éstas son ideas;

aquéllos eran pueblos hambrientos y salvajes, éstas son sociedades civilizadas y ricas.

La diferencia que existe entre uno y otro es la que hay entre una espada y un fusil; entre uno y otro Atila se levanta, como un mar de fuego, la invención de la pólvora.

Aquél era el acero, éste es el plomo; el primero era el brazo, el segundo es la cabeza.

El procedimiento de aquel bárbaro era lento, pesado, feroz; su espada tenía que destruir golpe a golpe; él mismo tenía que ir a buscar a su enemigo para degollarlo cuerpo a cuerpo.

¡Qué horror! Las guerras eran interminables.

El hombre empapaba sus manos en la sangre de los hombres; era imposible matar sin que la sangre del vencido no salpicara la sangre del vencedor.

Todo eso ha ido desapareciendo poco a poco, y estamos dándole la última mano al sistema breve, pronto y culto de matar sin que las manos se manchen de sangre.

El culto ingenio del hombre civilizado acaba de poner este adelanto casi en los límites de la perfección.

Un yankee nos acaba de hacer felices, y viene del Norte de América a Europa a recoger los testimonios de admiración que hay decretados para honrar la memoria de los grandes hombres que se han consagrado al servicio de la humana especie.

La fama, que todo lo averigua y todo lo dice,

no nos ha comunicado aún el nombre de este ilustre yankee; pero debe por hoy contentarse nuestra curiosidad con saber que es ciudadano de la gran república.

Este yankee ha inventado ...—descubrámonos antes de pronunciar la luminosa palabra ...—ha inventado un fusil.

Hablemos seriamente, en atención a que con los fusiles no se pueden gastar bromas, porque se cargan.

Ahora abramos la boca para oír, con señales visibles de admiración, la primera circunstancia maravillosa de tan insigne prodigio.

Este fusil tiene un alcance de mil metros.

Asombrémonos: un poco más, y la bala de ese fusil llega a dar la vuelta al mundo.

Este instrumento civilizador se carga por la culata, y los cartuchos, depositados previamente en una cámara que sabe perfectamente su oficio, pasan al cañón con tal rapidez, que pueden hacerse treinta disparos por minuto.

Los que no están en los secretos de la civilización; los que, por lo tanto, no sepan apreciar todo el alcance civilizador de esa admirable máquina, es posible que pregunten:

—Y bien: ¿qué ha conseguido el autor con el descubrimiento de ese terrible artículo?

Nosotros, riéndonos de tan crasa ignorancia, contestaremos:

—Por medio de este ingenioso mecanismo ha conseguido el inventor que su carabina pue-

da matar treinta hombres por minuto, o sea mil ochocientos por hora.

Y después de dar esta respuesta, añadiremos:

—¿Le parece a usted poco?

No es posible que el mundo niegue a ese yankee ilustre el homenaje de la admiración, rindiendo culto a un sentimiento de justicia.

Téngase en cuenta que el complicado mecanismo de su carabina ha simplificado y reducido el espectáculo de las batallas.

Sembrar un campo de cadáveres ha sido por espacio de muchos siglos una operación trabajosa y difícil; la espada más aguda no tenía tiempo en veinticuatro horas para herir treinta veces, y jamás ha habido un brazo bastante robusto que haya podido herir durante dos horas sin rendirse.

Aquí hay, pues, un instrumento que hace en un minuto lo que antes no podía hacer el hombre en un día.

Veamos bien el caso que se nos presenta.

Dos ejércitos armados con esas carabinas se destrozan en un abrir y cerrar de ojos; o el descubrimiento es casi inútil, o cada carabina pone a treinta hombres fuera de combate, y, por esta regla, venimos a parar en que la batalla más reñida no puede durar más de un minuto.

Pónganse dos ejércitos uno enfrente de otro, armados con tan prodigioso instrumento, y que rompan el fuego, y al minuto, reduciendo los

efectos de ese arma a la mitad, tendremos que cada soldado de uno y otro ejército ha puesto fuera de combate a quince enemigos.

Si la mitad es mucho todavía, redúzcase a la sexta parte, y tendremos que en un minuto cada soldado mata a cinco enemigos, y resulta que la batalla se concluye a los veinte segundos; o, lo que es lo mismo, que ambos ejércitos desaparecen en la tercera parte de un minuto, a no ser que uno sea cuatro veces mayor que el otro.

Aun reducidos los rápidos efectos de esa prodigiosa carabina a la sexta parte, resulta que no hay batalla que pueda pasar de sesenta segundos.

Confesémoslo ingenuamente: dos ejércitos enemigos armados uno contra otro con el cólera fulminante, no se destrozarían tanto como pueden destrozarse con esas prodigiosas carabinas.

Porque, o de ellas se aprovechan cinco tiros de treinta, o el ingenioso yankee no ha hecho más que inventar la carabina de Ambrosio.

De todos modos, el descubrimiento es civilizador: en el primer caso, porque reduce las guerras a un sistema de abreviatura, que consiste en matar más gente en menos tiempo; y en el segundo caso, se ve que si el instrumento no destroza treinta hombres en un minuto, la intención del inventor era que los destrozara.

Sea como quiera, hay en este invento algo de aquella admirable oportunidad, propia del genio, con que fué inventada la guillotina en

el momento en que se preparaban los horrores de la revolución francesa.

Cuando se examina el asiduo empeño con que el hombre moderno se ha consagrado a la perfección de toda clase de armas, se le ocurre a uno sospechar que la última palabra de esta civilización va a salir más tarde o más temprano de la carabina más perfecta o del cañón más formidable.

Parece como que toda esta ciencia, todos estos derechos, todas estas libertades, todos estos adelantos, tienen una síntesis que ha de salir del taller de algún mecánico extraordinario.

Antes se decía: la espada de Alejandro, la espada de Aníbal, la espada de César; y podemos llegar hasta el principio del siglo, y decir: la espada de Napoleón.

Pero ya no hay espadas; hay carabinas *minié*, fusil de aguja, cañones rayados, ametralladoras, cartuchos *la faucheux*.

Se ha perdido en gloria militar; pero ha ganado la fuerza de las armas.

Las guerras son más sangrientas, pero mucho más breves; lo que se pierde en sangre se gana en tiempo, y la sangre no ha sido nunca más que sangre, y el tiempo ya es oro.

Hemos llegado a la perfección auténtica de la guerra.

Cien mil cadáveres franceses y prusianos tendidos a las orillas del Rhin, dan precisamente en estos momentos testimonio de esta perfección gloriosa.



## PENSAMIENTOS SUELTOS

### I

No sé si podemos ser a un mismo tiempo testigos y jueces de nuestro siglo; ignoro si en el cúmulo de derechos que hemos conquistado se encuentra el derecho ilegislable, que pone a nuestro arbitrio la facultad suprema de fallar definitivamente en causa propia.

Es posible: la soberanía de la razón, que hace de cada hombre el juez único de sus propias acciones, no puede negarnos el derecho de ser jueces de nuestro siglo.

Es cierto que todavía pesa sobre nuestra generación la práctica rutinaria de apelar a un proceso que nosotros no instruimos, y a un tribunal que sólo nos oye como simples testigos, y que aún conserva por derecho propio el privilegio exclusivo de absolvernos o condenarnos.

Hablo del proceso de la Historia y del tribunal de la posteridad, de cuyo juicio no se ha escapado todavía generación ninguna.

Pero medítese bien acerca de esto, y se verá qué injusticia tan notoria resulta de que ha-

yan de ser nuestros jueces aquellos a quienes nosotros no hemos podido elegir ni podemos juzgar.

La civilización moderna no ha debido fijar todavía su luminosa mirada en este punto, y sólo así puede aún permanecer en pie el antiguo fuero de esa tenaz jurisdicción.

Apelemos, pues, del fallo que nos espera, ante el tribunal de nosotros mismos, porque la Historia nos juzgará después de muertos, y nos condenará sin oírnos.

## II

No sé por qué singular privilegio ha de adjudicarse la posteridad el derecho de llamarnos a juicio, precisamente cuando habremos cerrado los ojos para siempre a las delicias de la tierra; y nosotros, que nos burlamos del juicio final, no hemos de caer en la torpeza de acudir a la cita de un tribunal que carece de todos los requisitos legales.

¿Y a qué pena podría condenarnos?

Veámoslo:

¿A reclusión perpetua?

Estamos muertos.

¿A muerte?

No vivimos.

Nosotros somos nuestros mismos jueces.

Mas seamos o no jueces legítimos de nuestro siglo, no podemos negar la evidencia de

que no tenemos otro tiempo en que vivir, y, bien pensado, sería una crueldad que nos empeñásemos creyendo que son los peores tiempos del mundo estos en que hemos nacido, cuando es tan propio de la condición humana dar a la realidad los colores del deseo.

Y, por otra parte, ¿quién puede privarnos del placer de nuestra propia alabanza? ¿Por qué nos hemos de negar la satisfacción de unos aplausos que tan fácilmente podemos tributar-nos? ¿No somos nosotros los verdaderos testigos de nuestra propia grandeza?

### III

Si se mira la prisa con que vivimos, la inquietud con que nos movemos, la precipitación con que nos empujamos, nada más fácil que incurrir en el error de creer que nos agita y nos impulsa la viva ansia de salir del día.

Corremos sin descanso detrás de una felicidad cuya imagen nos sonríe por todas partes; parece que huimos del momento en que nos encontramos, ni más ni menos que el pájaro cautivo huye de la jaula si la puerta entreabierta le deja libre el camino del espacio. Hoy, es la jaula que nos aprisiona; mañana, es siempre la puerta de par en par abierta.

Mañana: ahí está, en efecto, el término improrrogable de nuestros deseos.

Mañana es el día risueño que todos buscamos.

Al día de mañana hemos trasladado todos la fiesta solemne de nuestra común felicidad, como si nos estuviera prohibido ser felices en el día en que vivimos.

Y se dirá: si el día de mañana embarga la inquietas miradas de nuestros ojos con el esplendor de una brillante perspectiva, triste y obscura debe parecernos la realidad del día de hoy; porque si lo por venir es una esperanza, lo presente debe ser una desgracia.

#### IV

Hay quien dice que el día de mañana es un día que no llega nunca, que está fuera de todo tiempo, que es un día imaginario, y que al señalarlo como plazo puesto al cumplimiento de nuestro dicha, sólo conseguimos descubrir la triste verdad de que los deseos del hombre no tienen medida.

Pero riámonos de ese desconsuelo humano, porque hay entre las ciencias modernas una, que, salvando los límites que separan a unos tiempos de otros, nos ha abierto con mano franca los fabulosos tesoros que se esconden en las obscuridades de la edad futura.

Paso gigantesco, por medio del que los pueblos y los individuos, adelantándose prodigiosamente a su tiempo, pueden tomar de lo veni

dero todo lo necesario a la majestad de lo presente.

Preciso es confesar que si la inflexible naturaleza de las cosas no nos permite poner el pie fuera de nuestra generación, ni más allá de nuestra vida, en cambio la ciencia de los hombres nos lleva hasta el punto de que podamos con toda comodidad méter la mano en el fondo bolsillo de las futuras generaciones.

He ahí sin duda por qué se escapa frecuentemente de nuestros labios este grito de triunfo:

«¡ El porvenir es nuestro !»

## V

Sea la que quiera la tenacidad incorregible de las leyes a que se halla sometida la naturaleza, el hecho es que hemos forjado la llave maestra con que se abren las puertas, siempre cerradas, de los tiempos futuros, y que, forzando el paso que abre camino hacia las generaciones que han de sucedernos, hemos penetrado en el porvenir, heredándonos a nosotros mismos, como si fuésemos nuestros legítimos sucesores.

Este es el hecho incontestable que viene a demostrarnos, con patente evidencia, que nosotros somos, por virtud especialísima de nuestra sabiduría económica, nuestra posteridad, nuestros forzosos herederos, y, por lo tanto, nuestros sucesores y descendientes.

Y la cosa es de una claridad deslumbradora. Lo que no existe no es de nadie ; pero si, por un prodigio de perspicacia, de talento y de ciencia, damos realidad a lo que todavía no existe, nadie podrá negarnos el derecho legítimo a poseer lo que tan justamente nos pertenece.

Yo pregunto :

¿ A quién puede pertenecer el gran tesoro de la riqueza, si no es a nosotros a quien pertenece?

Digámoslo con resuelta franqueza :

—¿ A nuestros abuelos?

—Han muerto ya.

—¿ A nuestros nietos?

—No han nacido todavía.

Nosotros, pues, somos nuestros primogénitos.

Tal es el derecho que nos asiste aplicado al crédito que nos enriquece.

## VI

Así tenemos que el crédito aplicado a la prosperidad pública, no es menos maravilloso, ni menos fecundo, siendo al mismo tiempo más sencillo y más palpable.

Consiste simplemente en hacer efectivo lo que es imaginario, en devorar la riqueza antes de poseerla, en traer a lo presente lo que está por venir ; en una palabra : consiste en vivir antes de haber nacido.

En los libros de caja campean dos palabras técnicas que representan valores opuestos, cantidades contradictorias.

La primera de esas palabras es *Debe*.

La segunda es *Haber*.

Pues bien: cámbiese el sentido opuesto de ambas voces; tómese recíprocamente una por otra, y la cuenta será la misma, porque tan sencilla operación arrojará a nuestros ojos este balance fastuoso:

*Haber...* Hay... todo lo que se debe.

*Debe...* Se debe... todo lo que hay.

De esa manera la economía política ha puesto a nuestro alcance lo que está por venir.

De ese modo, sin poder salir de hoy, hemos logrado vivir en mañana.

Cronológicamente, nos hallamos en nuestro siglo, pero económicamente vivimos en el siglo que viene.

## VII

Fijemos bien y con toda claridad el punto que tratamos, estableciendo el orden de los factores que entran en la operación aritmética de esta cuenta:

Los siglos pasados

Ved ahí el primer factor.

Ellos trabajaron lentamente y consumieron en su larga vida tesoros de tiempo.

¿Qué nos dejaron?

Una rica herencia.

Nosotros somos los factores indispensables.

¿Qué hacemos?

Gastar mucho, gastarlo todo.

¿Para qué?

Para legar a los siglos venideros otra herencia fastuosa.

¿Cuál?

Nuestra opulenta deuda.

Los que nos sucedan en el orden mecánico de la vida son los factores forzosos.

¿Qué hacen?

No se atreven a nacer por no heredarnos.

Bajo la forma de los tres tiempos elementales de la conjugación se descubre la exactitud de todo lo dicho.

En rigor, la cuenta es ésta:

Aquéllos lo ganaron.

Nosotros lo gastamos.

Los que vengan lo pagarán.

## VIII

Pero no hay en el mundo dicha completa, y mientras no derogemos este hecho fatal de nuestro destino, no nos queda más recurso que sufrirlo.

Y bien: alguna sombra había de obscurecer el cielo de nuestra felicidad; alguna gota de acíbar había de caer en el suntuoso vaso en que rebosan las dulzuras de nuestra vida; al-



guna pena había de oprimirnos el corazón en medio de la viva algazara de nuestra dicha.

Y se puede decir que la dificultad nos la encontramos en la boca, porque después de tanto hablar, la lengua es precisamente la que nos desespera.

¡Qué fatal contraste!

Somos ricos, y nuestra lengua se empobrece.

Somos sabios, y nuestra lengua se hace ininteligible.

Somos poderosos, y nuestra lengua pierde su vigor y su fuerza.

Estamos a punto de tocar el bien supremo de una felicidad completa, y he aquí nuestra única desgracia: no nos entendemos.

Ello es que, a fuerza de ciencia y haciendo materiales de construcción de nuestros adelantos, con los que nos ponemos en las nubes, hemos echado los cimientos de la gran torre que ha de servirnos para escalar definitivamente el cielo; pero antes de llegar al último cuerpo del edificio, tropezamos, no precisamente con la confusión de lenguas de la torre de Babel, sino con la confusión de las ideas, y resulta que, en vez de construir, hemos destruído.

Así se enlazan los tiempos más antiguos con los tiempos más modernos.

Digámoslo de una vez: esto es una babilonia.

## IX

Hay una época brillante en nuestra historia literaria, en que la lengua patria se ofre-

cía dócil y abundante, fácil y clara, sirviendo de fiel expresión a las ideas más abstractas, a los conceptos más ingeniosos, a los más tiernos afectos.

Respondía como el instrumento acordado responde a la destreza del músico, como la tierra preparada responde en frutos sazonados y en copiosas flores a la fecunda semilla que se encierra en su seno.

En aquella época, ignominia de la libertad vilipendio del derecho, de intolerancia religiosa, de estrechez de conciencia, en una palabra, de Inquisición y de obscurantismo, tuvieron la ocurrencia de florecer Lope, Calderón, Rioja, Góngora, Quevedo, Herrera, Tirso, Alarcón, Cervantes, Santa Teresa, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Feijóo, Saavedra... Todo un mundo de genios, de arte, de ciencia y de virtudes.

Y esta colección interminable de hombres, adelantándose a los prodigios intelectuales de nuestro tiempo, se salieron del cauce natural del progreso humano, produciendo en la Historia un anacronismo insoportable; tuvieron a la vez el capricho de dejarse entender de todos.

Aquel pueblo ignorante, sometido al vasallaje de los reyes de derecho divino, y aquellos hombres superiores, orgullo del género humano, se entendían perfectamente, por la triple complicidad de las ideas, de los sentimientos y del lenguaje.

La crítica histórica no explicará nunca la popularidad que alcanzaron las obras de aquellos grandes maestros en medio de un pueblo sin gas, sin dinamita, sin caminos de hierro, sin telégrafos, sin ateneos, sin casinos, sin cuerpo electoral, sin periódicos, sin Bolsa y hasta sin *Déficit*.

Explíquese cómo la luz puede ser admirada por los ciegos, o habremos de convenir en que aquel pueblo fué digno de aquellos hombres.

Jamás se han sumado las cantidades heterogéneas; ¿cómo, pues, éstas resultan sumadas?

## X

Realmente, el genio no ha sido nunca patrimonio exclusivo de ninguna época ni de ningún pueblo; pero da la maldita casualidad de que los talentos superiores no tienen costumbre de nacer, ni en las épocas de gran ignorancia, ni en los pueblos salvajes.

La literatura es el barómetro que más fielmente señala los grados de cultura que puede alcanzar un pueblo, y la perfección y riqueza del lenguaje es, por consiguiente, la señal cierta de verdaderos adelantos. Grecia lo atestigua y Roma lo confirma.

Pues bien: si al cabo de más de dos siglos resulta que las letras españolas y la lengua castellana llegaron en la época en que florecie-

ron tantos ingenios a una altura tan superior a la que hoy alcanzan, que las obras de entonces nos sirven de enseñanza y de modelos en los tiempos presentes, ¿qué vamos a hacer de toda esta grandeza civilizadora que nos atribuimos?

Pero todavía no es eso para nosotros lo más humillante.

Calderón, Lope, Tirso, Alarcón, Argensola, Rioja, Quevedo, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Solís, Santa Teresa, Cervantes..., todos, en fin, fueron grandes ingenios.

Perfectamente. Nosotros tenemos también algunos nombres ilustres que forman como la descendencia de aquella generación gloriosa; mas no está ahí lo raro del caso.

Fijémonos en algo más positivo, en algo más sólido que las bellezas del arte y los prodigios de la lengua.

Casi todos aquellos ingenios, honor de las ciencias y de las letras, vivieron en la estrechez de la medianía, o en las angustias de la miseria, y murieron pobres. ¿Cómo, pues, designamos aquella época con el nombre de siglo de oro?

## XI

¡Letras!... Sí; las verdaderas letras son las letras de cambio. Siglo de oro, el nuestro. No neguemos nuestra admiración a la fecundidad

de los ingenios que han enriquecido el tesoro de las letras patrias, mas convengamos esta vez en que si viven todavía en sus nombres, es porque no tuvieron sobre qué caerse muertos.

Reconozcamos también la rara espontaneidad de sus creaciones; pero aquella vena inagotable no puede compararse con la profunda mina con cuyo recurso, hoy, el talento más insignificante improvisa lo que en nuestro lenguaje se llama una gran fortuna.

Nuestro siglo es el siglo de la filosofía, de la política y de la industria, y por medio de estos tres elementos hemos colocado el lenguaje a tal altura, que no alcanzará nunca a penetrar sus misterios la inteligencia siempre sencilla del pueblo. Hemos hecho de la lengua castellana una lengua de tal manera sabia, que la ignorancia propia de las multitudes de todos los tiempos no llegará jamás a entenderla.

Ante nuestros adelantos filosóficos, políticos e industriales, la lengua de Lope, de Santa Teresa y de Cervantes es casi una lengua muerta. más que muerta debo decir, si atendemos al estado de corrupción en que se halla.

Hablar en castellano neto viene a ser como una exhumación inútil, porque aquella lengua es demasiado antigua, y no tiene palabras para las necesidades que nos impone la continua novedad de nuestras ideas.

¡Qué caudal de voces será bastante a sufragar los despilfarros de la lengua en estos tiempos en que domina el vicio de la palabra!

## XII

Oigamos por un momento al oráculo de la filosofía en lo más sublime de sus lecciones, hablando ex cátedra en las aulas de la Universidad Central. He aquí la novísima elocuencia de la novísima sabiduría.

«Reconocido, pues, Yo en la conciencia y a distinción determinada del cuerpo; Yo mismo, igualmente o espíritu sigue en orden a la consideración del cuerpo—y como lo conocemos y nos lo atribuimos—(o como nos hallamos en el cuerpo en el medio sensible y en la naturaleza) considerar (segunda sección de la segunda parte de la conciencia) el espíritu o yo mismo, como el que resta en la distinción; que os consideramos propia y primeramente en nuestro ser y propiedades—las puras nuestras interiormente—sin necesaria atención en esto, al cuerpo, y lo tocante a él considerado, no haciendo esto primeramente a nuestro propio ser—ser de espíritu y conciencia—, sino sólo al cuerpo y nuestro conocimiento de él, como conjunto e íntimo conmigo.»

Ahora bien: ¿dónde está el sabio que penetre en la obscuridad de ese abismo científico?

Pues bien: en el sublime desorden de esas palabras, libres de todo régimen, de toda ortografía y de todo sentido, encontraremos una idea sin límites y una imagen sin términos.

Idea e imagen que no caben en la inteligencia humana.

Idea, la del vacío.

Imagen, la del caos.

### XIII

Yo sé que hay idiomas sin gramática, que todos hablamos y todos entendemos.

El amor, por ejemplo, no encuentra muchas veces palabras en el Diccionario de ninguna lengua para expresar los secretos pensamientos del cariño, y busca en la elocuencia de las miradas, en el insinuante calor de los suspiros, en el persuasivo encanto de las sonrisas, la comunicación íntima y completa de dos corazones.

De la misma manera, el dolor, como si no cupiese dentro de los límites de la palabra, prorrumpe en gritos arrancados del alma, desata en la boca el manantial de los sollozos, y hace caer de los ojos afligidos torrentes de lágrimas.

Ved al niño que sonríe en el regazo de su madre: sus labios no han aprendido aún a pronunciar palabra alguna; pero su alma está toda en la expresión angelical de su rostro; todavía no ha tenido por qué ocultarla, y la deja ver en la viva inquietud de sus ojos, en la dulce movilidad de su boca, en la agitación de sus pequeñas manos, en la pureza de su risueña frente.

¡ Cosa extraña! : no sabe hablar, y todo lo dice.

La madre, inclinada sobre aquel rostro que alternativamente ríe y llora, no pierde—permítaseme decirlo así—ni una palabra, ni una sílaba de tan misterioso idioma.

Este es el lenguaje de la naturaleza ; así hablan los sentimientos.

Ha llegado, pues, el caso en que es más instructivo hablar con un niño que con un filósofo.

#### XIV

También la política de los tiempos presentes tiene su idioma particular. En la misma palabra, cuyo sentido contiene los principios que se profesan, el sistema que se ha establecido y las costumbres que se han formado, encontrará el investigador curioso la confusión que reina en el sentido de las palabras entre el lenguaje público y el lenguaje de los que todavía se permiten hablar en castellano.

*Política*, según el Diccionario de la lengua, es el arte de gobernar a los hombres, dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas, y conservar el orden y las buenas costumbres.

Es posible que la definición no sea completa ; mas dentro de sus términos se halla la base de lo que debemos entender por política. Descen-



ded ahora del sentido propio de la palabra a la realidad del sentido práctico, y os encontraréis entre la autoridad respetable del Diccionario y la autoridad invencible de los hechos, y tendréis que volver del revés la definición para entenderla de este modo:

*Política.* Arte de trastornar los pueblos, destruir leyes y reglamentos para mantener la intranquilidad e inseguridad públicas, y conservar el desorden y las malas costumbres.

Aquí, en rigor, no hay más que una cuestión de transporte.

El viaje no es corto, si hemos de seguir el camino que conduce a la perfección de nuestras instituciones políticas, y para aligerarnos de peso nos hemos echado la lengua a la espalda.

## XV

Otra significación tiene la palabra *política*, que, comparada con el sentido que los hechos le designan, resulta una contradicción curiosa, muy digna de notarse.

*Político* llamamos al hombre cortés, urbano, culto, de buenas maneras, atento, tratable, fino, obsequioso.

*Político* llamamos, a la vez, al hombre agresivo, descortés, intolerante, intransigente, que toma su descontento por opinión, y hace de las desdichas particulares de su vida la primera y más grande desdicha de la patria.

Fijemos con claridad la situación propia de uno y otro caso.

En una sociedad de personas bien educadas, todo es mutua consideración, mutuos respetos, mutuas atenciones. Cada uno cuida con particular esmero de no ser molesto a lo demás, ni en palabras, ni en juicios, ni en acciones (1).

En una sociedad compuesta de hombres políticos, todo suele acabar en recriminaciones, reticencias, improperios, ofensas, furros y tempestades. Cada uno cuida muy particularmente de levantar la importancia de su persona sobre el vilipendio de los demás (2).

Se ha dicho que, una vez descubierto el poder de las mayorías, sólo quedaba en el mundo una cuestión insoluble, a saber: dos españoles delante de una puerta abierta. Sin embargo, este honor concedido a nuestra cortesía, fracasa. Dos españoles delante de la puerta del poder resolverán la cuestión inmediatamente devorándose vivos.

Colocad una silla entre dos personas bien educadas, y se disputarán mutuamente la atención de cederla uno a otro. Colocad un sillón ministerial entre dos hombres políticos, y se infamarán por poseerlo.

Mi pensamiento es éste:

(1) Frecuéntese el trato de la buena sociedad en los salones particulares.

(2) Asístase a cualquiera sesión algo animada de los Cuerpos colegisladores.

No hay, políticamente hablando, nada más intratable que un hombre político.

## XVI

Política es, por una parte, la forma exterior, que hace fácil, corriente y agradable el trato mutuo de las gentes; que acerca entre sí los caracteres más opuestos; que dulcifica los sentimientos y apacigua las prevenciones; que, en fin, a todos nos obliga a guardarnos recíprocamente las consideraciones y los respetos que mutuamente nos debemos.

Política, por otra parte, es la lucha pública de las ambiciones, el choque continuo de las vanidades, la envidia en unos, la codicia en otros, la soberbia en muchos y el amor propio en todos: elemento constante de discordias, que alimenta los odios, enciende los rencores, promueve las persecuciones y engendra los disturbios; foco permanente de enemistades, que aleja unos de otros a los hombres que más debieran unirse, y excita la animadversión entre aquellos hombres superiores que más debieran estimarse; que, en una palabra, rompe los vínculos más estrechos de la amistad, del afecto y de la familia.

Más de una vez la política ha tenido que cerrar la puerta a la política, para que la cortesía establecida en el trato de las gentes bien educadas no se viese sustituida por las aspere-

zas del lenguaje que se usa en las contiendas públicas.

Y véase de qué manera, y por qué rara combinación de las cosas, ese gran elemento, encargado hoy de realizar en el mundo la paz universal, es dentro de los Estados la guerra permanente, la lucha continua entre los hombres, y la discordia frecuente entre las familias.

El absurdo que resulta, de cualquier modo que se mire, es éste:

Para ser político, hay que dejar de serlo.

## XVII

Maravilloso es ciertamente el artificio con que el hombre, robando a la naturaleza el poder de su más misterioso agente, ha puesto en rápida comunicación a los pueblos más distantes, y en continuas y estrechas conversaciones de intereses y de sucesos a los hombres de todos los puntos del globo, convirtiendo el mundo en una casa de vecindad.

Esta lengua incansable, que lleva nuestras palabras con la viveza del relámpago al través de las mayores distancias, tiene por agente el fugitivo impulso de la chispa eléctrica, y por medio la fragilidad de un alambre.

No se puede comparar sin admiración la sencillez de los medios con la grandeza del resultado. Una chispa, esto es, lo menos posible, la

parte más insignificante en que puede dividirse la unidad, el diminutivo con que designamos la última realidad de las cosas. Un alambre, esto es, nada, casi nada, un hilo..., un hilo metálico.

Y vea usted qué raro capricho de las cosas: tan grandioso descubrimiento, tan prodigiosa idea llevada a término por tan sencillos medios, se encuentra indefenso, a merced de la inconstancia del aire, y basta un soplo para destruirlo.

¡Tan grande y al mismo tiempo tan débil!  
¡Tan poderoso y al mismo tiempo tan frágil!

La chispa eléctrica robada a la tempestad permanece sujeta al alambre mientras la tempestad misma no se lanza sobre el ingenioso arteificio, y lo aísla, lo anula o lo destruye.

Parece que la Naturaleza, al recobrar sus derechos, se burla del hombre, apropiándose lo suyo.

## XVIII

Mas ello es que, mientras una corriente de agua no lo interrumpe, o una bocanada de viento no lo derriba, o una tempestad no lo aniquila, el telégrafo trepa por las montañas, desciende a los valles, corre por las llanuras, salta los ríos, se hunde en el abismo de los mares, y, de continente en continente, de región en región, de pueblo en pueblo, lleva a las más

apartadas comarcas la pronta noticia de lo que acaba de suceder, muchas veces de lo que está sucediendo, y alguna vez de lo que aún no ha sucedido.

Verdadero prodigio de la industria humana, que excede a toda admiración, y que, reconociendo nuestro legítimo derecho al dominio de la tierra, nos da tan completa posesión de ella, que nos facilita la manera de que podamos estar a la vez en todas partes.

Bien podemos decir: «El mundo es nuestro».

El telégrafo es la lengua universal de la civilización que alcanzamos; es la fórmula de su pensamiento, su verbo; es el oráculo de la sociedad presente.

Y bien: ¿Qué dice el oráculo?

Oído: Guerras en América, guerras en 'Africa, guerras en Asia, nuevas guerras en Europa, trastornos en la naturaleza, rebelión en los pueblos, quiebras, defraudaciones, naufragios, descarrilamientos, suicidios, crímenes hasta ahora inauditos, incendios...

Descubramos aquí, en el seno de la confianza y en la intimidad de la familia, hasta lo más oculto de nuestro pensamiento.

Digámoslo, aunque sea en voz baja:

El oráculo de la sociedad presente habla todos los días con la voz de todos los desastres.

## XIX

¿Y qué idioma habla?

El más propio.

Con nada se expresa más propiamente el trastorno de las ideas y el tumulto de los sucesos que por medio del desorden de las palabras.

El oráculo hace resonar el timbre misterioso de su acento metálico; la rueda comienza a girar sobre su eje, movida por mano invisible, y la cinta corre, arrastrada por el movimiento de la rueda: el prodigio anuncia que va a empezar sus revelaciones.

Ved cómo las palabras saltan del aparato sin orden ni concierto, sin trabazón alguna; las partes de la oración, libres de los vínculos que las unen entre sí, flotan en el movimiento de la cinta como los restos de un naufragio sobre la agitación de las olas, y las oraciones, bruscamente mutiladas, salen del impasible mecanismo desfallecidas, sin color ni fuerza, sin vida, sin sentido, como si se escaparan del suplicio de un terrible tormento.

El monstruo habla siempre un lenguaje monstruoso, sea el que quiera el idioma en que habla; destroza los conceptos, mutila las frases, despedaza los vocablos, movido, si puede decirse así, por una sobriedad insaciable, y parece que para vivir necesita alimentarse de la substancia que anima a todas las lenguas cultas.

Hay que interpretarlo para traducirlo, y hay que traducirlo para entenderlo.

Digámoslo de una vez.

El elemento más prodigioso de nuestra civilización habla como un salvaje.

## XX

Con perfecta claridad se ve retratada en el espejo del idioma que se habla la verdadera fisonomía de la sociedad en que se vive, porque en ninguna parte se dibuja más fielmente la imagen moral de un pueblo que en la lengua en que expresa sus ideas y sus afectos.

La Historia relata los hechos, la literatura ensalza a los héroes y perpetúa las hazañas en la memoria de los hombres; pero el estudio de las lenguas nos descubre mucho mejor la inteligencia, la civilización y el genio de las sociedades y los pueblos.

En ellas, digámoslo así, palpitan el carácter, los sentimientos y las costumbres; parece que al comprenderlas se oye la voz remota de los pueblos que las han hablado, y vienen a ser como los ecos que en pos de sí dejan las generaciones que pasan.

Se habla como se siente y como se piensa: una lengua varonil no puede pertenecer a un pueblo afeminado; la lengua no puede ser sabia en un pueblo ignorante, ni puede ser culta en un pueblo salvaje.



De la misma manera las lenguas se postran cuando las sociedades desfallecen; una lengua que se corrompe, es siempre indicio seguro de una sociedad corrompida.

En resumen:

Primero. El racionalismo es siempre el bajo imperio de la razón.

Segundo. La baja latinidad pertenecerá siempre al bajo imperio.

## PUNTOS DE VISTA

Apartado del movimiento progresivo de los tiempos presentes; colocado de Madrid a esa distancia respetuosa en que, por una subversión de las leyes ópticas, todo aparece más grande; en este lugar, digo, en que se va como a retaguardia de la gran procesión que a paso de carga nos conduce como de la mano al fin supremo de la felicidad universal; aquí donde todavía hay gentes sencillas que no ven más allá de sus narices y que viven con la boca abierta, dispuestas a que las comulguen con ruedas de molino; aquí donde apenas llegan los reflejos de las luces del siglo; aquí, sin embargo, ¡pásmense ustedes!, se ve crecer la hierba.

Y no sucede esto por ningún prodigio de la inteligencia humana, por ninguna maravilla de la ciencia.

Sucede esto por la sencilla fertilidad de la tierra, por la natural combinación de una semilla lozana y de una tierra fecunda.

Plinio asegura que el elefante ve crecer la hierba; pero los hombres, irritados de que el más grande de los brutos disfrutara de un pri-

vilegio que le había sido negado al hombre, levantaron contra Plinio esta calumnia.

Ellos dijeron: «O algún elefante se lo ha dicho a Plinio, o Plinio ha sido elefante».

La rara facultad de ver crecer la hierba no es aquí un privilegio concedido a los ojos del hombre, es una virtud otorgada a la tierra.

Bajo este sol suave que brilla en medio de un cielo apacible, al soplo fugitivo de este aire húmedo que baja de las montañas anunciando el rocío de una lluvia bienhechora, la tierra se abre como el corazón humano al anuncio de una esperanza, y se ven los campos cubrirse con las primeras hojas de las semillas confiadas por la mano del hombre a la fecundidad de su seno.

La tierra se alfombra tendiendo ese manto verde claro, verde obscuro, que unas veces parece amarillo y otras veces negro, y que dice a los ojos: «Buena cosecha se prepara».

Así es cómo se ve aquí crecer la hierba; y si es cierta la averiguación hecha por Plinio, en honor de la verdad, no se necesita ser elefante para verlo.

Aunque ver crecer la hierba es la última expresión del alcance de la mirada humana, yo, sin embargo, me asomo todos los días a las ventanas de dos o tres periódicos, por si puedo alcanzar a ver algo de lo que pasa por el mundo.

Y aquí me tienen ustedes suspenso entre dos descubrimientos, que cada uno por su lado se-

ñala un nuevo paso en la marcha majestuosa de la especie humana.

\* \* \*

Son dos descubrimientos que se dan la mano, como dos amigos que se encuentran de repente al volver una esquina después de una muy larga ausencia.

Por una parte, aparece en la Exposición de París una maravilla mecánica, destinada a ser por de pronto el asombro de las gentes.

Se trata de una invención verdaderamente digna de un profundo estudio.

Es una carcajada de ruedas aceradas movidas por una máquina de vapor, arrojada al rostro sentimental de esa frase llorona que va por el mundo gimoteando estas palabras:

«Abolición de la pena de muerte».

Se trata, pues, de la novísima *guillotina*, de una guillotina flamante, que corta veinte cabezas en un minuto.

Es el vapor aplicado a la última pena.

Es la máquina segadora de esa planta humana que se llama hombre.

Es el último nivel que ha de señalar la igualdad del género humano.

Esta guillotina es un descubrimiento novísimo.

Semejante prodigio supone en su autor un corazón verdaderamente mecánico.

Un alma semejante a un botón de acero.

Si es un capricho, es un capricho horrible; si es una especulación, es una especulación espantosa.

¿Es la aparición de ese instrumento la solución de un problema mecánico?

¿Cuáles son los términos de ese problema, resuelto por la perfección artística de esa guillotina?

Todo el mundo los sabe.

No pueden ser más que éstos:

Libertad, igualdad, fraternidad.

Los pueblos civilizados pueden ya escribir en el frontispicio de sus grandes puertas, esta promesa sublime:

«Aquí se degüella al vapor».

• • •

A la vez aparece un nuevo descubrimiento, que se enlaza con el anterior como dos anillos de una misma cadena, porque al mismo tiempo, ¡oh feliz coincidencia de las cosas!, que se ha descubierto la guillotina rápida, nos encontramos manos a boca con que el tiburón es un plato exquisito.

La grandeza de nuestros tiempos está a punto de ofrecer al apetito público ballenas en salsa.

Y, ¡es claro!: las grandes vísceras del hombre moderno necesitan estar en armonía, y es preciso que la acción de sus funciones sea análoga.

Dado el corazón que inventa la guillotina al vapor, hay que convenir en que es necesario un estómago que digiera tiburones fritos.

Después de una degollina de hombres a veinte cabezas por minuto, la mesa del festín no puede cubrirse más que con un manjar: tiburón en diferentes guisos.

La cuenta del banquete debe ser ésta:

'A tiburón por barba.

Y esto es natural, esto es justo, por una razón suprema de correspondencia.

El más voraz de los monstruos tiene que venir, al fin y al cabo, a ser pasto y alimento del más feroz de los hombres.

Hay aquí un principio higiénico, que viene a ser como la salsa del descubrimiento.

El alimento es preciso que sea proporcionado al estómago.

Señálese la altura a que hemos llegado con esta fórmula gástrica:

El hombre come ya tiburones.

Detrás de este paso, no puede quedar más que otro: aquel en que el hombre llegue a comerse los codos.

Después de devorar tiburones, ¿qué puede satisfacerle al hombre, más que devorarse a sí mismo?

\* \* \*

Hemos llegado, pues a un punto en que es preciso que nos detengamos un momento para

medir las grandes distancias que hemos recorrido.

Apartemos por un instante las espesas tinieblas detrás de las que se ocultan los tiempos primitivos, y veremos aparecer a Caín armado con la quijada de un burro para dar muerte a su hermano, movida toda la máquina de su odio por el vapor sombrío de la envidia.

¡Qué atraso!

Desde aquel instrumento grosero e inmundo hasta el atildado mecanismo de nuestra última guillotina, hay un mundo de civilización y de progreso.

Es innegable.

Viniendo de aquellos tiempos a los presentes, nos encontramos en el camino a Jonás engullido por una ballena.

¡Qué ignorancia!

Cualquiera de los Jonás de estos tiempos, en iguales circunstancias, se hubiera tragado a la ballena, porque ahora son los hombres los que se comen a los tiburones.

Esto es andar, esto es correr, esto es volar.

Levantemos una piedra miliaria que señale a los ojos de los futuros transeuntes la altura de los tiempos presentes.

Pongámosle esta inscripción:

«Al llegar aquí la civilización moderna, se detuvo un momento, metió las manos en las tenebrosas profundidades de su saco de noche, y sacó la guillotina al vapor y los tiburones a la *papillot*. Después continuó su camino.»

Y he aquí resuelta la gran cuestión económica: la guillotina disminuye el número de los que comen, y los tiburones vienen a aumentar la cantidad de la comida.

\* \* \*

Ahora salimos con la deliciosa novedad de que el perfeccionamiento de las armas de fuego, lejos de aumentar las bajas en los campos de batalla, las hace descender a una proporción insignificante.

Hay que creerlo así, en razón a que se funda en razones y argumentos de estadística.

En Austerlitz perdieron los franceses el catorce por ciento de combatientes, los rusos el treinta y los austriacos el cuarenta y cuatro.

En Wagram los franceses perdieron el dieciocho y los austriacos el catorce.

En Moscow, los franceses perdieron el treinta y siete y los rusos el catorce.

En Bautzen, perdieron los franceses el trece y los rusos el catorce.

En Waterloo, los franceses perdieron el treinta y seis por ciento, y el treinta y uno los aliados. Napoleón lo perdió todo.

Estas diferentes carnicerías se hicieron con arreglo al sistema del armamento antiguo, y claro está que aquellas armas imperfectas, es decir, incultas todavía, habían de ser mucho más bárbaras que las armas modernas, mucho más perfectas, y, digámoslo así, más civilizadas.



Así es que cuarenta y cinco años después de la carnicería de Waterloo, nos encontramos con Solferino y con Magenta, donde los franceses—otro prodigio de la cultura de las armas—sólo perdieron el siete y diez por ciento, y los austriacos no pasaron, en una y otra ocasión, del ocho por ciento.

Hay más: según el general americano Rosencranz, en la batalla de Murfreesboroug, para matar un soldado, fué necesario disparar veintisiete cañonazos y ciento cincuenta y cinco tiros de fusil.

Ahora bien: acábense de perfeccionar las armas de fuego, y el mundo atónito contemplará las más descomunales batallas sin que perezca en ellas un solo hombre.

Si conforme los fusiles de aguja tienen boca, tuviesen lengua, sería curioso oírles lamentarse del solemne chasco que se han llevado.

Ellos, al salir de las manos de su inventor, irían tan orgullosos de su poder, creyendo que no habría ejército capaz de ponérseles delante: mas aquí tienen ustedes que el último fusilejo de Austerlitz es treinta y cuatro veces más mortífero que el fusil de aguja más perfecto.

\* \* \*

Con nada se puede mentir más descaradamente que con los números; díganlo si no todas esas cuentas del Gran Capitán con que solemos quedarnos tan satisfechos; díganlo si no

todas esas cuentas galanas con que el crédito enriquece a las naciones.

¿Cuándo un millón ha sido más cuento que ahora?

La aritmética, con penetración profunda, nos dice: *millón o cuento*; como si quisiera darnos a entender que eso de contar millones es muchas veces lo mismo que contar cuentos.

De la misma manera nada puede ser tan falaz como una estadística.

Con la estadística en la mano se nos demuestra que somos hoy más ricos que ayer, y que mañana seremos más ricos que hoy, y, sin embargo, cada día se aumenta en progresión verdaderamente progresiva esa cantidad negativa que se llama deuda, y que determina con bastante claridad, no lo que hay, sino lo que falta.

Pero ¿por qué hemos de renunciar al placer de las risueñas ilusiones? ¿Por qué hemos de descubrir la triste realidad de las cosas mientras podamos ocultarla?

Es evidente, pues, que el perfeccionamiento de las armas de fuego disminuye considerablemente las pérdidas de los ejércitos en los campos de batalla.

Un ejército armado con las más perfectas, y por consiguiente con las más destructoras invenciones, tiene el rarísimo privilegio de hacer invulnerables a sus enemigos.

La lanza de Aquiles poseía la singular virtud de curar las mismas heridas que hacía; pero la filantropía del arma terrible de aquel héroe,

hijo de aquellos dioses, no podía satisfacer el amor a la humanidad que sienten estos dioses, hijos de los hombres.

Había, pues, que inventar armas más terribles que la lanza de Aquiles, y al mismo tiempo mucho más filantrópicas.

Armas verdaderamente maravillosas, que poseen el rarísimo privilegio de no hacer las heridas que hacen.

He aquí por qué raro modo y de qué inesperada manera nos encontramos con que inventar un arma terrible es poco menos que hacer una obra de caridad.

Y he aquí por qué, en los momentos presentes, las naciones de Europa se apresuran a perfeccionar sus armamentos y a completar la destreza de sus soldados en el manejo de las armas, como si todas ellas tuvieran el deliberado propósito y la intención salvaje de aniquilarse recíprocamente en el primer encuentro.

Pero nada más lejos del ánimo de las naciones civilizadas que semejante propósito. Antes al contrario, se arma con todos los destructores adelantos del siglo, precisamente para jugarse en un divertido simulacro el dominio del mundo:

\* \* \*

Hubo un día en que la epidemia, abriendo innumerables sepulturas, tuvo de par en par abiertas las puertas de los cementerios. Poco

después amaneció otro día fúnebre; ; qué cosa más natural! ; el día de los difuntos, y la autoridad, que vela siempre por la salud pública, cerró las puertas de los cementerios, dejando las sepulturas en soledad eterna.

Cualquiera poco versado en materias de higiene, poco versado en el arte de conservar la salud de los vivos, creerá que se trataba de imponer a los difuntos la pena debida al delito de haberse muerto.

Y en verdad que a los ojos de este mundo, donde todo se hace por vivir, donde todo se subordina al propósito de ir viviendo, no debe haber una falta mayor que la de morir.

Mirando por encima la cuestión que el caso ofrece, se observa que hay cierta equidad en negarles a los vivos en el día de difuntos la entrada en el asilo de los muertos, por la misma razón sin duda con que los muertos son inmediatamente separados de toda comunicación con los vivos.

Por otra parte, hay algo de cuestión de etiqueta, porque está plenamente averiguado que las visitas que los vivos hacen a los muertos en el día de los difuntos no son jamás devueltas.

No pudiendo contenerse los estragos del contagio con los recursos de la ciencia, queda todavía en manos del poder gubernativo el supremo recurso de cerrarle el camino a la muerte. Cerrar la puerta de los cementerios cabalmente en el día de los difuntos, viene a ser

como lanzar un decreto de proscripción contra la muerte.

Acaso cerrando toda comunicación con la eternidad acabemos por ser eternos.

\* \* \*

¡Qué extraños contrastes se encierran algunas veces en los ocultos rincones de las cosas más sencillas!

Pensemos que si la epidemia, que obliga a cerrar los cementerios en el día de los difuntos, a enmudecer a las campanas, y a ocultar todas las demostraciones del luto público, se hiciese perpetua, ¡oh felicidad!, vendríamos a caer en total olvido de la muerte.

Al mismo tiempo, los difuntos perderían el pequeño tributo que una vez al año pagamos a su memoria, y esa gabela fúnebre, saliendo del dominio de las manos muertas, entraría como nuevo recurso en las corrientes de la riqueza pública.

Alegrémonos, pues; desechemos toda tristeza, que no doblen las campanas, que callen los responsos, que se cierre el paso a los cementerios, que no se conozca, que no se presuma, que no se sospeche siquiera que es el triste día de los difuntos.

¿Por qué?

Por una razón suprema, extraordinaria, incontestable: porque en dos meses han muerto cuatro mil personas.

¿No hay ya para el corazón humano más consuelo que el olvido?

\* \* \*

Mas el cólera no es solamente una epidemia que mata, es también un artículo de comercio que facilita un modo más de buscarse la vida. Hay cólera verdadero y cólera falso; el último tan bien imitado, que hay quien ha muerto al falsificarlo.

Esto debe llenarnos de orgullo, porque es el colmo de la industria humana.

En este orden de adelantos se había hecho ya mucho, y casi creíamos que habíamos llegado a lo último.

Sabíamos que había ciegos artificiales, mudos muy bien hechos, mancos y cojos construídos con todas las reglas del arte, tullidos con toda perfección.

Sabemos que hay madres, madres no, mujeres que alquilan sus hijos para que otra excite con ellos la caridad pública.

Sabemos que hay nodrizas que se han constituido en amas perpetuas por medio de un tráfico abominable.

Hay casos de que un hombre haya mutilado a sus hijos, para crearles en su misma deformidad un patrimonio.

Hay, en fin, mujeres que comercian con la juventud y con la hermosura de sus hijas, y

hay, por último, hombres que adiestran a sus hijos en el arte de apropiarse lo ajeno.

Todas las deformidades morales y todas las deformidades físicas se encuentran aquí elevadas a un grado de perfección verdaderamente admirable.

Le falta un paso que dar a esta gran industria, y ese paso ha venido al fin a darse.

El cólera se presenta, y estalla la bomba del terror público; unos huyen, otros se ocultan, muchos se mueren. La caridad se cree inmortal por lo visto, y ni huye, ni se oculta, ni muere. Se organizan juntas, se reparten socorros, y se distribuyen donativos. La gravedad del caso aumenta la proporción de los socorros; el pobre que recibe la Extremaunción, recibe a la vez cien reales de socorro. Pues bien: hay quien se constituye en moribundo permanente para ir viviendo, y recibe tres veces la Extremaunción para recibir trescientos reales.

Estos casos de epidemia industrial fueron muy frecuentes.

Una vez falsificado el cólera, encontró en el comercio de la muerte con la vida un auxiliar poderoso, y el contagio y la industria se unieron como dos amigos.

\* \* \*

Y bien: ¿qué hay que oponer a esta manera de buscarse la vida a las puertas mismas de la muerte?

¿En nombre de qué se le puede impedir a un hombre libre, y por consiguiente dueño de sí mismo, que comercie con su vida?

¿Cómo os atreveréis a decirle que no puede disponer de su salud?

¿Cómo podréis prohibirle que se venda por la cantidad que quiera y en la forma que tenga por conveniente?

¿Qué acto más propio, más legítimo, más natural de la libertad de un hombre, que aquel por medio del cual el hombre se vende?

¿Quién puede impedirle que trafique con su salud, que juegue con su vida, que haga, en fin, un negocio con la muerte, si es dueño de sí mismo?

La conciencia, esa fastidiosa que en todo se mete, ese juez que todo lo averigua y todo lo juzga... ; pero... ¿dónde está la conciencia?

¿Acaso esos infelices saben lo que han hecho? Además, la conciencia, ¿no es una tiranía?

Ahora tened en cuenta que esos que fingen hoy el cólera para ganarse la vida, fingirán mañana la revolución para ganarse los favores de la loca fortuna.

Si hoy juegan sus vidas por cien reales, estad seguros de que mañana por mucho menos jugarán las vuestras.



Público es esa masa humana que se forma delante o alrededor de cualquier espectáculo, sea el espectáculo el que quiera. La alegría, el bullicio, la movilidad y la algazara de este conjunto de seres, son las señales que marcan los grados de común felicidad que alcanzamos.

Un cadalso levantado en el Campo de Guardias es un espectáculo muy digno ciertamente de la concurrencia del público.

Una corrida de toros no es espectáculo menos digno de nuestra culta presencia.

Una ópera en el teatro Real no es tampoco asunto que hemos de dejar que nos lo cuenten.

Pues bien: un día se presentan los tres espectáculos con todo orden, uno detrás de otro. Por la mañana, la ejecución de un reo condenado a muerte; por la tarde, corrida de toros; por la noche, teatro Real. ¡Gran día! Nuestra alegría, nuestro bullicio, nuestra movilidad y nuestra algazara se despepitan ante la triple perspectiva de esos tres espectáculos, y el público se lanza impetuoso a rodear el cadalso por la mañana, a cubrir los tendidos de la Plaza de Toros por la tarde, a llenar el paraíso del Teatro Real por la noche.

Divertirse: he ahí todo.

Divertirse, sea con lo que quiera, sea por lo que quiera.

¿Se trata de un reo condenado a muerte? Magnífico; al Campo de Guardias.

¿Se trata de una corrida de toros? Soberbio; a la Plaza de Toros.

¿Se trata de *Guillermo Tell* o de *La Traviatta*? Sublime; al Teatro Real.

En los tres casos el público es el mismo, y en los tres casos trata de la misma cosa; a saber: de divertirse.

¡Ah! ¡Si seremos dichosos!

\* \* \*

Por ejemplo:

Chamberí es un barrio de Madrid, colocado por su gusto a corta distancia de la Fuente Castellana, donde unas cincuenta o sesenta casas han hecho corro, formando rancho aparte, como si quisieran vivir de su cuenta y riesgo.

Este puñado de casas, donde de seguro hay más tabernas que vecinos, quiere también escupir por el colmillo, y, echando al aire, como un hombre, su bocanada de humo de civilización, se ha puesto serio, ha tosido fuerte, y, como quien dice: «Sébase quién es Callejas», —nombre que le viene de molde—ha decidido...; pero esto necesita párrafo aparte.

Decidió, hace ya mucho tiempo, tener también su correspondiente casino, con el título de *Círculo de Recreo*.

No sé si en Chamberí hay escuela; pero, ¿qué importa eso, si ya hay un casino?

Por lo demás, la cosa es justa: ¿por qué no ha de tener también Chamberí su casino? ¿Qué razón hay para que se mueran de fastidio cuarenta o cincuenta vecinos?

Antiguamente se enseñaba la horca antes que el lugar; ahora se hace el casino antes que la población.

\* \* \*

Cuenta la historia, esa habladora capaz de contar hasta lo que no se sabe, que unos atenienses se encontraron un día a no sé qué filósofo jugando a la taba con unos muchachos bajo el pórtico de uno de aquellos templos que tanto hermoseaban a la ciudad de Atenas, según dice esa misma historia, que habla de todas las cosas como si todas las hubiera visto.

Los atenienses, al ver al filósofo, se pararon, y el filósofo continuó jugando, sin hacer caso de los atenienses.

—Tú (le dijeron al fin), que todo pretendes saberlo, ignoras, por lo visto, los males que afligen a la República.

—Yo (contestó el filósofo sin mirarlos), que no sé nada, sé muy bien eso.

—Entonces (replicaron los atenienses), ¿qué es lo que haces?

—Yo (les contestó) juego a la taba con estos muchachos.

—¿Y te parece digna de ti esa ocupación, mientras la República parece desgarrada por el rencor de los partidos y por la maldad de los ambiciosos?

—Si no es digna de mí esta ocupación, no me negaréis que es digna de los atenienses.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que vale más jugar a la taba con estos muchachos, que gobernar la República con vosotros.

Madrid no es Atenas; nosotros no podemos decir con completa exactitud que somos atenienses, por más que cada día se aumente entre nosotros el número de los *griegos*; pero, siguiendo el ejemplo de aquel filósofo, podemos exclamar:

—¡Bah! Me divierte más jugar a la taba con estos muchachos, que gobernar la República con vosotros.

\* \* \*

El arte tiene una verdad exclusivamente suya, que sólo se realiza en las obras del ingenio humano: nada pasa en el mundo como pasa en el arte.

En cualquier suceso de la vida hay una comedia, un drama, un poema, un cuadro; hay, en fin, una obra de arte, como en todo pedazo de mármol hay una estatua; no falta más que sacarla.

No sé de cuántas maneras puede definirse el arte; pero yo tengo para mi uso particular esta única definición:

'Arte es la ficción de lo verdadero.

Toda obra de arte es una mentira formalmente empeñada en no faltar a la verdad.

El gran trabajo del artista consiste en mentir sin que nadie lo conozca.

La naturaleza y la sociedad son las dos primeras materias del arte.

En ellas encuentra los diamantes en bruto, y los labra.

Hasta aquí nos hemos dejado engañar por las bellas mentiras del genio; pero a la altura en que nos encontramos, sólo la realidad misma puede satisfacernos.

Por un contraste inexplicable, conforme se va extinguiendo en el mundo la raza de los verdaderos reyes, va el hombre buscando por la tierra todo lo que es real.

O de otra manera:

Cuando la perspectiva que sonrío al hombre moderno en los horizontes de la última ciencia consiste en la idea de la República universal, es precisamente cuando todo se hace realista.

El arte no ha podido excusarse, y paga también su tributo de realismo al espíritu positivo que se ha apoderado de la ciencia, de la moral, de la política y de las costumbres.

Realismo en el arte es la representación del acto más grosero, representado de la manera más desnuda.

No es la belleza de las cosas, sino la fealdad de todo.

No es el arte, sino el cadáver del arte.

\* \* \*

En la sangrienta lucha hace ya tanto tiempo entablada entre el toro y el hombre, el toro,

indudablemente más testarudo, parece que empieza a llevar ventaja.

Hasta ahora se puede decir, tratándose de animales, que el toro venía casi siempre a pagar el pato; pero se observa de algún tiempo a esta parte que el hombre es el que, al fin y al cabo, carga con el mochuelo.

Siete siglos costó a España vencer a los moros; pero estos conquistadores, derrotados al fin, nos dejaron los toros como un recuerdo, como quien dice: «Tú te acordarás de mí».

Ellos, que lo perdieron todo, no quisieron, por lo visto, perder la esperanza, y nos dejaron en los toros la señal de su dominio, como si hubieran querido decir: «Esto es mío todavía».

Al recoger sus banderas, siéndoles imposible capear por más tiempo sus derrotas, y no pudiendo apelar a la suerte de la espada, parece que al huir nos dejaron clavada la siguiente banderilla:

«España está todavía por conquistar».

Así ha pasado el tiempo, y generación tras generación, empujándonos unos a otros como se empujan unas a otras las olas del mar, hemos escalado, digámoslo así, la altura de los tiempos actuales.

Desde aquí todo se ve más claramente.

Pronto la mirada profunda de esta civilización astuta ha penetrado en el secreto.

Ella, que para hacer al hombre perfectamente libre y completamente moderno, lo ha des-

atado de la ominosa cadena de las generaciones, destruyendo monumentos seculares, arrasando templos, torciendo la historia, arrancando, digámoslo así, al hijo de los brazos de su padre, cortando, en fin, el hilo de gloriosas tradiciones, porque todas y cada uno de estas cosas eran como lazos que nos sujetaban a la barbarie de los tiempos pasados.

Ella, que con vigilante cuidado guarda todas las puertas que dan a lo pasado, para que no podamos retroceder; no había de dejar abierto el camino de los toros, por donde la generación presente pudiera comunicarse, entenderse con las generaciones pasadas, retrocediendo hasta los tiempos mismos de la dominación sarracena.

Y comprendiendo la urgencia de la necesidad, y como detalle y complemento del plan regenerador y profundo a que ajusta sus actos y sus pensamientos, la civilización moderna ha dicho:

«Acabemos con las corridas de toros».

¿Cómo?

Con las carreras de caballos.

\* \* \*

Lidiar con un toro, aunque sea con todas las ventajas que el arte proporciona, siempre es un acto varonil; hay energía, arrojo, destreza; pero al fin es una fiesta salvaje. En cambio, correr un caballo, premiar la velocidad de su

carrera y jugar a la intemperie sumas o restas de más o menos importancia a la rapidez de uno o de otro caballo, es cosa que, en efecto, no conduce a nada útil, pero es un espectáculo sumamente divertido; es caro, pero en cambio es culto.

Para comprender la distancia que hay de la Plaza de Toros al Hipódromo, del toril a la cuadra, no hay más que advertir que las *corridas* nos las dejaron los moros, y las *carreras* nos las ha proporcionado Inglaterra.

Para que se sepa que tenemos un pie en Africa y otro pie en Europa, hemos añadido a las corridas de toros las carreras de caballos.

Esto es: siempre corridos.

\* \* \*

No se puede decir que Madrid es un pueblo que constantemente se distingue por el aseo y la esmerada limpieza de sus calles.

Tampoco se puede asegurar que brilla por la espléndida claridad del alumbrado público.

En cambio, podemos asegurar que se invierten muy respetables sumas en la limpieza y en el alumbrado de las calles de Madrid, y váyase lo uno por lo otro.

No sé lo que el viajero que por primera o por vigésima vez venga a visitar la capital de la monarquía, dirá allá en sus adentros, y en la intimidad de su lengua nativa, al cruzar las



calles de Madrid, ya sea de noche, ya sea de día.

Pero, sea lo que quiera lo que el viajero piense, si es hombre que sabe pesar las cosas en la balanza de un juicio imparcial, es evidente que acabará por hacernos justicia.

Hay cosas que para apreciarlas con toda exactitud es preciso tomarlas en toda su extensión, abarcándolas por completo de una sola mirada, porque hay cuestiones que no se pueden medir a palmos.

Es verdad que atravesando las calles de Madrid durante la noche, se ve poco; pero es igualmente cierto que el que se pasea por ellas durante el día ve demasiado.

O, lo que es lo mismo:

Si el Ayuntamiento escasea por una parte la luz del alumbrado público, es pródigo, por otra parte, de todo aquello que el aseo tiene condenado a una obscuridad perpetua.

Mas si el viajero es libre para pensar del caso lo que tenga por conveniente, el vecino de Madrid está obligado a ser justo.

Lo que el viajero considerará tal vez como una muestra de desidia y de miseria, el vecino de Madrid debe considerarlo como una muestra de fausto y de grandeza.

Las calles de Madrid no se ven nunca limpias de día ni alumbradas de noche, lo cual constituye un verdadero lujo.

La opulencia no consiste tanto en lo que se disfruta como en lo que se gasta; y así es

que, comparado nuestro presupuesto de policía urbana con el presupuesto equivalente de la ciudad más fastuosa, más limpia y mejor alumbrada, siempre resultará que nuestro presupuesto excede a todo presupuesto en una cantidad enorme, esto es, en toda la cantidad que gastamos.

La cuenta es clara.

Si en Barceloná, pōr ejemplo, invierte el Ayuntamiento un millón de reales en policía urbana, en sus calles limpias de día y alumbradas de noche, recoge la población, poco más o menos, cincuenta mil duros al año de luz y de limpieza.

Pues supongamos que Madrid invierte en la misma cosa la misma cantidad, y tendremos que aquí se gastan cincuenta mil duros más que en Barcelona, por la sencilla razón de que en Madrid se emplea un millón de reales en que no haya policía urbana.

Y he aquí el fundamento de nuestra vanidad.

Un pueblo pobre dice: «Yo no tengo policía urbana, porque no puedo tenerla»; lo cual es una vergüenza.

Un pueblo desidiōso y avarō dice: «Yo no tengo policía urbana porque no quiero gastar en ella ni tiempo ni dinero»; lo cual es una miseria.

Un pueblo que no es pobre, ni desidiōso, ni avarō, dice: «Yo tengo policía urbana, porque me cuesta el dinero tenerla»; lo cual es una vulgaridad como otra cualquiera.

«Pero llega Madrid, y dice: «Aquí no hay policía urbana, precisamente porque me gasto una suma enorme en que no la haya»; lo cual es el colmo del lujo y de la opulencia.

\* \* \*

En estos tiempos prósperos, los asilos de beneficencia andan siempre escasos de fondos, como si la miseria particular se empeñara en crecer en la misma proporción que crece la riqueza pública. Pero ello es que hay que acudir con frecuencia al regocijo de los que viven bien, para que puedan continuar viviendo los que no tienen sobre qué caerse muertos.

Esto ha ocurrido muchas veces, está ocurriendo siempre, y en alguna ocasión un concierto vocal e instrumental en el Jardín Botánico nos ha sacado por de pronto del apuro.

El Jardín Botánico es un gran jardín, la música siempre es música, el objeto del concierto no puede ser más excelente, el precio ínfimo. Aquí hay, pues, una cosa buena, bonita y barata.

La concurrencia fué, justo es decirlo, numerosa y escogida; numerosa, porque la fiesta era barata, y sin ningún esfuerzo podía disfrutarla todo el mundo; y escogida, porque cada concurrente se escogería a sí mismo.

Este público pudo gozar la dulce satisfacción de haber contribuido a socorrer la desgracia, y pudo recrear sus sentidos y su pen-

samiento disfrutando el conjunto de tan agradable fiesta. ¿A costa de qué? A costa de unos pocos maravedises.

No se puede dar más por menos.

¿No es esto envidiable?

Ese acto del público que acude a adquirir por un precio mínimo la satisfacción de su conciencia y el recreo de sus sentidos, hace ciertamente un buen negocio.

Hacer bien es una cosa que vale mucho; pero he aquí un caso en que apenas cuesta algo.

Esto se llama...—lo diré en griego para mayor claridad:—esto se llama *filantropía*.

• • •

Me es absolutamente indispensable despertar en la memoria de mis lectores un recuerdo triste para poder contarles una historia alegre, cosa que no extrañarán, pues todos ellos saben que así andan mezcladas en la vida la tristeza y la alegría.

El triste recuerdo que tengo que evocar es el de la última invasión del cólera; la historia que voy a referir es, poco más o menos, como sigue:

Todo el mundo sabe que la epidemia, entrando por Triana, invadió a Sevilla, y que allí hizo lo que el cólera hace en todas partes.

Huyeron unos, se quedaron otros, murieron

muchos, y sobrevivieron todos los demás, para contarnos lo terrible del suceso.

Allí, como en todas partes, hubo de todo; pero no faltaron a los enfermos ni auxilios ni socorros, y la piedad abrió de par en par los corazones y los bolsillos.

Unos dieron lo que pudieron y otros lo que quisieron: hay muchos casos en los cuales querer es más que poder.

Vivía en Sevilla un torero tan famoso por la destreza con que *trasteaba* al *bicho* como debiera serlo por las bellas cualidades que formaban el fondo estimable de su carácter, digo mal, de su alma; pero el torero era muy conocido, y al hombre apenas se le conoce.

Este torero tenía una mujer que corregía, completaba y perfeccionaba a su marido: me atrevo a decir que la mejor suerte de ese torero era tener la mujer que tenía.

No sé si esta mujer era bella, pero debía serlo, en atención a que era buena; ignoro cuántas y cuáles eran las gracias que adornarían su persona, pero puedo asegurar que poseía toda la gracia de una gran virtud, con lo cual digo que es imposible que fuese una mujer desgraciada.

Cuando el cólera se cansó de hacer víctimas en Sevilla, se marchó a otra parte, y la población respiró con el ansia del que vuelve a la vida.

Entonces se pensó en formar una lista de las personas que habían acudido con donativos y

limosnas al socorro y auxilio de los enfermos pobres y desvalidos, con el fin de hacer públicos sus beneficios; cosa muy justa, puesto que esa publicidad podía servir de legítima satisfacción a los bienhechores y de útil ejemplo a los demás.

La mujer del torero se encontró un día sorprendida en su casa por la presencia de una comisión.

Esta comisión quería saber a qué suma ascendían las limosnas hechas por la mujer del torero durante la epidemia.

—¿Para qué?—preguntó la mujer.

—Para que el mundo conozca las almas bienhechoras de Sevilla, y las admire y las imite.

La mujer dijo:

—Pues yo no sé las limosnas que he hecho.

—¡Cómo (exclamó la comisión): ¿usted no lo sabe?

Y ella añadió:

—Lo saben Dios y mi marido.

—¡Pero usted ignora las limosnas que ha hecho!

—Yo.... Miren ustedes, no llevo cuenta con la caridad.

Esa es la historia.

La concurrencia numerosa y escogida saldría del Jardín Botánico diciendo:

—¡Oh, qué concierto!...

La mujer del torero se quedaría en su casa, exclamando interiormente:

—¡ Vaya una comisión !

Ahora bien :

Aquéllo es filantropía ; ésto es caridad.

\* \* \*

La actitud propia del hombre de estos tiempos, mejor dicho, del hombre de estos días, debiera ser cualquiera de esas actitudes por medio de las que la mímica ha establecido la manera muda de expresar el asombro.

Para responder a la serie de prodigios que unos tras otros vienen a sublevar, digámoslo así, nuestra frágil admiración, debiéramos pasar las veinticuatro horas del día con los brazos caídos y la boca abierta.

Y no habría manera de abandonar esa actitud, por la rapidez con que pasa delante de nuestros ojos esta serie inagotable de maravillas que diariamente devoramos.

Pero aquí todo pasa pronto.

Por eso las cosas y las gentes que no pueden pasar en ninguna parte, se vienen a Madrid, y aquí pasan.

## ¿QUE HAY?

Esta es la pregunta que se escapa de todos los labios, y que ha venido a constituir la fórmula precisa de todo saludo.

El hombre más sabio no tiene inconveniente en descubrir toda la profundidad de su ignorancia, preguntando incesantemente: «¿Qué hay?»

Esta pregunta, en virtud de una multiplicación prodigiosa, está a un mismo tiempo en todas partes.

Es más: cuando no hay a quién dirigirla, o cuando nadie contesta a ella, el hombre menos reflexivo se detiene delante de sí mismo, preguntándose: «¿Qué habrá?»

Parece que ha llegado el momento de señalar la altura común de los conocimientos universales que el mundo posee, y que se ha abierto el período de un examen general.

No hay manera de entrar en una casa, de acercarse a un carro, de penetrar en un café, sin que la familia, los amigos o los circunstantes no lo rodeen, a uno, encerrándole en el círculo de esta pregunta:



«Usted, ¿qué sabe?»

Y, en verdad, ¿qué hay que saber? ¿No lo hemos aprendido ya todo?

¿Qué extraña curiosidad es esta que se ha despertado repentinamente? ¿Qué rayo de luz ha venido a demostrarnos la obscuridad que nos rodea?

Y lo curioso es que esa pregunta no tiene más que una contestación.

¿Qué hay?

Nada.

Las conversaciones se agitan estancadas en el círculo estrecho que forman esa pregunta y esa respuesta.

Si los sucesos no fueran tan serios, se reirían de los hombres.

¿Qué hay?

En substancia, nada de particular.

En rigor, no sucede nada extraordinario.

Imaginémonos un hombre que emprende un viaje y que toma el camino que más derechamente conduce al punto adonde se dirige.

A cada paso encuentra datos seguros de que aquel es el camino; pero este hombre, repentinamente agitado por una extraña perplejidad, se para, y pregunta: «¿Adónde voy?»

Hace muchos años que vivimos en España; día por día se han ido tejiendo estos años delante de nuestros ojos; los hemos visto pasar uno a uno; pero hoy, de repente, como acometidos de una duda terrible, nos preguntamos unos a otros con inquietud profunda:

«¿Dónde estamos?»

Descendiendo al fondo de esa pregunta, se encuentra la respuesta.

«¿Dónde estamos?», es una duda que afirma, una interrogación que contesta, una sombra que nos alumbrá.

Lo mismo decimos preguntando: «¿dónde estamos?», que exclamando: «¡estamos perdidos!»

¿Qué hay?

La cosa más natural del mundo, la más precisa para el orden de todas las cosas.

Hay lógica, esto es, hay lo que era imposible que no hubiera.

Hay esa sucesión de gotas de aguas que llenan el vaso.

Hay lo que ha habido siempre, lo que habrá eternamente.

Eternamente el mal será mal, sin que haya química posible que lo convierta en bien.

Hay orden; ese orden profundo que los hombres no pueden alterar; ese orden que ha puesto la muerte al fin de la vida como una consecuencia inexorable.

Hay lo que hemos hecho.

Se reúnen todas las circunstancias necesarias para que una cosa suceda; se combinan todos los pormenores indispensables para que un hecho se realice; tejemos uno a uno y poco a poco todos los hilos de la trama; pero cuando la cosa sucede, el hecho se realiza, el tejido

se muestra, preguntamos llenos de asombro: «¿Qué es esto!»

Cogemos un fusil, lo cargamos hasta la boca, lo disparamos, y la detonación nos llena de espanto y de sorpresa.

«¿Qué hay?», preguntamos llenos de afán, llenos de inquietud, precisamente cuando hay menos que nunca, cuando no hay nada, nada, porque parece que todo se ha perdido.

Un escritor muy notable, más conocido por lo que podía escribir que por lo que escribe, dice que en los primeros días del diluvio debió andar la gente por aquellos mundos llena de alegría.

Los más indiferentes a las prosperidades de la tierra, o, como si dijéramos, los más extraños al bien público, no podrían menos de asomarse de vez en cuando las cabezas por los agujeros de sus viviendas, y, restregándose las manos, exclamar: «¿Qué buena cosecha vamos a tener este año!»

Eran gentes ignorantes, y no pudieron pensar que aquellas que veían caer como un beneficio, eran las primeras aguas del diluvio en que se había de anegar la tierra.

Debe presumirse que algunos días después cambiaran de opinión, pues no debieron tardar mucho en encontrarse con el agua al cuello.

No es posible que después de tantos siglos nos encontremos nosotros ahora en una situación idéntica; pero la verdad es que hace mucho tiempo que andamos por el mundo restre-

gándonos las manos y diciendo: «¡Qué buena cosecha vamos a tener este año!»

Entretanto el agua sube y sube y sube, y parece como que ha llegado el momento de tenerla al cuello.

En vista de esto, vuelvo a mi pregunta:

—¿Qué hay?

La misma pregunta exige la misma respuesta.

—Nada de particular; lo que ha sucedido siempre, lo que no dejará de suceder nunca.

Que lo que es, es.

Que el diluvio es el diluvio.

Esto es lo que hay.

Ya sé yo que esa respuesta no puede satisfacer la minuciosa curiosidad de las gentes que se deshacen preguntando: «¿qué hay?»; pero esa pregunta, ¿tiene acaso otra respuesta?

En resumen:

—¿Qué hay?

—Nada.

—¿Qué se sabe?

Todo.

—¿Dónde estamos?

Donde debemos estar, porque no podíamos estar en otra parte.

## CONCLUSION

### I

En 1867, movido mi ánimo por el esplendor de los grandes sucesos, cogí la pluma y escribí estos rápidos renglones:

\* \* \*

«Todo el mundo va a la Exposición de París. Este es el gran asunto de estos días.

¿Qué es la Exposición de París?

Por de pronto, es el tema obligado de todas las conversaciones, el objeto de la admiración universal, y, el punto donde se ha dado cita el dinero del mundo para reunirse allí como en un gran bolsillo.

Mirado el caso desde el punto de vista de lo *positivo*, es un gran negocio que hace París.

Elevando un poco la consideración sobre la pequeñez de esos miles de millones de francos que acuden de todas partes para reunirse en París y circular por todas las venas del Imperio, la Exposición es el resultado maravilloso de todas las fuerzas intelectuales, aplicadas

con singular empeño a la perfección de la materia.

Digámoslo con franqueza: la Exposición de París es el gran milagro del poder humano.

El hombre, sintiendo su corazón inflamado por el fuego de la soberbia, puede decir:

«He aquí mi obra.»

La materia, dócil, se ha sometido como una esclava a todos sus caprichos.

Parece que el hombre, infundiendo en ella su propia inteligencia, le ha comunicado su voluntad, su vida y su alma.

¡Qué perfección en todas las obras!

Las máquinas parecen seres animados que tejen, que hilan, que doman el hierro, que ablandan el acero, que endurecen el barro.

La naturaleza, avergozada, se esconde en las soledades de los bosques, en el seno de las ásperas montañas, ante la grandeza de las obras que salen de las manos del hombre.

Hace dos meses que París se abre a los ojos del mundo, como el universo que el hombre mismo se ha creado.

Allí están en exposición admirable todos los adelantos de la civilización; esto es, los mármoles más ricos del mundo, los cristales más prodigiosos, el bronce más inteligente, el acero más fino, las telas más caprichosas; la materia, en fin, multiplicada por innumerables formas.

Allí está, por último, abierto a la admiración de las gentes y al asombro de los pueblos,

el paraíso del hombre moderno; esto es, la gran tienda, el gran bazar, el gran mercado.

A ese templo acuden los poderosos de la tierra a adorarse a sí mismos.

Allí acude el hombre a adorar al hombre, *criador* de todas aquellas cosas.

El oro, expresión sublime de aquella materia regenerada, circula por allí como el pensamiento de todas aquellas cosas, como la sangre de aquel cuerpo, como el espíritu animador de aquella materia.»

## II

«Detrás de París está Roma, como detrás del reflejo está la luz, como detrás del movimiento está la vida, como está el cielo detrás de las nubes.

¿Roma! ¿Qué nos importa Roma en estos momentos en que brilla París iluminado por todas las luces del siglo, por todas las antorchas del esplendor humano?

¿Qué nos importa ese venerable anciano, indefenso en medio de tantos enemigos, abandonado de todos los poderes de la tierra?

¿Quién es ese Rey sin poderosos ejércitos, sin formidables escuadras, sin tener siquiera un fusil de aguja ni un cañón rayado?

¿En qué funda su derecho?

¿Quién lo defiende?

¿Quién lo ampara?

¿Quién lo sostiene?

¿Por qué, siendo el más débil de los Reyes, es el más poderoso de los hombres?

¡Todos contra él, «y él sobre todos»!

¿No es esto un absurdo? ¿No repugna esto a nuestra razón soberana?

¡Roma! ¿Qué es Roma?

Un templo levantado sobre las ruinas del Imperio más grande de la tierra.

¿Quiere decir esto que no prevalecerá contra él ningún poder humano?

¡Roma! Y, ¿que hay en Roma?

La fiesta de un aniversario.

La voz de diez y nueve siglos que se levanta hoy más fervorosa que nunca a bendecir el día de la redención del hombre.»

### III

«¡Que coincidencia! Mientras la voz estrepitosa del industrialismo moderno cita a todas las naciones del mundo a presenciarse el asombroso espectáculo de la Exposición de París, la voz solemne de la Iglesia católica convoca a todo el orbe cristiano a que presencie en la Ciudad Eterna las augustas fiestas del Centenar de San Pedro.

Los príncipes de la tierra corren en fastuoso tropel a derramar en corrientes de oro el humo de sus grandezas ante el altar de la soberbia Babilonia.

Los príncipes de la Iglesia acuden presu-



rosos de todas las partes del mundo a rendir el humilde homenaje de su fe ante la Cátedra de donde sale la voz de toda verdad, de toda virtud, de toda ciencia.

¡A París!, grita la civilización moderna.

¡A Roma!, exclama la civilización verdadera.

A París, a adorar con el fervor de todos los placeres y de todos los faustos al hombre hecho dios.

A Roma, a doblar humildemente la cabeza ante el sublime misterio del Dios hecho Hombre.

París, en estos momentos, es el asombro del mundo; Roma, en estos instantes, es el consuelo de la tierra.

¡Que coincidencia en estas dos fiestas!

La fiesta de la tierra y la fiesta del cielo.

La fiesta de la soberbia humana y la fiesta de la humildad divina.

París: he ahí al hombre.

Roma: he ahí a Dios.

La Industria y la Fe.

La fiesta de la civilización moderna y la fiesta de la civilización eterna.»

\* \* \*

A los cuatro años, esto es, en Septiembre de 1870, al formar la colección de estos apuntes apresuradamente anotados, nos encontramos a Francia arrollada por Prusia en una cam-

pañá de veinte días; vencida, humillada, sin sangre, sin dinero y sin honra, y Roma, siempre amenazada, existe todavía: ha caído el Imperio en medio del más espantoso desastre, y Roma, abandonada al odio de todos sus enemigos, todavía vive: para Francia no hay esperanza; Roma aún espera.

Francia..., ¡qué castigo!... Roma..., ¡qué milagro!...

La soberbia Francia..., ¡qué ignominia!  
La humilde Roma..., ¡qué milagro!...

Napoleón III avergüenza... Pío IX admira.

Desde el principio del mundo el cielo estuvo sobre la tierra, la Fe sobre la razón, Dios sobre el hombre.

• • •

Nueve años después, al hacer una nueva edición de estos libros, nos encontramos con que Cavour desapareció, Napoleón III no existe y Víctor Manuel ha muerto. Pío IX traspasó los límites de la ancianidad para sobrevivirlos; se los llevó delante, como el vencedor que arrolla a sus enemigos.

Roma cayó al fin bajo el poder del Piamonte; pero el Papa vive: detrás de Francia está la anarquía, detrás de Italia la república, detrás de Pío IX estaba León XIII.

Volvamos a decirlo:

Desde el principio del mundo el cielo estuvo sobre la tierra, la Fe sobre la razón, Dios sobre el hombre.

hacia el norte de España, y en el año 1065, cuando el conde de Barcelona, Ramon Berenguer IV, casó con la hija del conde de Provenza, Berenguer de Provenza, se estableció una unión que dio origen a la dinastía de Capeta en España.

En el año 1065, cuando el conde de Barcelona, Ramon Berenguer IV, casó con la hija del conde de Provenza, Berenguer de Provenza, se estableció una unión que dio origen a la dinastía de Capeta en España. Este hecho marcó el inicio de la unión dinástica entre los reinos de Aragón y Provenza, lo que tuvo importantes consecuencias para la historia de España.

En el año 1065, cuando el conde de Barcelona, Ramon Berenguer IV, casó con la hija del conde de Provenza, Berenguer de Provenza, se estableció una unión que dio origen a la dinastía de Capeta en España. Este hecho marcó el inicio de la unión dinástica entre los reinos de Aragón y Provenza, lo que tuvo importantes consecuencias para la historia de España.

En el año 1065, cuando el conde de Barcelona, Ramon Berenguer IV, casó con la hija del conde de Provenza, Berenguer de Provenza, se estableció una unión que dio origen a la dinastía de Capeta en España. Este hecho marcó el inicio de la unión dinástica entre los reinos de Aragón y Provenza, lo que tuvo importantes consecuencias para la historia de España.

## COSAS DEL DIA



## UN ENTIERRO

### I

Así como hay alegrías desesperadas y tumultuosas, del mismo modo hay también tristezas tranquilas y consoladoras.

Si pudiéramos descender al abismo de ciertas felicidades cuyo estrépito parece que todo lo invade y todo lo llena, veríamos en el fondo hervir ocultas terribles inquietudes y pasiones desesperadas; y de la misma manera, si pudiéramos penetrar en lo íntimo de ciertas tristezas, encontraríamos en el fondo solitario de las más hondas amarguras la paz serena de un inmenso consuelo.

Hay falsas alegrías, felicidades imaginarias, dichas artificiales, con las que pretendemos muchas veces aturdir la pasión insaciable que nos devora el alma, o la inquietud cruel que nos agita; porque hemos decidido ser dichosos a toda costa, a costa de nuestra misma dicha.

En el fondo de estas alegrías tumultuosas, de estas felicidades locas, de estas dichas tur

bulentas, se esconde siempre la sorda tempestad que engendran en el corazón del hombre las pasiones desencadenadas.

Hay tristezas verdaderas, dolores íntimos, amarguras profundas, de las que los espíritus débiles huyen, creyendo, en su atribulada cobardía, que el hombre puede huir de sí mismo, y que las almas fuertes, templadas en la fe, afrontan con valiente humildad, buscando en el rigor de la propia pena el raro consuelo de saber sentirla.

En el fondo de estas verdaderas tristezas, de estos íntimos dolores, de estas profundas amarguras, se esconde siempre esa felicidad misteriosa que hace dulce a la misma amargura, amiga a la pena misma; que lleva en el desconsuelo la esperanza, y en lo acerbo del dolor que siente la satisfacción sublime de saber sufrirlo.

## II

Un entierro no es ciertamente una novedad en el mundo. Basta morir para ofrecer a la curiosidad de las gentes el espectáculo de unos restos mortales que, más o menos pomposamente, son conducidos al último asilo para no volver a acordarse de ellos; y parece cosa averiguada que cada segundo arroja el mar de la vida un cadáver sobre la tierra.

Pero este último espectáculo, en que se despiden, acaso para siempre, el que se va y los

que se quedan ; esta separación inevitable no es siempre la misma cosa.

Hay entierros oscuros, humildes, ignorados, en que el cadáver no es más que un muerto a quien sólo acompaña al último asilo el dolor de una familia.

Hay otros, brillantes, magníficos, espléndidos, en que el muerto arrastra todavía en pos de sí el fausto de su vida, la celebridad de su nombre, la memoria de sus grandezas. Detrás de este cadáver va el mundo como a una fiesta. Lo acompañan allí todos los honores de la vida ; sólo falta la tristeza, que es el honor de la muerte.

Hay otros entierros a los que sin pompas oficiales, sin invitaciones ceremoniosas, sin que se suplique el dolor ni el coche, asisten, por un movimiento espontáneo de piadosa pena, los suspiros, las lágrimas, las oraciones y el luto de todo un pueblo.

Allí va la amistad verdadera, la gratitud que no olvida, la piedad que acompaña más allá del sepulcro. No se le compadece, pero se le llora ; no se le despide como al que no hemos de volver a ver más, sino que se le reza como si no quisiéramos separarnos nunca de su memoria. No es una fiesta ; es un duelo.

### III

Vengo de asistir al entierro de un soldado obscuro, muerto en el campo de batalla. Los



muertos en los campos de batalla se olvidan tan pronto como los que mueren en los jardines de la vida.

Murió gloriosamente, fué un héroe; pero no fué un héroe de su ambición, sino héroe de su deber. El mundo se ha hecho para los vivos, y la victoria no suele reconocer después del combate más que a aquellos que han sobrevivido.

Hay una sepultura más honda que las que se abren en los cementerios, y es la sepultura del olvido.

Murió al mismo tiempo que caía un trono, y pasó por encima de su cadáver un triunfo que había de costar arroyos de sangre. Parece que aquel día se contrajo una deuda de desdichas, que todavía no hemos acabado de pagar.

El campo de batalla fué el puente de Alcolea; allí murió heroicamente, sellando con su noble sangre el honor de sus juramentos y su lealtad de militar y caballero.

La noticia había corrido muchos días antes de boca en boca, con dolor de todos y sin sorpresa de nadie; con dolor, porque había dejado de latir un corazón hidalgo, porque se había cortado una vida llena de juventud, de alegría y de esperanzas, porque era querido, y era querido porque era estimado; sin sorpresa, porque todos sabían, con segura certidumbre, que aquella vida generosa no había de huir de la muerte.

Mientras que el afán a la vida ofrece por todas partes numerosos ejemplos de muchas

gentes que poseen el secreto de lo que en el mundo se llama *saber vivir*, no faltan algunos ejemplos de corazones rectos que han encontrado en la conciencia, en el honor y en la fe el envidiable secreto de saber morir.

El cadáver, recogido en el puente de Alcolea entre tantos cadáveres, fué sepultado en Córdoba; pero había una familia desolada que pedía ese cadáver, hermanos que pedían a su hermano, una madre que pedía a su hijo.

¿A quién se podía confiar tan triste encargo? ¿Quién había de ir a remover aquella sepultura apenas cerrada; a recoger aquellos restos, tan animosos antes, tan inanimados ahora?

Las naturalezas egoistas han inventado un género de cobardía, por medio de la que pretenden sustraerse del cumplimiento de los más grandes deberes; en nombre del dolor, se excusan de cumplir lo que el mismo dolor impone.

Quieren hacer creer que la muerte desata los más sagrados vínculos del cariño, cuando precisamente la muerte es la que más debe anudarlos.

Al hijo corresponde recoger el último suspiro de su padre, porque de su padre es de quien ha recibido el primer suspiro.

Al padre corresponde amortajar a su hijo, porque su hijo, al venir al mundo, es el que le ha traído del cielo el augusto nombre de padre.

Al hermano corresponde enterrar al herma-

no, porque ellos, al venir a la vida, al dormir en un mismo regazo, al mecerse en una misma cuna, se han traído mutuamente el santo nombre de hermanos.

¿Quién puede negarles tan sagrados privilegios?

¿Quién? El dolor pusilánime, la pena egoísta, los espíritus débiles.

¡Cosa singular! Cuanto más honda es la pena, más ánimo siente el alma para cebarse en ella, porque no hay un valor semejante al que se despierta en los corazones varoniles cuando se ven acosados por grandes dolores.

Pero, por lo visto, los dolores del alma, del alma, que es mil veces más fuerte que el cuerpo, necesitan también su cloroformo: que el hijo no vea agonizar a su padre; que el padre no vea amortajar a su hijo; que el hermano no vea enterrar a su hermano.

Es preciso alejar a la familia del lecho del moribundo. ¡Cuán pronto empieza para el que muere la soledad de la muerte! Después que se ha hecho todo para que viva, ¿no se puede hacer más que abandonarlo?

Semejantes espectáculos caen fuera de la humana resistencia, y el cariño de hijo, de padre y de hermano, tan valeroso siempre, no encuentra fuerza en su propio dolor para poder presenciarnos.

¡Y cómo, Dios mío, ese mismo cariño y esa misma pena encuentran, por lo común, en el hijo, en el padre y en el hermano valor para re-

nunciar al sagrado derecho de presenciar tan grandes espectáculos!

Había que exhumar los sangrientos y aún calientes despojos, y esta vez no han tenido que encargarse de tan tierna obra ni manos amigas ni manos mercenarias.

Un hermano que, sintiendo en el alma todo el valor de su pena, ha corrido a Córdoba a recoger los restos de su hermano, siguiéndolos hasta el umbral mismo de su última sepultura.

#### IV

En medio del templo enlutado se levanta el túmulo; la nave de la iglesia la llena la multitud apretada, y la población de la ciudad y del campo acude entera a formar el largo, triste y silencioso acompañamiento.

El cementerio donde reposan tantos muertos está en ese día lleno de vivos; la multitud había invadido el cementerio, como antes había invadido el templo y las calles.

Por el aspecto silencioso de la multitud que seguía al carro fúnebre, por las lágrimas que se escapaban de muchos ojos, por los sollozos mal contenidos en muchos pechos, y por la tristeza dibujada en todos los semblantes, no cabía duda de que se trataba de una triste ceremonia.

Había en este homenaje sencillo y verdaderamente popular tributado al cadáver una poderosa elocuencia.

Yo he presenciado el fastuoso entierro de Martínez de la Rosa; yo he leído en los periódicos los ardientes homenajes tributados a los restos del general O'Donnell; yo he visto también las honras fúnebres con que hasta el templo de Atocha fué acompañado el cadáver del general Narváez; pero aseguro que ninguno de esos lujosos funerales me ha conmovido tanto como el entierro de este héroe ignorado.

Mientras tantas ciudades se vestían de fiesta, engalanándose con todos los adornos de la alegría, he aquí una ciudad que se vestía de luto, sin más adorno que el de su tristeza.

Mientras tantos pueblos se consagraban al culto tumultuoso de unos cuantos vivos victoriosos, este pueblo se reunía silencioso a rendir el piadoso homenaje de su cariño a un muerto.

¡Qué contraste y qué diferencia!

Aquella fiesta será pasajera; este luto será permanente.

Aquel culto pasará fugitivo, como pasan todos los delirios de los hombres, y esta humilde gloria quedará, porque siempre queda en el recuerdo de las gentes sencillas la memoria de los nobles sentimientos.

No quiero levantar el velo detrás del que se oculta a las miradas del mundo, que todo lo convierte en placer, en diversión y en triunfo, el dolor de una familia que busca consuelo en el dolor mismo.

## V

Es admirable ver cómo de la misma boca que sale el grito de la pena, de los mismos ojos de que brotan las abundantes lágrimas de la más honda amargura, salen a la vez santas palabras de dulce resignación y serenas miradas de consuelo.

Parece que dentro de esas almas se traba esa terrible lucha en que la razón, herida por la pena, siente el vértigo de la desesperación, al mismo tiempo que la fe derrama en la profundidad de la herida el bálsamo de la resignación.

Es la lucha empeñada en el espíritu humano, entre el cruel sentido de esa palabra ciega y traidora que se llama fatalidad, y la consoladora idea que se encierra en esa palabra luminosa y espléndida que llamamos Providencia.

Fatalidad, que quiere decir injusticia, brutalidad.

Providencia, que quiere decir amor, sabiduría.

Hacedle creer a una madre que es la fatalidad la que mata a su hijo, y derramaréis en su alma todo el veneno de la desesperación, y nada será a sus ojos más horrible que la vida, más cruel que su propia razón, ni nada más absurdo ni más monstruoso que su propio sentimiento.

Hay dolores para los que el poder del hom-

bre no tiene consuelo, y por eso los corazones afligidos levantan los ojos, buscando en el cielo lo que saben que la tierra no puede darles.

Mientras haya dolores en la tierra, la impiedad no podrá cerrar el camino por donde el alma humana se comunica con Dios.

He aquí un altar donde la fe adorará siempre a la Providencia, y he aquí un templo que todo el furor de todas las impiedades no conseguirá destruir nunca.

Arrancar a un hijo de los brazos de su madre es una crueldad; pero pretender arrancar del corazón de esa madre la fe que la alienta y la Religión que la consuela, es el colmo de la barbarie, porque es arrancarle el dolor con que lo siente y el consuelo con que lo llora, lo recuerda y lo bendice.

Sería tanto como enterrar el alma humana.

## LA LEY DE LA HISTORIA

### I

Los filósofos (permítaseme llamarlos así) que se agitan perdidos fuera del camino de la verdadera sabiduría, andan a tientas buscando en el caos de sus errores la ley de la historia.

Ellos quieren saber a qué principios se sujeta la serie de hechos que desde el origen del mundo hasta nosotros forman en su curso sucesivo la historia del género humano.

Ellos pretenden inquirir el secreto en que para sus ojos se esconde lo que podemos llamar la regla de conducta de los acontecimientos.

¡Ya se ve!... Estos espíritus fuertes, estos libre-pensadores, se encuentran con una cadena cuyos anillos, firmemente eslabonados, no pueden romper, y con un orden inalterable, que ellos, con todo el poder de su ciencia, no pueden subvertir.

Y, en verdad, ¿cómo, siendo el hombre libre, produce en el curso de las generaciones series de hechos despóticamente encadenados unos a otros?

¿Qué atroz tiranía es la que usurpa a los



hombres libres el derecho y la libertad de dirigir los acontecimientos que ellos mismos realizan?...

¿Qué ley absurda es la que coloca las hordas salvajes detrás de los siglos refinadamente cultos? ¿Por qué están los persas a las puertas de Babilonia, cuando Baltasar asombra al mundo con el esplendor de sus festines? ¿Por qué razón la misma Grecia, que supo resistir a los ejércitos de Jerjes, cae bajo el poder de Roma, precisamente cuando en sus Academias se enseñaba todo, se discutía todo, se dudaba de todo? ¿Por qué detrás de la grandeza de la Roma pagana está el Bajo Imperio?

¿Qué mano caprichosa coloca el cetro despótico de los Césares detrás del libre desenfreno de las plebes? ¿Por qué han de estar todas las dictaduras detrás de todas las libertades? ¿Por qué, cuando una sociedad llega a la posesión de todos los placeres y al usufructo de todas las sensualidades, se ha de encontrar en la víspera de su ruina? ¿Por qué, en fin, detrás del *Libre examen* ha de estar el caos; detrás de *Los derechos del hombre* la *Commune*...; en una palabra: detrás de la luz el incendio?

Ante esta barbarie de la historia pasada y presente, la filosofía del ateísmo y del materialismo, a pesar de su audacia, se detiene perpleja, y busca la ley tiránica que autoriza semejantes monstruosidades.

## II

Tomás Buckle, en su *Historia sobre la civilización de Inglaterra*, rompe heroicamente el freno que la razón impone a su ciencia, y se lanza desbocado a inquirir los principios que rigen el carácter y el destino de las naciones; y arrojándose al fondo de la investigación que se propone, se pregunta a sí mismo: las acciones de los hombres que forman la serie de hechos que son la historia de las sociedades humanas, ¿están gobernadas por leyes fijas, o proceden del azar, o interviene en su dirección algún poder divino?...

Aquí el filósofo se encuentra ante el fatalismo, el azar y la Providencia, y resuelve el caso optando por la fatalidad, en razón a que, conforme conocemos mejor la naturaleza, se desvanece ante nuestros ojos la teoría del azar, y vemos que cada acontecimiento está ligado al que le precede por un lazo inevitable, y, por lo tanto, el mundo entero forma una cadena forzosa, en la que el hombre representa su papel, pero sin saber qué especie de papel es el que representa.

Para la ciencia de este sabio, la doctrina del azar en el mundo exterior corresponde a la doctrina del libre albedrío en el mundo interior; y ante esta dificultad que le obliga a reconocer como ley de la historia el capricho de la casua-

lidad, sale del apuro negando con la mayor frescura la realidad del libre albedrío.

«La teoría del libre albedrío, dice, es una hipótesis metafísica que no está demostrada.» Lo cual es lo mismo que decir: la teoría de la existencia de Enrique Tomás Buckle es una hipótesis metafísica, porque nadie se ha tomado todavía el trabajo de demostrarnos científicamente que Enrique Tomás Buckle existe.

La ciencia libre es aquella que rompe sin escrúpulo todas las trabas que la lógica impone a la razón humana.

Tenemos, pues, que la ley de la historia consiste en que el hombre no es libre, y que, por lo mismo, obra siempre de una manera precisa y fatal.

Acerca de este punto, la filosofía del ateísmo y del materialismo no ha pasado de aquí; la ciencia impía, antes que reconocer a Dios, prefiere negar la libertad del hombre, lo cual viene a ser como negarse a sí misma.

Es decir, que hemos reclamado y obtenido el ejercicio de todas las libertades para llegar a descubrir que no somos libres.

Si la ciencia ha de llegar a despojarnos del alto privilegio del libre albedrío, que revela en cada uno de nosotros la nobleza de nuestro común origen, nada debe haber en el mundo más odioso que la ciencia.

Muy bien: pero entonces, ¿cuál es la ley de la historia?

### III

Ya sabemos que la atracción es la ley del mundo físico, que la armonía es la ley del arte, que la lógica es la ley de la ciencia ; pero ¿ dónde está la ley de la historia?

¿ En qué lugar, impenetrable a la audaz sabiduría de los hombres, se oculta el maravilloso resorte que hace marchar en orden riguroso los acontecimientos humanos en el curso de la historia?

Mientras los sabios de la ciencia, que, olvidando la antigua descendencia de sus viejos errores, se da a sí misma el título de moderna, desatinan científicamente, buscando la ley moral que dirige el paso de los hombres sobre la tierra, nosotros, alejados de esos estudios tenebrosos, sabemos con la viva certidumbre de la fe que la ley de la historia es la acción divina de la Providencia ejerciendo los dos supremos atributos de su justicia y de su misericordia.

Justicia, cuando anega la tierra en las aguas del diluvio ; misericordia, cuando ilumina las obscuridades del mundo con la luz del Evangelio.

Es justa dejando al hombre encenagarse en todas las degradaciones del error, y es misericordiosa conservando en el agitado curso del pueblo de Israel la integridad de la revelación divina.

Es un fenómeno histórico, que la ciencia hu-

mana no acertará a explicarse jamás, cómo, en medio del paganismo que cubría al mundo de tinieblas, aparece en un rincón de la Palestina el sol magnífico de la verdadera civilización.

Ciertamente es un prodigio para la razón que del exceso de tiranía brote la libertad; que del extremo del crimen y del vicio surja el heroísmo de la virtud; que al espantoso caos de todos los errores de la ignorancia y de la ciencia suceda la verdad; que al soberbio imperio de los Césares suceda el humilde imperio de Jesucristo.

La ciencia impía no acertará nunca a desentrañar este misterio de la historia. La lógica del hombre no sabrá nunca sacar consecuencias verdaderas de premisas falsas; no le está a él concedida la suprema sabiduría de sacar el bien del fondo del mal ni podrá nunca encontrar por sí mismo la luz en el seno de las tinieblas.

La casualidad no existe: es una palabra que carece de sentido absoluto; solamente nos es lícito usarla de un modo relativo. El fatalismo es demasiado ciego para que le concedamos el honor de guiar los acontecimientos por los caminos de la historia. Además, ya lo hemos visto, según la ciencia moderna, no podemos admitirlo como guía de las acciones del género humano, sin despojarnos del libre albedrío. Nos queda la Providencia, y ella es la ley de la historia. La mano de Dios, que, sin menoscabar la libertad de nuestros actos, conduce ei

oleaje de las generaciones a los altos designios de su misericordia y de su justicia.

#### IV

Por eso la lógica de los hombres anda tan apartada de la lógica de los sucesos. Jamás el espíritu humano por su propia perspicacia ha podido sorprender los arcanos de lo futuro. Hoy menos que nunca.

Supongamos que sabemos con perfecta certidumbre lo que sucedió ayer; y bien: ¿podemos asegurar lo que sucederá mañana?

Se puede decir que marchamos con una venda en los ojos; todas las luces de nuestro siglo no bastan a iluminar las obscuridades de lo que está por venir.

De un día a otro, ¿cuántos temores disipados! ¿Cuántas esperanzas desvanecidas! ¿Cuántos proyectos fracasados! Pretendemos ir al punto que nos señalan nuestros deseos, y en esa dirección nos agitamos...; pero de la noche a la mañana el oleaje de los sucesos nos conduce a un punto opuesto. ¿No es ésta una burla de nuestro destino?

La civilización moderna ha empeñado todas sus fuerzas en conducirnos a la posesión de todas las felicidades; la ciencia, el arte, la literatura, la industria y la política han ejercido sin descanso su influencia civilizadora para llevar a nuestras costumbres, a nuestros senti-

mientos y a nuestras ideas la suprema cultura. Mas, ¡ah, inexorable despotismo de la historia!, cuando íbamos a coger el fruto ya sazonado de nuestro progreso, nos encontramos de manos a boca con el caos en la ciencia, la degradación en el arte, la prostitución en las letras, la codicia en la industria, y el envilecimiento en la política; nos encontramos sin ideas, sin sentimientos y sin costumbres.

Por medio de una terrible aritmética, cuyo procedimiento no acertamos a explicarnos, los sucesos nos presentan una cuenta ruinosa; ellos dicen: «A la sombra de vuestra prosperidad ha crecido espantosamente vuestra deuda. Habéis hecho una operación semejante a la de la multiplicación de las *fracciones*, en la que el *producto* es siempre menor que los *factores*».

Es verdad que hemos girado contra las generaciones futuras la gran letra de tan formidable *déficit*; pero este *pagaré* sin plazo es el testimonio auténtico de nuestra ruina.

Las civilizaciones antiguas se veían amenazadas por la invasión de los pueblos bárbaros; pero lo curioso de la civilización moderna es que las hordas salvajes que la amenazan han brotado bajo la culta influencia de la civilización misma.

El sentido común, algo más perspicuo y bastante más sabio que toda esa falange de filósofos que han nacido al calor disolvente del libre examen, deduciéndolo de los hechos mismos, ha encontrado el principio de la ley de la his-

toria mucho antes que la presuntuosa ciencia de la razón soberana. El sentido común es el que ha vulgarizado la noción profunda que explica la libertad en el hombre y la Providencia en la historia, encerrándola en una frase vulgar que corre de boca en boca. El es el que ha dicho: *El hombre propone y Dios dispone*.

Nosotros, los ignorantes, los que no hemos penetrado en las abstrusas nebulosidades de la filosofía que llamamos moderna, encontramos en esa sencilla proposición la gran ley de la historia. El hombre obra según su libre albedrío, y Dios dirige el curso de los hechos humanos según su Providencia.

## V

Y, en verdad, ¿cuán grande sería nuestro fastidio si, por un prodigio inesperado, pudiéramos coger el hilo misterioso en que se va tejiendo la historia de nuestros días!... Nos veríamos privados del encanto de las sorpresas con que diariamente nos conmueve. Una vez puestos en el secreto de los sucesos, ¿qué interés podría tener para nosotros el día de mañana?

Precisamente el carácter más distintivo de nuestra época es la novedad de los acontecimientos, la originalidad con que se enredan los hechos y los hombres en el laberinto de eso que designamos con el nombre de vida pública. ¿Qué



transformaciones tan súbitas en la escena, qué cambios tan repentinos en las decoraciones, qué mudanza tan continua en los hombres!...

Tal vez sea excesivamente cara la función teatral con que los sucesos tienen suspenso nuestro ánimo; pero, sea lo que quiera, el exceso del gasto que nos ocasiona la diversidad de emociones con que excita nuestra curiosidad y aviva nuestro interés, no tiene precio.

En ninguna época conocida ha disfrutado el hombre, como ahora, el placer de vivir tan constantemente con la boca abierta.

Hasta hace poco tiempo, la historia ha conservado sus pretensiones clásicas; el poema y la tragedia han sido los géneros de su particular preferencia; ha vivido siempre en las altas regiones de la epopeya; sus relatos infunden el horror trágico o el entusiasmo épico. Mas ha tenido que descender de esas sublimes alturas para acomodarse al gusto literario de nuestra época; y su único género es hoy una mezcla ingeniosísima del melodrama y del sainete.

He aquí por qué los mismos sucesos que empiezan por espantarnos, acaban por hacernos desternillar de risa.

La historia presente, justo es reconocerlo, rindiendo tributo al principio de *enseñar deleitando*, ha sabido combinar tan admirablemente lo terrible y lo grotesco, que nos es imposible participar del terror que los sucesos nos inspiran, sin soltar al mismo tiempo la carcajada.

Por eso, sin duda alguna, en virtud de un

privilegio sólo a nosotros concedido, vivimos tan alegres en medio de tanto desastre.

Admiremos, pues, con la risa en los labios, este orden histórico, que conduce los sucesos que presenciarnos por caminos tan nuevos, que a la vez resultan pavorosos y alegres.

El arte humano no hubiera jamás alcanzado el singular mérito de presentar a nuestros ojos una perspectiva a la vez horrorosa y risueña, que excitara al mismo tiempo en nuestro ánimo suspenso el espanto y la risa.

¿Qué sería de nosotros, simples..., verdaderamente simples espectadores de esta representación continua de todas las miserias humanas, si hubiéramos aprendido a leer en las obscuridades de lo futuro!... Esta deliciosa expectación en que vivimos, este afán con que pasamos de un día a otro, esta inquietud con que esperamos hoy los sucesos de mañana, toda esta animación, todo este aturdimiento, toda esta algazara, desaparecería si nuestros ojos pudieran penetrar en lo que está por venir.

¿Qué haríamos entonces de la viva comezón de nuestra curiosidad? Si se nos quita el placer de la inquietud, las delicias de la impaciencia, el deleite de las emociones, ¿qué nos queda de la vida que poseemos?

El fastidio de vivir y la pesadumbre de haber nacido.

## VI

¡ Los sucesos!... He ahí los misteriosos anillos de la cadena que nos arrastra.

¿ Adónde?

Ese es el secreto de la Providencia y el misterio de la historia.

Si alguna vez alcanzamos a deducir algo de los sucesos futuros por la índole de los sucesos presentes, podemos hoy asegurar que hemos entrado de lleno en el período de la expiación, y que todavía está lejos el período del arrepentimiento.

Si algo podemos vislumbrar al través de las obscuridades que nos cercan, es evidente que nos encontramos en el principio del castigo.

Esa es la ley inexorable de la historia.

Vamos a verlo.

## «NUESTRA RAZON»

Con este título, bajo un sobre, y sin fecha y sin firma, he recibido, no hace muchos días, lo que a continuación verá, probablemente con disgusto, el lector curioso:

\* \* \*

«Hace veinte años que trabajo doce horas diarias: la fatiga del día me proporciona un sueño profundo durante la noche; pero duermo sobre una cama dura y bajo un techo frágil, abrasado en el verano por el sol, y abierto en el invierno a los rigores de la intemperie.

»Mi vida se reduce a trabajar para vivir, a dormir para trabajar, y a comer para no morir.

»Soy un bruto.»

\* \* \*

«Mis vestidos están siempre desgarrados por la dureza del trabajo, sucios por el polvo que mi asidua tarea levanta y por el sudor que los

esfuerzos de mis miembros endurecidos hacen brotar de mi frente.

»Mis manos encallecidas han adquirido una fuerza terrible, y mis pies, cubiertos de lodo, se estampan sobre la tierra con pesada firmeza.

»Soy fuerte.»

\* \* \*

«Veo pasar por delante de mis ojos magníficas carrozas, a mi alrededor se levantan soberbios palacios, el ruido de los festines y el estrépito de los banquetes llega incesantemente a mis oídos.

»Nubes de lujo y de placeres relampaguean sobre mi cabeza, despertando en mis groseros sentidos ardientes apetitos.

»Descubro un mundo de fausto y de gloria cuyas doradas puertas no me es posible traspasar, y, apretando los puños, me digo a mí mismo:

»Soy un miserable.»

\* \* \*

«Recuerdo, como un sueño que empieza a desvanecerse, una dicha lejana que me sonrío, del mismo modo que sonrío la madre al hijo que tiene en sus brazos.

»Brotaba entonces en el fondo de mi alma una claridad misteriosa que llamaban *Fee*, y me

daba aliento para sobrellevar las angustias de la pobreza y del trabajo ; una alegría interior que nacía de mí mismo, y que en el lenguaje de los hombres se llamaba *Esperanza*.

»Mas aquella claridad se ha ido desvaneciendo poco a poco, y aquella alegría se ha disipado como una luz que se apaga.

»¿Qué pasa por mí? No lo sé ; pero os aseguro que el vaso de mi corazón está lleno de rencor y de envidia.»

\* \* \*

«Yo creía en la justicia infalible de un Dios eterno : me había hecho creer mi madre que después de este mundo nos esperaba otro ; que allí un Juez infinitamente bueno, sabio y poderoso nos juzgaría a todos con la misma ley, y que serían castigados con tormentos sin fin los ricos avarientos, y premiados con goces inmortales los pobres que hubiesen sufrido las miserias de esta vida con resignación y mansedumbre.

»También me hizo creer que ese Dios, principio y fin de todas las cosas, había salvado a los hombres de una perdición eterna, enviándoles a su propio Hijo en carne mortal, para que padeciera por ellos los tormentos de la Pasión y las angustias de la muerte, enseñando al género humano pervertido la humildad, la mansedumbre y el amor.

»No querréis creerlo ; pero entonces me pa-

recía un beneficio la pobreza, y el trabajo una cosa santa.»

\* \* \*

«Ha llegado a mis oídos una voz tenebrosa, y me ha dicho:

—«Te engañan con falsas promesas; te ofrecen para después de la muerte delicias futuras, para que tú no les disputes las delicias presentes. Te ceden gustosos la posesión del otro mundo, en cambio de la propiedad que te corresponde en éste; te dan el cielo en cambio de la tierra. ¡Oh!... ¡Es un gran negocio! No te levantarás de la sepultura a reclamar el cumplimiento de esas promesas. ¡Infeliz! ¡No hay más vida que esta vida; no hay más mundo que este mundo! Pero no puedes quejarte, porque los que explotan tu ignorancia y tu fuerza han inventado para ti una Jauja eterna. Baña la tierra con el sudor de tu frente, mientras los ricos y los poderosos la cubren con el esplendor de sus riquezas y con la pompa de sus placeres; trabaja sin descanso, mientras ellos deslumbran tus ojos con el brillo del oro que tú ganas.

»Tú eres el que arranca de las entrañas de la tierra los tesoros escondidos por la naturaleza; tú eres el que anima los campos, cubriéndolos de doradas mieses, de verdes vides, de pomposos ramos y sabrosos frutos; tú construyes los palacios; tú tejes la seda; tú fundes el

bronce ; de tu miseria brota a torrentes el lujo que inunda las grandes ciudades, y tú vives hambriento y desnudo, y te consumen a la vez el trabajo implacable y la pobreza invencible.

»Eres más fuerte que Sansón ; no necesitas asirte a las columnas del templo para destruirlo ; crúzate de brazos, y presenciarás la ruina de todas las grandezas que te desprecian.»

»Estas palabras mordieron mi corazón como serpientes venenosas.

»Leía yo unas veces, y oía leer otras, periódicos y libros cuya lectura despertaba en mi corazón el ansia de la riqueza. Yo era uno de los innumerables *desheredados* que se arrastran por el lodo de la tierra.

»Todo es mío, y nada me pertenece.

»Siembro, y otros cogen ; trabajo, y otros gozan.

»En el fondo de mi corazón hierve la ira ; una nube espantosa se ha formado en las tempestuosas soledades de mi pensamiento, y va a estallar en rayos y centellas.

»¿Qué sois vosotros?... ¡La sociedad!... Pues bien : nosotros somos la asociación.»

\* \* \*

«Nos hemos contado, y somos más que vosotros.

»¿No decís que las mayorías lo saben todo y lo pueden todo?... Pues nosotros somos mayoría ; y si lo sabemos todo y lo podemos todo, claro está que todo lo queremos.



»Dejadnos el puesto que nos habéis usurpado; devolvednos las riquezas que hemos ganado; venimos a pedirnos la herencia del mundo que nos pertenece.

»Nuestros títulos son los *derechos del hombre*, que vosotros habéis proclamado; nuestra fuerza, nosotros mismos.»

\* \* \*

«Aquí nos encontramos frente a frente la sociedad y la asociación. Vamos a cuentas.

»¿Qué es la sociedad? Vosotros nos habéis enseñado que es un *contrato*; pues aquí está la asociación, que es un convenio.

»¿Por qué ha de tener más fuerza lo que vosotros *contratáis* que lo que nosotros *convenimos*?»

\* \* \*

«¿En nombre de quién invocáis los sagrados derechos de la sociedad?... ¿En nombre de Dios?... ¿De cuál?»

»Habéis declarado que lo mismo da uno que otro, que es indiferente cualquiera, y que la sociedad puede vivir muy bien sin ninguno.

»Al negar la enseñanza oficial de toda religión positiva, habéis negado la existencia de todo Dios verdadero.

»La sociedad no tiene Dios ninguno, ni la asociación tampoco.»

\* \* \*

«Acaso invoquéis los eternos principios de la moral.

»Y nosotros preguntamos:

—»¿De qué moral?

»Y nos contestáis:

—»De la moral universal.

—»Pero si la moral universal nace exclusivamente de los hombres, ¿cómo puede tener principios eternos? ¿Tendréis la presunción de creer que vosotros solos poseéis el privilegio de exponerla, definirla y aplicarla?»

\* \* \*

«Somos *internacionalistas*; es decir, somos los últimos reformadores.»

\* \* \*

«Ya lo sé; estáis indignados contra los incendios y los asesinatos de la *Commune*, y pensáis abrumarnos con el horror de la sociedad; pero tú, sociedad, que te horrorizas, ¿quieres que te cuente tu historia?

»¿Sabes quiénes son tus últimos progenitores?

»¿Acaso Rousseau, Voltaire, Robespierre, Danton y Marat no son tus padres?»

\* \* \*

«Sin duda es absurdo que el trabajo se subleve contra el capital que lo alimenta; pero

advertid que el capital que habéis creado es un capital sin Dios, y, por consiguiente, sin caridad.

»Decís capitales por no decir hombres, porque sabéis que el capital no tiene entrañas.

»¿Qué nos pide el capital? Mucha ganancia; pues nosotros le pedimos mucho salario.

»Si el capital es insaciable, ¿por qué no ha de ser también insaciable el trabajo?

\* \* \*

«Convengamos en algo.

»¿No entra en vuestra aritmética el principio de que la riqueza dividida se aumenta?

»Convenimos en ello, y he aquí por qué nosotros queremos repartirla.»

\* \* \*

«No os negaremos la gloria de haber desentancado grandes masas de riqueza detenidas en los hondos huecos de las *manos muertas*.

»Os aplaudimos; pero ha llegado la hora de que sepáis que aquí no hay más manos vivas que las nuestras.»

\* \* \*

«¿Qué quiere la sociedad que nos ha enseñado todas estas cosas que ignorábamos?

»Quiere que nos resignemos con la dureza de nuestra suerte.

»Que nos sometamos al rigor de la pobreza.

»Que nos sujetemos a la ley del capital.

»Que seamos humildes, sobrios, pacíficos y honrados.

»Pues bien : que se nos devuelva la *Fo* que nos alentaba en nuestras angustias.

»Que se nos reintegre en la posesión de aquella hermosa *Esperanza* que nos alegraba en medio de las tribulaciones de la miseria.

»Que la idea de un Dios eterno, Juez supremo e infalible, vuelva, con toda su majestad y su grandeza, con toda su bondad y su misericordia, a grabarse en nuestras conciencias turbadas.»

\* \* \*

«Han suprimido a Dios por caro. ¡ Ah, y cuán caro va a costar el haberlo suprimido !

»¡ Nos quitan el cielo, y no nos quieren dejar la tierra !

»¡ Nos cierran las puertas de la eternidad, y no nos quieren abrir las puertas del mundo !

»Lo veremos.»

\* \* \*

«Tú cuentas con la fuerza de la *sociedad* ; pero la *sociedad* no tiene ya más fuerza que la de la pólvora y la de los ejércitos.

»Nosotros contamos con la fuerza de la *asociación*, con las *huelgas* y con el *petróleo*.

»¡ Sociedad! ¿ De qué te horrorizas? ¿ De qué te indignas? ¿ De qué te espantas?

»¿ Somos insensatos? Pues tú nos has hecho perder el juicio.

»¿ Somos malvados? Pues tú nos has instruído.

»¿ Somos unos criminales, espanto de la razón, horror de la historia y vergüenza del género humano? Pues tú eres nuestro cómplice.»

• • •

«¿ No? ¿ Acaso hemos brotado en las salvajes soledades del Africa?

»¿ Somos los soldados de Omar o los bárbaros de Atila?

»¿ Qué región salvaje nos ha vomitado?

»Como tú, sentimos la soberbia de nuestra razón soberana.

»Como tú, paladeamos el refinamiento de todos los placeres.

»Como a ti, nos abrasa insaciable sed de oro.

»Como a ti, nos estimula y nos agita la acerba comezón de todas las concupiscencias.

»Somos tus hijos.

»Tal y como nos ves, tal y como somos, nos hemos engendrado en tus entrañas.»

\* \* \*

Después de leer esta serie de párrafos, que su autor anónimo llama pensamientos, mi pri-

mera intención fué rasgar el papel en que se hallaban escritos; mas me detuve al mismo tiempo de ejecutarlo, pensando que su lectura podía ser conveniente.

La *Internacional*, se dice, es una asociación tremenda, un somatén salvaje, cuyos principios aterran, cuyos medios espantan y cuyos fines horrorizan!

Es verdad; pero yo no tengo por qué disimular mi pensamiento, y a mí ni sus principios me aterran, ni sus medios me espantan, ni sus fines me horrorizan, porque se me ha metido entre ceja y ceja la idea de que la *Internacional* viene armada de terrible lógica.

La lógica que la ha producido es la que a mí me aterra, me espanta y me horroriza.

## EL DON DE LA PALABRA

### I

Para inventar la palabra ha dicho Rousseau que fué necesaria la palabra; de manera que el hombre la obtuvo como un don, como un beneficio; abusar, pues, de ella, es un abuso de confianza.

Es justo, sin embargo, reconocer en aquellos que lo merezcan el mérito, hasta cierto punto insigne, de haber extendido el uso de la oratoria a todos los actos de la vida. La celebridad de esas elocuencias nos ha impuesto a todos la obligación casi imprescindible de llevar siempre a la mano un discurso con que satisfacer las exigencias del momento. ; Ya se ve! Los oradores de los clubs han recorrido, durante algunos años, casi todos los pueblos de España, dando, digámoslo así, *gratis* conciertos de elocuencia. Han sido, permítaseme la vulgar exactitud de la comparación, una especie de *Dulcamaras*, que han ido de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, prodigando el *elixir* de frases preparadas de antemano.

Después de todo, el aparato de la voz huma-

na no es más que un instrumento que exhala, según la habilidad de cada uno, la música de las notas o la música de las palabras. Un orador es al fin un artista, y si no está dotado de un grande amor a la verdad, la sacrifica de continuo al honor del éxito: es un actor de más o menos mérito, que no titubea en representar los papeles más odiosos o más ridículos, con tal de obtener el premio fugitivo de unos cuantos aplausos. Adulador constante de las pasiones, de los vicios y de los errores puestos en moda, atrae, como las mujeres envilecidas, por los falsos encantos del estilo, y hace brotar su popularidad de la misma corrupción que siembra. Después acontece que el tirano se cansa de las complacencias de su favorito, se enoja y la gloria del ídolo rueda por el polvo.

Ese momento llega más tarde o más temprano, porque las multitudes, inconstantes de suyo, cambian fácilmente el aplauso por el desprecio; y como si quisieran darse testimonio de su poder, arrastran por el suelo las mismas glorias que levantan con la misma facilidad que las crean.

No siempre el orador acierta a traducir la pasión del momento que agita a las multitudes, y éstas, más acostumbradas a que las exciten que a que las contengan, no se detienen en sacrificarlo. Se cobran en silbidos los aplausos anticipados, y por esa justicia permanente, que surge de la naturaleza misma de las cosas, el cómplice desprecia al cómplice.



La verdad es el honor del entendimiento humano: la palabra que lo encarnece, se deshonra.

Las plebes, casi siempre engañadas, se vengan muchas veces, sin saberlo, de los errores que les inculcan y de los extravíos a que las conducen los errores de la palabra y los extravíos de la elocuencia en los mismos que los pervierten.

Vergniaud, Danton, Robespierre...; la elocuencia, la audacia y la envidia, pasaron sucesivamente de la adoración pública a la guillotina. Aquellas tres lenguas populares, tan distintas y tan poderosas para encender las pasiones, inflamar los odios y hacer cortar tantas cabezas ilustres, no tuvieron ni energía ni fuerza para salvar sus propias vidas. El mismo pueblo que habían embriagado con sus palabras, fué el que los llevó al cadalso.

La plebe que degolló a Luis XVI, fué la misma que decapitó a Vergniaud, a Danton y a Robespierre, porque los instrumentos de los hombres se convierten muy fácilmente en instrumentos de la Providencia.

Peró entretanto, el cortesano del vulgo recorre los dominios de la multitud soberana, disputándole a los cantantes de la lengua, a las colecciones de fieras, a las cuadrillas de acróbatas, las momentáneas manifestaciones del favor público, y para que la emulación sea más patente, el orador ejecuta las complicadas suertes de su retórica en medio de una calle,

en el rincón de una plazuela, desde el balcón de un casino, en el patio de una posada, en un café, en cualquier teatro, en la plaza de toros o en un circo de caballos. No les disputa solamente la celebridad, sino también el lugar de la escena. En cualquiera de esos sitios da el orador ambulante su función de elocuencia.

Allí despliega todos los recursos de su habilidad; las frases de efecto saltan sobre la arena como fieras domesticadas; la retórica, artísticamente dislocada, ejecuta, a los ojos del público atónito, contorsiones admirables; sus figuras presentan actitudes sorprendentes de equilibrios imposibles. Por una fuerza particular de prestidigitación que asombra, la historia se convierte en fábula, y la fábula en historia; las melodías del lenguaje se unen a la brillantez de los conceptos, y el auditorio, absorto, presencia, si podemos decirlo así, los ejercicios más difíciles, los saltos mortales de la palabra.

El orador, más modesto de lo que se cree, no pide a la multitud convencimiento, sino aplausos; y como es tan fácil golpear una mano sobre otra, obtiene las ruidosas demostraciones de un éxito completo: el concurso se deja llevar por el oleaje de tan imperiosa elocuencia, y, queriéndose dar alguna razón de lo que oye, acaba, como si dijéramos, traduciendo a Tácito sin entenderlo.

## II

Ello es que el público se ha ido aficionando a esta clase de espectáculos, y ya no hay persona conocida en el mundo por alguna aptitud más o menos dudosa, que, con cualquier motivo o con cualquier pretexto, no se vea asediada por esta singular exigencia:

—¡Qué hable!... ¡Que hable!

¿Se trata de un entierro?... Pues hay que levantar la tribuna sobre la sepultura, y allí, delante del cadáver, del cual no se acordará nadie al día siguiente, hay que hilvanar con las primeras frases que se vengan a la boca, un discurso fúnebre, como si la feroz intemperancia de las palabras se hubiera propuesto perseguir a los hombres hasta después de muertos.

Asiste usted a la animada fiesta de una boda, y toma usted sencillamente parte en aquella alegría, que Dios sabe después las lágrimas que ha de costar, y llega un momento en que empieza usted a advertir que la concurrencia lo mira a hurtadillas, y que los convidados cuchichean entre sí: no sabe usted a qué atribuir la causa de esta expectación, de que, por lo visto, es usted objeto, y examina usted su persona, y no encuentra nada en ella que pueda servir de motivo ni a la admiración ni a la burla. En esto, uno de los circunstantes se le acerca con la sonrisa en los labios, y con la

mayor naturalidad del mundo le dirige a usted esta frase inesperada:

—Caballero, es preciso que diga usted algo.

—¡Demonio!—exclama usted interiormente.

Insiste, y usted se excusa de la mejor manera que puede, sin que logre convencerlo de que en efecto, no tiene nada que decir.

Entonces se extiende por la concurrencia un rumor, en el que distingue usted claramente estas palabras:

—Sí, sí: que hable, que hable.

Un nuevo interlocutor se le presenta, exclamando:

—¡No hay escape!... Es una exigencia de de las señoras... Hay que decirles algo a los novios.

¡Santo Dios!... ¡a los novios! ¡Cómo si ellos no se lo tuvieran ya dicho todo!

¿Y qué hacer?... El concurso espera, y ni siquiera hay tiempo para coordinar las primeras palabras, porque los más impacientes han impuesto silencio al auditorio, y no se oye en la sala el vuelo de una mosca. No hay más remedio que soltar la espita de una oración epitalámica, y coronar la fiesta con un diluvio de tonterías.

Así acaban con un discurso, por lo común grotesco, los dos actos más serios de la vida: el acto de morir y el acto de casarse.

Se trata de celebrar el advenimiento al mundo de un nuevo ser, que entra en la vida llorando amargamente, y, sea como quiera, es

preciso participar de la alegría que causa este triste suceso. La ocasión no puede ser más propicia. ¿Qué asunto más digno de la filosofía y de la elocuencia, que la aparición sobre la tierra de un nuevo vástago de la especie humana?... ¿De dónde viene este ser, a la vez esperado y desconocido? ... ¿Adónde va? ... ¿Cuál va a ser el destino de su vida?... ¡Frierola si hay aquí tela cortada para grandes discursos!

Por modestas que sean las apariencias de este regocijo casero, no ha de faltar entre los concurrentes alguno que, medio orador y medio filósofo, encuentre ocasión y auditorio para hacer patentes su aptitud y su ciencia.

Entre las diferentes preocupaciones que nos dominan, la manía de la elocuencia y los excesos de la palabra constituyen el vicio principal de nuestras costumbres.

### III

Esta especie de locura de que nos hallamos poseídos, es un fenómeno muy natural. La democracia, abandonada a sus propios instintos, o extraviada por la lisonja de sus cortesanos, a pesar de todas las teorías que acerca de ello se hagan en el terreno práctico, no consiste tanto en el rebajamiento de los hombres como en el envilecimiento de las cosas. No se le puede decir a la plebe: «tú eres rey», sin que inmediatamente pretenda ponerlo todo ba-

jo el dominio de su poder supremo; su cetro es la igualdad; pero la igualdad es un nivel que todo lo arrasa.

Al destruir las jerarquías, rompe todos los modelos, y, no pudiendo elevarse a las regiones donde habitan la ciencia, la virtud y el genio, impone al genio, a la virtud y a la ciencia la humillación de apropiárselos.

Como no tiene conciencia cierta de su falsa autoridad, como duda perpetuamente de la legitimidad de su derecho, se encuentra en todas partes sombríamente celosa de su poder, y en todo lo que se levanta ante ella por su propio mérito, ve un adversario, que, por lo menos, hace sombra a su tumultuosa majestad, y en toda elevación ve un delito, en toda aptitud un crimen, en todo mérito una traición. Semejante a Herodes, se halla siempre dispuesta a degollar al género humano, porque evidentemente en la raza de los hombres puede estar el que la venza, la destrone y la sojuzgue.

Su vida es, por lo tanto, agitada, inquieta, llena de terrores, de sospechas, de odios y de venganzas, como la vida de los usurpadores y de los tiranos.

Democracia quiere decir proscripción de toda verdadera grandeza, o, lo que es lo mismo, el vilipendio de todo lo que es grande por su propio mérito.

Ella es la que en la antigüedad decreta la muerte de Sócrates porque es sabio, y des-

tierra a Arístides porque está ya cansada de oírle llamar el Justo. Es la misma plebe que adora como a dioses a los emperadores de Roma, porque ve en ellos sus propios instintos, sus pasiones, sus vicios, su ferocidad y su ignorancia. Esa es la que en los tiempos modernos hace bajar a la guillotina las cabezas más ilustres de Francia; la que, degradando la misma soberanía que proclama, deifica la razón humana, rindiendo a una mujer de costumbres libres el culto vergonzoso de todos los delirios.

Obsérvese que la democracia no tiene en su bandera más que una fórmula, que resume todo su pensamiento; su múltiple boca sólo lanza un grito, en el que parece que se exhala todo el rencor de sus íntimas aspiraciones. Por todas partes se la oye gritar: «¡Abajo!... ¡Abajo!... ¡Abajo esto, abajo aquéllo, abajo todo! ¡Abajo la autoridad, abajo la ciencia, abajo la virtud, abajo la eternidad, abajo el cielo, abajo Dios!» No se encuentra segura de su imperio si no lo ve todo debajo de sus pies. Es al mismo tiempo la cohorte de todas las tiranías; como es servil, no es jamás humilde.

Como carece, según ya he dicho, del convencimiento de su derecho, no reconoce nunca el de los demás; siendo su única ley la violencia y la fuerza, se halla siempre en esta alternativa: o esclava, o tirana; cobarde, en fin, como todas las ilegitimidades, suele sentir el heroísmo del miedo, y en los momentos de pe-

ligro se entrega a los mayores excesos, o se somete a las más ciegas dictaduras. El furor hace en ella las veces del entusiasmo, y el delirio es el aspecto de su justicia.

Tiene sus ídolos; pero esos semidioses fugitivos que levanta sobre sus hombros, no viven más que lo que viven sus abyecciones y sus lisonjas: los mantiene en alto mientras son sus cortesanos y sus aduladores, y los eleva sobre su cabeza, como si quisiera mostrar en ellos todos los títulos de su soberanía. Pero, ¡ah!, se cansa pronto de sus favoritos, y cuanto mas alto los levanta, más terriblemente los desploma; parece que se complace en elevarlos, para que les sea más fácil destruirlos; los conduce triunfalmente al Capitolio, para tenerlos más cerca de la roca Tarpeya.

#### IV

El don de la palabra es un privilegio divino, y claro está que no había de librarse de esta especie de secularización a que parecen condenadas todas las aptitudes superiores. No era posible suprimir, de las dádivas con que Dios honra a los hombres, ese don precioso; mas era posible hacerlo descender de las alturas en que brilla, para que lo viéramos arrastrarse por el polvo de las calles; arrancarlo de los lugares augustos, para poder llevarlo a los cafés, a las plazuelas y a los circos. Realmen-



te, no nos es dado abolir este noble privilegio, que constituye una de las más altas aristocracias del talento; pero no es imposible destituirlo de su dignidad, esto es, envilecerlo, o, lo que es lo mismo, democratizarlo hasta el punto de que la locuacidad se confunda a los ojos del pueblo con la elocuencia, hasta el extremo de que sean para él una misma cosa charlatanes y oradores.

La palabra así vulgarizada ha perdido su saludable influencia; los auditorios acuden como a una fiesta que los divierte; oyen, aplauden y olvidan; la elocuencia, descendiendo de su trono, se ha convertido en una mera habilidad sin grandeza y sin prestigio; se ha puesto al servicio de todos los errores, y ha caído, empujada por sus propios excesos. No buscamos en ella ni la verdad, ni el genio, sino el mero espectáculo y la adulación de nuestros defectos. Los súbditos hablan a los reyes a los pies del trono; más fastuosa la democracia, levanta una tribuna en cualquier parte para oír a sus cortesanos.

¿Qué nos queda? Nos queda la moda de los discursos, la manía de ser orador, el capricho de ser auditorio.

Comprendo el furor de los banquetes y la pasión por las comilonas, porque, de todos los sentidos, el paladar es el más positivo, el más material, el más grosero, y, por lo tanto, la exaltación pública del estómago corresponde con toda propiedad a una civilización resuelta.

mente sensual y materialista. Retrocediendo veinte siglos, podemos decir con Horacio: «Si vienes a verme, encontrarás en mí un cerdo lleno de gordura, de la manada de Epicuro». Pero, en verdad, nuestros continuos banquetes no tienen por único objeto el placer de la mesa.

Detrás de la succulencia de los primeros platos están los postres, y en los postres están los brindis: es preciso brindar, y cada brindis es un discurso. Cualquiera que sea el pretexto del festín, cada convidado es preciso que lleve su perorata de cajón. Es el caso de que cada uno exprese, vengan o no a pelo, sus opiniones sobre filosofía o sobre historia, sobre política, sobre el arte, sobre la literatura, o sobre todas estas cosas a la vez. Es la ocasión de los programas, de las profesiones de fe, de las protestas. Allí, con la copa en la mano, se juzga a voz en grito lo pasado, lo presente, lo temporal y lo eterno: esta es la comidilla de las grandes comidas.

Si el mundo sensato tuviera alguna vez valor para levantarse contra esos juicios, apelaría, como la mujer de Siracusa, a Dionisio en ayunas. Pero, ¡bah!, esos jueces congregados alrededor de una mesa cubierta de manjares, apelarían a su vez a Horacio, panegirista de Catón, y replicarían, diciendo: «El gran Catón no fué, en substancia, más que un borracho, que bebía en el vino la fuerza de su virtud».

## V

Por lo que hace a viajar, aconsejo al que todavía no haya perdido lo que me atrevo a llamar el pudor de la palabra, que viaje de incógnito. Si tiene amigos o conocidos, o, lo que es peor, admiradores en cualquiera de los pueblos del tránsito, que salen a recibirlo, y le obsequian, y le festejan, está perdido. Correrá la voz de que ha llegado al pueblo un personaje, acudirán al pie de los balcones de la casa en que se hospede los más desocupados y los más curiosos; esta es la base de todo auditorio: y pronto los más impacientes clamarán, diciendo:

—¡Que hable!... ¡Que hable!...

Entre los obsequios, este es uno de los que los amigos, los conocidos o los admiradores le tienen dispuesto.

La tribuna está abierta, el concurso reunido, y los aplausos preparados; sólo falta el discurso de cajón.

Para un charlatán, es una bella ocasión; para el que tributa algún respeto a la dignidad de la palabra, es un triste compromiso.

De todas maneras, no hay más remedio que hablar o morir, y, charlatán o no, hay que salir al balcón y lanzar al aire todos los desatinos de antemano estudiados, o la serie ramplona de los lugares comunes establecidos por la necesidad para salir de estos apuros.

A esa degradación ha llegado el don de la palabra y el poder de la elocuencia.

Discursos de cajón es tanto como decir:

Palabra de munición, oratoria de pacotilla.

O, lo que es lo mismo:

Ignominia de la palabra y vilipendio de la elocuencia.

## EL HOMBRE-DIOS

### I

Por lo visto, hay en el fondo de la sabiduría humana y de las grandezas de la tierra, una sombra profunda que, reflejándose en la frente de los sabios y de los poderosos, la cubre de tristeza.

Hablando de Napoleón, decía Sièyes: «Es un hombre que todo lo sabe, que todo lo quiere y que todo lo puede». Los hechos posteriores de Bonaparte, desde el Consulado hasta Santa Elena, dieron testimonio auténtico de la exactitud de las palabras de Sièyes. Genio o fortuna, ello es que Napoleón, dentro de los límites humanos, todo lo supo, todo lo quiso y todo lo pudo.

Cualquiera que sea la atracción o la repugnancia que su nombre nos inspire, es preciso admirarlo.

Pues bien: el arte nos representa a este hombre extraordinario, en el momento solemne en que ejecuta una de sus más atrevidas empresas, como si buscara la ocasión en que debió mostrarse en su actitud y en su rostro la ex-

presión suprema de su audacia y de su genio.

¿Quién no ha visto el hermoso grabado que representa a Napoleón pasando los Alpes? Su figura solitaria se destaca sobre las sombras del cuadro en medio de las bruscas asperezas de un terreno casi inaccesible. Por allí van, con paso lento y silencioso, la audacia y el genio, la fortuna y la gloria.

Mas, reparad bien : aquellos brazos cruzados sobre el pecho, aquella cabeza inclinada, aquellos ojos medio ocultos bajo la sombra de los párpados caídos, aquella frente a la vez despejada y fruncida, revelan, sin duda, al grande hombre sumergido en las luminosas obscuridades de sus vastos designios ; pero ¿cuál es la expresión dominante en su actitud meditabunda y en su rostro pensativo?... No es posible desconocerla : la tristeza, la más profunda tristeza.

Cuenta con la audacia, y parece humillado ; es el genio, y marcha a cumplir sus terribles destinos con la frente inclinada sobre la tierra ; le sonrío la fortuna, y baja los ojos como si quisiera huir del encanto de sus locas sonrisas ; ilumina la gloria los horizontes de su vida, y el ligero fruncimiento de su boca descubre que duda a la vez de su audacia, de su genio, de su fortuna y de su gloria.

Parece abismado en hondas soledades de profundas tristezas.

Despójesele por un momento de los detalles suntuarios que reaniman en nuestra memoria

la figura característica de Napoleón, y nos será difícil distinguir, en su actitud y en su rostro, si se agita en el fondo de su entendimiento un gran pesar o una gran empresa.

No penséis que es Napoleón, que, como Aníbal, atraviesa los Alpes, y sólo hallaréis en él una actitud desalentada y un rostro triste.

Difícilmente descubriríamos en las arrugas de su frente el plan de conquistar a Italia y el propósito audaz de erigirse en árbitro de Europa: más bien veríamos en ellas las señales inequívocas de un dolor oculto.

No sería a nuestros ojos el hombre que, fatigando la victoria, busca, para apropiársela, la mayor grandeza de la tierra; más bien nos parecería un ser que, cansado de los desengaños de la vida, huye del mundo, oprimido por el peso de muy tristes pensamientos.

## II

Muchas veces he contemplado el busto de Dante, y ante la tristeza que, por decirlo así, sombrea las severas líneas de su rostro, he sentido el impulso de estas mismas reflexiones.

La cabeza del gran poeta, que el arte nos ha transmitido, aparece modelada por rasgos graves, que imprimen en el conjunto de su fisonomía austera la doble expresión de una gran pena y de una grande esperanza.

El laurel que corona sus sienes brilla sobre la frente de esta gloria humana, como la clari-

dad sobre la sombra, como un rayo de sol sobre una nube, como los resplandores del cielo sobre las tinieblas de la tierra.

Hay en esta mezcla de dolor y de gloria algo semejante al crepúsculo, algo que descende de alturas inaccesibles, algo que se levanta de abismos desconocidos. Son los esplendores del genio divino que se desvanecen en los rasgos oscuros del rostro humano; es el alma inmortal que resplandece entre las lóbregueses de la cárcel mortal en que vive encerrada.

Sea el que quiera el capricho o la perversidad, la estupidez o la barbarie de lo que llamáis vuestras opiniones políticas, no os es lícito negar, ante los testimonios auténticos de la historia no falsificada, que Felipe II fué un gran Rey, cuya grandeza ha pretendido en vano obscurecer la calumnia sistemática de sus detractores. Pues bien: si os habéis detenido alguna vez delante del retrato de Felipe II, trazado por el pincel de Pantoja, habréis participado de la tristeza que baña el severo rostro de aquel Monarca que hacía inclinar la balanza de Europa con el peso de su centro.

En fin: si queréis reunir en una sola imagen el modelo más acabado de la sabiduría, del poder, de la grandeza y de la virtud, considerad bajo el aspecto puramente humano la nobilísima figura de Jesucristo, y no podréis concebirla en toda la plenitud de su belleza si no se os aparece iluminada por un rayo de luz divinamente triste.



Quiero decir con esto que el fondo de toda sabiduría humana y de todo poder humano es la tristeza.

### III

Hay un rasgo característico, y que podríamos llamar frenológico, propio de toda superior inteligencia, que es la reflexión: y no hay pincel humano que trace fielmente los contornos de una cabeza reflexiva, de una frente pensadora, sin determinarla por medio de rasgos tristes.

Jamás he tenido a Voltaire por sabio, y apenas hay ya quien le conceda un honor semejante; *la Biblia al fin explicada* es ciertamente un monumento de su audaz ignorancia. Se ha hablado mucho del *genio* de Voltaire; mas la crítica justa, añadiendo una sílaba a la palabra, ha disminuído considerablemente su triste celebridad; ya no se habla más que del *ingenio* de Voltaire. Inferior a Racine, a Corneille y a Molière como literato, hay que concederle, no obstante, como filósofo, el execrable honor de haber sido un gran sofista.

¿No?... Pues examinad la expresión antipática de su fisonomía, y la acerba sonrisa de su boca astuta os revelará bien pronto el veneno de su lengua; en las sombras que surcan su frente no descubriréis la majestad del pensamiento que busca la verdad, sino la expresión sarcástica de un rencor soberbio; en aquella fi-

sonomía aguda, burlona y repulsiva, buscaréis inútilmente la majestuosa tristeza que parece ser la atmósfera propia de la sabiduría y del genio.

La burla de Voltaire es una mueca, con la cual intenta encubrir la oculta desesperación en que se agita su espíritu rebelde; podría creerse que su movible inteligencia sólo se sentía animada por un odio incorregible hacia la verdad, como si su falsa ciencia sólo le hubiera hecho probar los frutos más amargos de la sabiduría humana.

Al coger del árbol de la ciencia del bien y del mal el fruto prohibido, parece que Voltaire sólo probó el fruto del mal.

Es cierto que la Revolución francesa tributó a su impiedad grandes honores; pero es de toda certidumbre que, si hubiese vivido, esa misma revolución le habría guillotinado, porque tal fué el fin desastroso de todos los que la engendraron.

Si descendemos de la alta región en que habitan los hombres superiores, encontraremos más palpablemente comprobada la observación que sirve de motivo a las presentes reflexiones.

#### IV

En efecto: la experiencia es una sabiduría que el hombre adquiere año tras año en la universalidad de la vida: el gran libro de esta cien-

cia experimental es el mundo, el gran maestro es el tiempo.

Por más que la juventud insensata de nuestra época se haya apropiado, por el novísimo derecho de las incautaciones, la posesión incontrovertible de todos los conocimientos con que se enorgullece el género humano, no le ha sido posible todavía a lo menos disputarle a la ancianidad el amargo privilegio de la experiencia.

Y yo pregunto: ¿por qué la infancia que todo lo ignora, es tan risueña?... ¿por qué la juventud, que no ve más allá del día en que vive, es tan alegre?... ¿por qué la ancianidad, que todo lo sabe, es tan triste?...

O de otro modo: ¿por qué la sencilla ceguedad de la inocencia y de la ignorancia es más feliz que las orgullosas satisfacciones de la inteligencia?... ¿Qué hay en el fondo de la grandeza y de la sabiduría de la tierra, que de tal modo entristece o desespera el alma del hombre?... ¿Por qué, en fin, la sabiduría es tan triste?... ¿Por qué la experiencia es tan amarga?... ¿Qué cruel desengaño hay en el fondo de la vida y en el fondo de la ciencia humana?...

Convengamos, no obstante, en que la civilización que llamamos moderna, y que es, sin embargo, tan antigua como el hombre, ha convertido la tierra de nuestros días en verdadero paraíso. Concedámosle, aunque no sea más que por un momento, esta infeliz satisfacción a nuestro orgullo.

Muy bien: hemos plantado en medio de este jardín de delicias el árbol frondoso de la ciencia humana, y, sea como quiera, nos hemos otorgado amplio permiso para probar libremente el fruto prodigioso; hemos penetrado hasta el último secreto de todas las cosas; hemos hecho descender de las alturas inconmensurables de su omnipotencia al mismo Dios, y lo hemos declarado súbdito de nuestra razón soberana. Perfectamente. Nos hemos incautado del universo, y, sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad, lo hemos hecho nuestro. Somos, pues, aunque simples mortales, y esta es la gracia, infinitamente sabios, poderosos, principio y fin de todas las cosas.

¡Ah! Si las generaciones que ya han desaparecido hubieran podido adivinar este supremo engrandecimiento de la especie humana, habrían detenido la muerte para venir a pasar con nosotros el resto de sus días.

¿Quién nos tose con tanto poder y con tanta ciencia?... Verdaderamente, nadie.

Mas entretanto, meta cada uno la mano en el saco siempre lleno de sus propias desdichas; sondee cada cual el abismo de sus angustias, de sus dolores y de sus tristezas; penetremos por un momento en los oscuros rincones de nuestras miserias, y contestemos francamente: ¿Somos más felices?

La sangrienta agitación en que vivimos, la desesperada algazara en que nos revolvemos, la ruina que nos amenaza, el incendio que nos

cerca, el espanto que nos domina y el desastroso desorden que nos asedia, ¿son acaso la suprema dicha o el supremo castigo?...

Eso sí, nosotros hemos reconstruído el paraíso, ¡qué duda tiene! Aquella primera morada del hombre, que los incrédulos niegan, la hemos realizado por un acto soberano, por un acto creador de nuestra sabiduría, de nuestro poder y de nuestro genio; mas todavía no hemos podido eludir la ominosa ley que nos condena a probar todas las amarguras de nuestras soberbias grandezas.

Al paladear el sabor amargo del fruto prohibido, hemos entrado en la plenitud de la sabiduría, y he aquí que somos dioses...; pero ¡Dios mío, qué dioses tan infelices!...

Lo hemos conquistado todo, menos la felicidad.

## V

Y pregunto de nuevo:

¿Por qué la sabiduría del hombre está tan llena de tristezas?... ¿Por qué ha de estar la experiencia tan llena de amarguras?... ¿Por qué esta civilización presuntuosa está tan llena de desastres?... En una palabra: si lo sabemos todo, ¿cómo no sabemos ser dichosos?...

¿En qué filosofía, en qué ciencia, en qué historia queréis encontrar la explicación de tan raro y tan constante fenómeno?

No hay más que una filosofía profunda, una

historia eterna, una ciencia suprema, que saben explicarlo. He aquí el verdadero origen de toda historia, de toda filosofía y de toda ciencia. La primera caída del hombre, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el fruto prohibido, es decir, el fruto que hemos alcanzado.

No hay en la historia de la especie humana un hecho más constantemente comprobado. Es un hecho perpetuo que se sucede visiblemente de tiempo en tiempo con claridad espantosa, como si quisiera reproducir en el curso de las generaciones el testimonio vivo de su divina autenticidad.

¡Qué terrible ceguera se apodera de los siglos impiamente sabios!... Ellos niegan la revelación en el momento en que ellos mismos la atestiguan.

## CUATRO PINCELADAS

En efecto: ¿es la mujer un ser poético, espiritual, vaporoso, tal y como nos la representan los primeros sueños de la juventud? Es posible, y no pretendo de ningún modo disipar la perspectiva con que se ofrece a la imaginación un tanto alucinada de casi todos los héroes que figuran en la gran colección de novelas inéditas, que son la continua y repetida historia de las primeras emociones con que el amor se insinúa en el corazón humano.

Sería una crueldad desvanecer el encanto de este idilio, que, sea como quiera, al fin y al cabo llena de risueñas ilusiones las páginas más bellas de nuestra vida. No sería justo borrar del mapa de nuestras esperanzas y del itinerario de nuestros deseos esa especie de Arcadia, por donde, más de prisa o más despacio, una sola vez o muchas, pasa el corazón de todos los jóvenes, y, lo que es más, las locas presunciones de muchos viejos.

No está tan lleno de felicidades el tránsito que hacemos por este valle de risas y lágrimas, para que nos despojemos, por puro pasatiempo, de tan dulces quimeras. Digan lo que quieran

los seres dichosos, no es tan excesivamente fecundo en flores el jardín de la vida, que podamos sin escrúpulo arrancar la fresca azucena de nuestros deseos juveniles, sólo por el gusto de deshojarla.

Pero vamos al caso.

En todo hombre hay algo de Don Quijote y algo de Sancho; todos llevamos en nuestro ser alguna parte de la inmortal locura del ingenioso Hidalgo, y parte también del sentido práctico que distingue al famoso escudero; el que en poco o en mucho no se reconoce en esa doble creación del genio de Cervantes, es que carece de toda idea de sí mismo.

En virtud de esta propensión de nuestro espíritu, todos convertimos a la primera Aldonza Lorenzo que nos sonrío, en la imagen fantástica de Dulcinea del Toboso, y seguimos, como Sancho, las locuras de nuestra propia imaginación, buscando la felicidad de la ínsula Barataria, que nosotros mismos nos hemos prometido, lo cual no quita que la buena mujer continúa sencillamente aechando trigo y que los términos de la apetecida ínsula no se encuentren en ninguna de las partes del mundo conocido.

No obstante, planteo nuevamente mi duda, y pregunto: La mujer que nos lleva y que nos trae, que nos alienta y nos desespera, que alternativamente nos engaña y nos desengaña; la mujer que vemos en los campos, en las al-



deas y en las ciudades; la mujer, en fin, que anda por el mundo y forma la cara mitad del género humano, ¿es Aldonza Lorenzo, o Dulcinea del Toboso?

¿Es un ser poético, espiritual, vaporoso, delicado en las ideas, exquisito en los sentimientos, casi aéreo, perfumado, que apenas pisa la tierra? ¿Será verdad que sus cabellos son oro o ébano, sus dientes perlas, coral sus labios, sus mejillas nácar, marfil sus manos y rubíes sus lágrimas?

Por de pronto, nos es preciso reconocer que han puesto muy alto el mérito sublime de la fe, de la virtud y del sacrificio. La madre de los Macabeos es muy superior al héroe de Tarifa; es siete veces Guzmán el Bueno. A Judit no se la puede comparar, sin ofensa de su nombre, ni con Zopiro, ni con Scévola, ni con Bruto. Si se suprime de la historia a Isabel la Católica, Colón desaparece, María Antonieta supo morir mejor que Vergniaud, que Dantón, que Robespierre. En nuestros días, la Asociación de la Cruz Roja, en que los hombres hacen el papel principal, no vale tanto como la humilde institución de las Hermanas de la Caridad, en que las mujeres lo hacen todo.

Es verdad que por una mujer perdió la especie humana la inocencia y la inmortalidad del paraíso; pero me parece a mí que, en justicia, no podemos reconocer superioridad ninguna sobre Eva seductora en el pobre Adán seducido.

**Mas no se trata de las mujeres superiores,**

porque no son esas las que transformamos diariamente de Aldonzas Lorenzo en Dulcinea del Toboso. Hablamos de todas las mujeres, o, mejor dicho, de una mujer cualquiera.

Cuando no las vemos al través del cristal fantástico de nuestra imaginación, varía por completo el efecto de la perspectiva, pues la mujer no es como nosotros solemos imaginarla, sino como Dios la ha hecho; y Dios, en castigo de sus culpas, la sujetó desde el principio del mundo a todas las fragilidades, a todas las desdichas y a todas las miserias de la estirpe humana. Esa especie de ángel que nos dibujamos en los sueños de la juventud, es también, hay que confesarlo, un puñado de barro, lo mismo que nosotros.

Sean las que quieran las ilusiones que inspire, ella no aparta nunca la vista de la realidad; su poesía tiene algo de positiva; las ideas que más encarnan en su inteligencia son aquellas que más fácilmente pueden traducirse en hechos. Convengamos en que es un ángel... ¿por qué no? Sea; pero un ángel que sabe andar muy bien sobre la tierra. Les ha concedido la naturaleza, sobre todo a las españolas, un pie muy pequeño; pero, ¡ah!, ese pie tan pequeño sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.

Tres y dos son cinco: he ahí toda la substancia de su aritmética. Su espíritu no se presta fácilmente a las profundas abstracciones de las matemáticas; pero disponen de procedimientos

desconocidos en la ciencia, para que siempre les salga la cuenta.

Así como el triángulo viene a ser la vara de medir de la geometría, la averiguación de que no hay en el mundo más medida exacta que la medida de sus deseos, es, a su vez, la vara de medir a que, por lo común, ajustan sus acciones, sus frivolidades y hasta sus sentimientos.

¡Va siendo muy frecuente el caso de que los hombres encuentren el ídolo de su corazón en la mujer más rica o mejor acomodada que la suerte les ponga al paso en el camino de la vida, hallando en ella la felicidad de la holgura y casi siempre el placer de la holganza; mas si esto es frecuente en los hombres, no nos ocultaremos que es general en las mujeres.

Ellas son las que, al ver pasar a un hombre cargado de años, de achaques y de más o menos millones, viudo o soltero, exclaman con la mayor naturalidad del mundo: «¡He ahí un hombre que podía hacer feliz a cualquiera mujer juiciosa!», como si no fuera la más peligrosa locura casarse con un viejo.

No se las puede negar esa viveza de imaginación que da a sus pensamientos el aspecto del prisma, en el que se reflejan a un tiempo todos los colores de la luz; movilidad que hemos convenido en llamar talento, y cuyo encanto ejerce sobre nosotros poderoso atractivo; la misma atracción que ejerce sobre nuestros ojos el movimiento continuo de las ondas del agua.

Pero, en realidad, esa es la superficie; en el fondo hay más reposo, más resistencia, más terquedad, más firmeza de la que parece a primera vista. Pocas son las que no llevan oculta en el fondo de la voluntad la persistencia de la gota de agua que taladra la piedra. Hacen uso, en los casos de empeño, de una lima sorda, que poco a poco y muy suavemente va gastando la dureza del hierro.

Dios ha concedido a las sonrisas y a las lágrimas un poder que no es fácil eludir, y las mujeres poseen la especialidad de ambos recursos, en los que fundan la gran fuerza de su debilidad; porque, eso sí, son unos seres débiles, desvalidos, y sólo Dios sabe lo que sería de ellas si no contaran con la doble defensa de las sonrisas y de las lágrimas.

Si se me pidiera una definición precisa, breve y compendiosa del singular carácter que las distingue, diría sencillamente que la mujer es un ser que de todo se ríe y por todo llora.

El que lea estos renglones puede ser que añada a la exactitud de mi definición el recuerdo de haberlas visto alguna vez llorar y reír a un mismo tiempo.

Mirando las cosas sin penetrar más allá de la superficie, es preciso reconocer en ellas el mérito de la docilidad, de la sumisión, de la obediencia. Sea el que quiera el punto adonde se dirijan, es inútil preguntarles adónde van... ¡Desgraciadas víctimas de la tiranía de los

hombres, ellas van siempre por donde las llevan!... Debajo de la realidad de esta apariencia, puede encontrar el observador curioso y atento indicios bastante seguros para presumir que, sea donde quiera adonde vayan ellas, no van nunca más que adonde quieren.

Grande es la fama de habladoras que han adquirido en el mundo; pero la fama no es siempre justa, porque he ahí un secreto que jamás descubren.

Parece que aquellas cosas que caen dentro de la jurisdicción del entendimiento deben juzgarse por las reglas invariables de la razón, de la ciencia y del arte. Por eso la crítica de los hombres se empeña en demostrar las bellezas o los defectos, las verdades o los errores que contienen las obras del arte y las teorías de la ciencia. Vana tarea, a lo menos para la bella mitad del género humano.

Las mujeres tienen su crítica aparte; crítica personal, imperiosa, sin reglas y sin demostraciones, cuya fórmula es definitiva e indiscutible. Lo mismo juzgan del sabor de un manjar, del color de un vestido o del aire de un lazo, que de las obras maestras del arte y de la ciencia.

¿De qué se trata?... ¿De la piña de América, del adorno de una falda, de la cinta de un sombrero, o de un cuadro, de una estatua o de un libro?... ¿Del cocinero, de la modista, de la planchadora, o de Murillo, de Cervantes, de

Balmes?... Es lo mismo. Ellas hacen, por lo regular con bastante gracia, un gesto de complacencia o de desdén, y dicen resueltamente: *Me gusta, o no me gusta.*

En realidad, no hay nada que replicarles.

Y bien: ¿aciertan?... Justo es confesarlo: aciertan algunas veces; mas no es ese el punto adonde mi observación se dirige.

*Me gusta, o no me gusta.* Tal es la fórmula imperiosa de sus fallos, por lo común inapelables. Admiremos la ingenuidad de esta crítica, que tiene, por lo menos, la ventaja de ahorrar trabajo, estudio, reflexión, y, por decirlo de una vez, conocimiento exacto de lo verdadero y de lo bello. Es, permítaseme la palabra, una crítica sensual, que confiere a las meras sensaciones de los sentidos las nobles aptitudes del entendimiento.

Dejo a los filósofos la averiguación científica de la causa que produce este fenómeno psicológico, que concede, por regla general, a las mujeres la ciencia infusa de una estética bastante caprichosa. Nosotros, algo distantes de esos estudios nebulosos, en que los grandes talentos se abisman y los talentos medianos se pierden, debemos ver la demostración de una verdad sencilla y práctica; a saber: que las mujeres no renuncian nunca al imperio de *su gusto.*

Débiles, sumisas, pacientes, todo lo ponen en nuestras manos: su honra, sus virtudes, sus es-

peranzas, sus felicidades... Y, en cambio, ¿qué se reservan?... Nada, casi nada: la dictadura de sus caprichos.

No obstante, el imperio de *su gusto* no es un despotismo ciego; sobre la dictadura de sus caprichos hay una ley suprema: *la moda*. Se puede decir que la moda es la ley absoluta de la mujer. A ella subordinan sus adornos, sus muebles, sus gestos, sus miradas, sus sonrisas, sus costumbres, sus sentimientos y hasta sus enfermedades, porque ya sabemos que hay también enfermedades de moda.

¿Adónde no irá una mujer si la moda la llama?... También ellas desean sobresalir, distinguirse, singularizarse; pero, ¡oh, crueldad del destino!... *La Moda* las hace a todas iguales. ¡Terrible igualdad! Se parecen entre sí de una manera desastrosa.

Si se pudiera hacer un análisis minucioso del corazón de la mujer, encontraríamos como base el amor, la paciencia y la ternura; pero ¡dichoso el mortal a quien no le haga competencia una falda de encaje, un collar de perlas, un coche o un palacio!

Si conseguís vencer estos obstáculos, que frecuentemente opondrá el mundo a vuestra ansiada felicidad; si encontráis ese ser casi ideal que os sacrifique sus caprichos y sus vanidades, renunciad a ser generosos, a ser valientes, a ser héroes, porque la mujer ama la gloria, pero la aterran sus peligros y no se conforma

con ellos ; lo que me atrevo a llamar la codicia de su amor, quisiera una gloria que cayera por la chimenea.

Sería una injusticia negarles el golpe de vista, no siempre seguro, del sentido práctico.

La mujer es una bella poesía traducida en pura prosa.

Dios sabe adónde puede llevar una mujer el egoísmo de sus vanidades, y, de la misma manera, es insondable el egoísmo de su ternura.

Mas hagamos punto, porque nos esperan, a la vuelta de la hoja, los dos grandes poderes que han tenido siempre revuelto al mundo, y en los que encontrará el lector manos a boca el complemento de estas cuatro pinceladas.



## LA HERMOSURA Y LA RIQUEZA

### I

Tienen los diamantes la opulenta cualidad de atraer y de reflejar la luz, lanzándola a los ojos en continuos relámpagos de vivísimos colores; parece que esta piedra preciosa, súbitamente incendiada por la explosión de un fuego oculto, arroja en todas direcciones llamas fugitivas de resplandores rojos, amarillos, verdes y azulados. La luz se complace, se recrea en coronar con sus rayos las facetas del diamante, como si se sintiera impulsada por una atracción irresistible, y textualmente se deshace al tocarlo.

En este movible y continuo esplendor de luces y colores, y en la pureza, digámoslo así, de sus aguas de fuego, consiste todo el secreto de su mérito. Verdadero secreto, puesto que, reservándose la naturaleza el privilegio exclusivo de fundir los diamantes, es para el hombre un misterio impenetrable el enigma de la claridad y de la dureza de tan raras cristalizaciones.

Como si hubiese querido perpetuar el valor

de las piedras preciosas, nos ha negado la facultad de reproducirlas; no nos permite ni siquiera copiarlas. Y aunque no es obra de nuestras manos, ni producto de nuestra industria, ni invento de nuestro ingenio, con el que habríamos obtenido la admiración pública en las Exposiciones universales, es lo cierto que nos vemos obligados a reconocer los quilates de su valor y la perfección deslumbradora de su espléndida belleza.

La luz del diamante, que centellea a nuestros ojos, se hace dueña de nuestras miradas, dejando escapar de su seno resplandeciente inagotables rayos, en los que relampaguean todos los colores del arco iris.

Nos atrae como el imán al acero, como el vacío al aire, como atrae la muerte a la vida. No es fácil evadirse al imperio de sus atractivos, porque deslumbra, alucina, y, a fuerza de luz, nos ciega. No podríamos explicar fácilmente cómo en un cuerpo tan pequeño se encierran todas las atracciones del abismo.

Los diamantes son las flores de la opulencia, las estrellas que iluminan el cielo del lujo, y nada hay que decir contra la legitimidad de su imperio; cuentan con toda la fuerza del derecho propio, pues sólo a la naturaleza le deben el secreto de su poder, y cuentan al mismo tiempo con la sanción universal, en la que todos les rendimos pleito-homenaje. Mas nada hay tan superficial como su brillo fantástico, nada más frío que el esplendor de sus reflejos,

en los que parece que la misma luz se hiela, y nada habría más duro que el corazón de un diamante, si pudiéramos decir que había en ellos corazón alguno.

## II

Pues bien: en la gran joyería del mundo, ¿no habéis encontrado nunca piedras humanas, en las que la naturaleza y la fortuna se han complacido en reunir el doble atractivo de la belleza y del lujo?

La celebridad de estas preciosas criaturas, ¿no ha despertado nunca vuestra codicia? ¿No habéis sentido alguna vez el deslumbramiento que causa el fausto de sus sonrisas, la opulencia de sus miradas y los resplandores de su riqueza?... ¿No las habéis admirado nunca?... ¡Imposible!

Lo mismo que los diamantes, atraen hacia sí la luz con que brillan, y las miradas que las rodean forman en torno de ellas la aureola fugitiva de su gloria; no es fácil sustraerse al influjo de esas hermosuras victoriosas, y la fama, cortesana de todo brillo, por fugitivo que sea, extiende sus nombres por todas partes, y muchas veces nos vemos obligados a admirarlas sin conocerlas.

De todas las vanidades que tienen cabida en el corazón humano, hay dos que causan grandes estragos en el alma de las mujeres: la va-

nidad de la hermosura y la vanidad de la riqueza.

Allá, en el fondo misterioso del pensamiento, oyen una voz continua y secreta que les dice de continuo: «Sé hermosa», «sé rica». El mundo, como un eco incansable, les repite por todas partes las mismas palabras, y nosotros, rindiendo al amor un culto a la vez mercantil y pagano, sólo damos nuestra admiración a la belleza de Venus y a los tesoros de Creso.

Nada más natural que busquen en la belleza y en el fausto el secreto imperio con que dominan, si no sobre nuestros corazones, a lo menos sobre nuestros sentidos.

En honor de la verdad, sería una exigencia excesiva pretender que renunciásemos a los medios más seguros de seducción. La modestia, la humildad y la pobreza, son sin duda virtudes a las que conservamos todavía cierto respeto; pero la virtud no es lo que más brilla a la luz de nuestro siglo. La arrogancia de la belleza y el brillo del lujo es lo que verdaderamente causa en nuestros ojos la fascinación que produce el diamante.

No podemos negarle a nuestra época su especialidad industrial y su competencia mercantil; mas estos dos elementos de la civilización moderna serían insuficientes para el consumo de nuestras necesidades, si no hubieran alcanzado la prodigiosa facultad de abrir a la especulación de los hombres, los ocultos caminos de las fortunas rápidas, y a la celebridad

de las mujeres la caja encantada de las bellezas súbitas: o, lo que es lo mismo, los secretos del tocador y los secretos del negocio.

### III

Si todavía hay quien vive en la escasez de la pobreza, malgastando sus fuerzas en las angustias del trabajo; si hay todavía mujeres que conservan en sus semblantes las incorrecciones o los descuidos de la naturaleza o los estragos del tiempo, bien puede decirse que es por pura indolencia o por culpable desidia.

La fortuna y la belleza están realmente al alcance de todos. Hay una mina, mejor dicho, una gran bolsa, en la cual todos podemos meter la mano, enriqueciéndonos de la noche a la mañana; hay específicos maravillosos que ofrecen a las bellezas más dudosas, encantos inagotables y el risueño beneficio de una juventud perpetua.

En papel y en cosméticos encuentra la vanidad las vivas satisfacciones de la hermosura y de la riqueza, los encantos de Venus y los tesoros de Creso.

Se dirá que son bellezas de pura perspectiva, fortunas verdaderamente fabulosas, que se desvanecen con la misma facilidad que se fraguan; bellezas y fortunas que, semejantes a los caminos de hierro y a los telégrafos, hay que recomponerlas diariamente. Mas entretan-

to, la fascinación se ejerce, y por el momento, el efecto es el mismo, porque tal es la virtud especial que encierran los secretos del tocador y los secretos del negocio.

Antes que la mujer deje de ser niña, empieza a sentir hacia las lunas de los espejos una inclinación particular, que conserva toda la vida. Donde quiera que encuentre ese pequeño abismo en el cual todo es superficie, allí se clavan sus ojos con incesante empeño, arrastrados por el secreto impulso de un poderoso atractivo. Cualquiera diría que ve en el fondo del cristal mundos desconocidos, panoramas interminables, paisajes sin límites, cuya contemplación absorbe sus miradas; pero ya sabemos que los espejos sólo reflejan la imagen que se les pone delante, y las mujeres no buscan en ellos más que el reflejo de su propia imagen.

En estas citas tácitas que se dan a sí mismas, parece que se examinan, que se espían, que se estudian. Aunque generalmente ignoran la máxima *Nosce te ipsum*, puede presumirse que el espejo es el libro siempre abierto en que aprenden a conocerse. El sabio cuenta sus ideas, el general sus soldados, el banquero sus millones; las mujeres cuentan en el espejo el número de sus encantos, como quien mide la extensión de su talento, de su fuerza y de su fortuna, para imponer a los demás el yugo de su imperio.

Su primer deseo, y acaso el único, es agradecer. ¿Será esto una debilidad?... Sin duda;

mas debe advertirse que en esa debilidad consiste toda su fuerza.

La primera vanidad que sienten es la de hermosura: la belleza, digámoslo, así, su atmósfera.

Una mujer hermosa, o que pretende serlo, es una piedra preciosa que Dios sabe lo que vale, y que nosotros no hemos apreciado bien todavía lo que puede costarnos.

Por grande que sea la pureza de un diamante, permanecería ignorada si la luz no se tomara el trabajo de descubrirla. ¡Cuántas mujeres realmente bellas, viven y mueren desconocidas porque los resplandores del lujo no han llegado a iluminarlas!...

#### IV

De la vanidad de la hermosura pasan naturalmente a la ambición de la riqueza, y cada una, según el convencimiento que tiene de su mérito personal, justiprecia previamente el valor de sus encantos, para tomar la parte correspondiente en la subasta pública del amor legítimo.

Debemos suponer con algún fundamento que casi todas las mujeres sueñan en los primeros años de su juventud con la imagen indecisa de un hombre desconocido, y es también presumible que esta visión ideal, y, si es posible decirlo así, abstracta, ha de aparecer adornada con

las más raras o con las más caprichosas perfecciones.

La imaginación es un lienzo siempre dispuesto a recibir las creaciones de nuestros deseos, y los deseos son excesivamente amables, y tienen la condescendencia habitual de pintarnos siempre las cosas a nuestro gusto. Apolo o Júpiter, Morfeo o Hércules, ello es que ha de ser uno hombre hasta cierto punto extraordinario el héroe de esta primera novela de la vida.

Mas este capricho, esta ambición de los primeros deseos, comienza poco después a cambiar de aspecto: la ilusión pretende tomar contornos positivos, y Apolo o Júpiter, Morfeo o Hércules, van poco a poco convirtiéndose en Oreso.

Si me fuera posible llevar a cabo un análisis minucioso, encontraríamos en el corazón de las mujeres juiciosas de nuestros tiempos la imagen de un hombre, pero de un hombre millonario.

Cada época tiene su tipo: pasaron los tiempos de los héroes, de los genios y de los sabios: el tipo de la Edad Media es el Cid; el tipo de nuestros días es cualquier banquero. De esta adoración tributada al oro por la edad presente no ha podido librarse la índole impresionable de las mujeres, y buscan, en cambio de sus atractivos, los bolsillos más anchos, más hondos y más llenos.

Indudablemente, semejante comercio entre la hermosura y la fortuna no es tal vez una es-



peculación ilícita ; pero en el fondo de estas transacciones puramente mercantiles será difícil encontrar otra cosa que un negocio : una mujer que vende su juventud y su belleza a *perpetuidad*, y un hombre que las compra en *usufructo*.

Si poseéis esa triste filosofía que nos conduce a buscar el móvil oculto de las acciones humanas, encontraréis, en el fondo de todas las historias que la crónica escandalosa divulga, la doble causa de estas dos vanidades : la vanidad de la hermosura, y la vanidad de la riqueza.

## UN BOCETO

Hay una escuela o una secta, o por lo menos una teoría filosófica, que, fundándose en la observación de que las sensaciones no están en los cuerpos que las producen, sino en los órganos que las reciben, ha sacado por consecuencia que nada tiene en el mundo realidad efectiva; que todo está reducido a meras apariencias.

El color es como una superchería de los ojos. La música, una mera adulación de los oídos. Los perfumes, recreos imaginarios del olfato. El sabor, una engañifa de nuestro paladar. Y la aspereza y la suavidad, puras embustorías del tacto.

El dolor que experimentamos al chocar violentamente cualquiera de las partes de nuestro cuerpo con otro cuerpo extraño, es, hasta cierto punto, una quimera; y si apuramos el razonamiento, vendremos a parar en que sentimos el dolor, permítaseme la desvergüenza, porque nos da la real gana de sentirlo.

No se les concede a los cuerpos más cualidad propia que la de la extensión, y todas las

demás circunstancias, digámoslo así, que en ellos advertimos, es puro trampantojo.

En nuestros órganos está exclusivamente el secreto de toda esa fantasmagoría de sensaciones con que los objetos nos engañan, merced a la traidora connivencia de nuestros sentidos.

Sacando estas averiguaciones científicas de las altas regiones especulativas de la filosofía, y trayéndolas a este mundo en que vivimos los simples mortales, podremos advertir la variedad de engaños con que llenamos de atractivos las tristes soledades de la vida, para caminar alegremente por las asperezas de este valle de lágrimas en que hemos nacido.

Se acusa a nuestro siglo de ser ferozmente positivo, horriblemente despreocupado, y como ninguno tenaz en el empeño de extraer y exprimir la substancia real de todas las cosas.

Parece que desdeña las ficciones de la poesía, las ilusiones estéticas del arte, las fantásticas creaciones del ingenio. No es un siglo heroico, ni un siglo pastoril, ni un siglo caballeresco, ni un siglo religioso; es, digámoslo así, un siglo científico, que todo lo analiza, que todo lo descompone, que todo lo explota; es el siglo del tres y dos son cinco.

He dicho que es un siglo científico; y debo advertir que esta calificación sólo le corresponde en el sentido de haber aplicado la ciencia a la industria.

Pues bien: si es así en el fondo, en su aspecto hay algo de teatral, mucho de relumbrón,

bastante de bombo y platillos; si bien se mira, no es oro todo lo que en él reluce, y es bastante más el ruido que las nueces.

Pero no es mi propósito en este instante entristecer el ánimo del lector descubriendo a sus ojos deslumbrados las vanas apariencias de gloria, de prosperidad y de civilización con que se viste nuestro siglo. Estamos, y he aquí la única realidad que en este punto descubro, presenciando una gran comedia, y sería una crueldad desvanecer la ilusión de los espectadores, advirtiéndoles que los personajes que la representan son meros comediantes, pura ficción sus palabras, sus acciones y sus sentimientos, y mentirosa perspectiva el pomposo lujo del aparato escénico.

Mi intento es únicamente advertir que este siglo, tan positivo y tan práctico, es al mismo tiempo soberanamente frívolo y pasmosamente crédulo.

Por un singular contraste de las cosas, el siglo de la razón ha producido generaciones de hombres especialmente entregados a las alucinaciones de los sentidos.

Esto es, a las supercherías de los ojos, a las adulaciones de los oídos, a los recreos imaginarios del olfato, a las engañosas del paladar y a las embusterías del tacto; en una palabra: a todas las mentirosas apariencias de la sensualidad.

Ahora bien: yo hago un razonamiento desconsolador, y digo:

Si las delicias que gozamos son falsas, nuestra felicidad no puede ser verdadera.

No obstante, parecemos dichosos, porque hemos refinado y multiplicado los placeres, y los placeres son las apariencias de nuestra dicha.

Parecemos dichosos, y hemos llegado a creer que lo somos, porque al fin, sea como quiera, nuestra ambición es bastante razonable; se contenta con las apariencias.

Acaso—perdonad este arranque de sensible—acaso, digo, no hay más felicidad positiva en la tierra que aquella dulce satisfacción que nos proporciona los tiernos sentimientos; mas ¿quién cree ya en semejante cosa?

Es indudable que la dicha no está vinculada en la riqueza; no consiste en la refinada comodidad de los muebles que nos rodean, ni en lo exquisito de los platos que se sirven en nuestra mesa, ni en el delicioso *confort* de nuestra casa: la envidia y la codicia se equivocan grandemente si por estas apariencias de dicha creen que la felicidad ha de andar en coche.

Todo eso será un placer o muchos placeres; mas lo triste del caso es que ya no nos es posible prescindir de ellos: despojádnos por un momento de esas apariencias de dicha que poseemos o que ambicionamos, y no sabremos vivir, no encontraremos en nuestro corazón la deliciosa compañía de los bellos sentimientos, y

huiremos atribulados de sus espantosas soledades.

Y no hablo con los que, dejándose arrastrar por el torbellino del mundo, se agitan incesantemente movidos por la imperiosa inquietud de las disipaciones; ellos saben perfectamente que necesitan aturdirse para no desesperarse: me dirijo más bien a esos corazones en los que parece que la Providencia ha grabado más fuertemente el sello de los sentimientos delicados.

No es objeto de mi observación la sociedad loca y corrompida, sino la familia juiciosa y honrada; no voy a buscar el poder de las engañosas apariencias en la escena tumultuosa del mundo ni en el vértigo ciego de los brillantes placeres, sino en el rincón apartado del hogar doméstico, pacífico y modesto.

Los personajes que distingo en la tranquila obscuridad de esta vida íntima son dos: una madre y una hija; dos corazones unidos por el doble vínculo de la naturaleza y del amor.

Una madre y una hija, es decir, dos capítulos de una misma historia, una vida que se empalma a otra vida, la vida que acaba y la vida que empieza; la juventud, que retoña a la sombra de la ancianidad; todas las esperanzas del mundo, que florecen al lado mismo de todos los desengaños; la mañana que amanece y la tarde que cae.

La felicidad llama a la puerta de esta casa, bajo el aspecto de un joven que lleva en su pen-

samiento la imagen bella o graciosa de la hija.

Muy bien: es un vecino que tiene la cabeza llena de ilusiones y el corazón lleno de ternura. Se ha empeñado en que la felicidad está allí, a dos pasos, junto a él, pared por medio, y que sólo con tender la mano puede cogerla.

Y no se crea que es una felicidad pasajera, fugitiva, dudosa, no; lo sabe perfectamente, le consta, la siente en todo su ser: es una felicidad cierta, segura, permanente... ¡Friolera! Es nada menos que la felicidad de toda su vida.

Porque es el caso que los ojos azules de la vecina han despertado en su alma el más vivo sentimiento, y, quieras que no quieras, aquella mirada azul como un día que amanece, es el anuncio misterioso del cielo que le espera.

La vecina, por lo visto, está en el secreto; eye llamar, y baja los ojos, y sus mejillas se cubren con toda la púrpura de las rosas de Mayo.

La madre pregunta:

—¿Quién llama?

La hija pronuncia un nombre...: Juan, Miguel, Antonio, Francisco...; un nombre cualquiera, con tal que sea el nombre del vecino.

—¿Qué quiere?

—Quiere mi corazón.

—¿Y qué trae?

—Trae el suyo.

La madre parece pensativa; medita profundamente, porque sus palabras van a decidir de la felicidad de su hija.

Es verdad que es un joven sano, robusto, que

trabaja, que interesa, que es digno de ser querido; es ciertamente una esperanza de felicidad; pero, ¡quién sabe!, la vida es cara y los tiempos son malos... El amor es, sin duda alguna, risueño; pero ¡la pobreza es tan triste!... Sí; su corazón es hermoso...; mas... ¡su fortuna es tan escasa!...

—Hija mía (dice la madre): yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primer joven que pasa por la calle... Tienes aún pocos años; dicen que eres hermosa, y todavía puedes esperar... No te abandones a los impulsos de tu corazón. Estás acostumbrada al regalo y a las comodidades, y te costaría muchas lágrimas perderlos. No te fíes de las vanas apariencias con que sonríe a tus deseos la perspectiva de una dicha tan dudosa.

Son tan juiciosas estas reflexiones, que la hija no tiene nada que replicar a ellas, y, bajando la cabeza, suspira y espera, exclamando interiormente:

—¡Oh! ¡Si le cayera la lotería!...

Vive allí cerca un hombre, que estará al cumplir los sesenta años. Hasta entonces ha sido un ser obscuro, indiferente, insignificante; pero empiezan a brillar sus ignoradas cualidades a la luz repentina de una herencia inesperada.

¡Oh, qué felicidad! Es rico.

Su casa es magnífica... ¡Qué habitaciones!



¡Qué muebles!... En su mesa se sirven los platos más exquisitos... ¡Tiene coche!... Las madres se hacen lenguas, las hijas todas son ojos.

Todos dicen:

«Ese hombre puede hacer feliz a cualquiera mujer.»

Y debe ser cierto, porque todas las bocas le sonríen, como si él fuera la felicidad misma.

A la madre se le ha ocurrido también esta misma idea. Casa espléndida, muebles lujosos, mesa exquisita, ¡coche! ¿Acaso no es esa la felicidad? Vamos a ver: ¿hay otra?

Pues bien: la felicidad llama a la puerta de esta casa, bajo el aspecto de un pobre viejo que lleva en el fondo de su bolsillo una fortuna.

La madre pregunta:

—¿Quién llama?

La hija contesta:

—El vecino.

—¿Cuál?

—El rico.

—¿Qué quiere?

—Quiere mi mano.

La madre parece pensativa; medita profundamente, porque sus palabras van a decidir de la felicidad de su hija.

Es verdad que es un hombre viejo..., y, ¡es claro!, achacoso; es verdad que no posee los encantos de la juventud, y que no puede inspirar una pasión tierna. Ciertamente, no es a propósito para ser el héroe de una novela amorosa; pero ¡ah!...; la vida es cara y los tiem

pos son malos: el amor es, sin duda alguna, muy risueño; pero ¡la pobreza es tan triste!...

—Hija mía (dice la madre): yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primero que pasa por la calle. Ya tienes edad para pensar juiciosamente; dicen que eres hermosa, y bien mereces la fortuna que viene a buscarte. Estás acostumbrada al regalo y a las comodidades, y te costaría muchas lágrimas perderlas... No te fíes de las vanas apariencias con que sonríe a tus deseos la perspectiva de una felicidad dudosa, y piensa que se te ofrecen las realidades de una dicha segura.

Tan razonables reflexiones no tienen réplica en el mundo, y la hija no encuentra nada que oponer a ellas. Baja la cabeza, suspira, y exclama interiormente:

—¡Oh! ¡Si fuera el otro!

De esta manera, las apariencias engañan hasta los corazones de las madres.

Porque es preciso fijar bien el punto de esta cuestión.

La felicidad humana, ¿se encierra verdaderamente en las suntuosas paredes de una casa espléndida, en las refinadas comodidades de un mueblaje lujoso y en la indolente delicia que nos proporciona la flexible cadencia del coche en que arrastramos nuestras vanidades?

Francamente: la felicidad, ¿está en los ojos, en los oídos, en el olfato, en el paladar y en el

tacto, esto es, en las groseras satisfacciones de los sentidos, o tiene su noble asiento en el fondo del alma?

¿Es verdad que, como Esaú, hemos vendido la primogenitura de nuestro excelso origen por un miserable plato de lentejas?

Hará muy bien el lector en reirse del énfasis de esas interrogaciones. Yo también me río de ellas. Porque preciso es que nos desengañemos: el corazón no ha sabido nunca más que darnos sentimientos, mientras los sentidos nos llenan la vida de placeres.

Dicen los espíritus austeros, y han llegado a creerlo las conciencias piadosas, que el alma humana encuentra la felicidad verdadera en los sufrimientos y en las penalidades; y para demostrarlo sacan a relucir la grandeza de los héroes, la paz de los Santos y la gloria de los mártires; pero he aquí que nuestra generación no abunda en héroes, ni en Santos, ni en mártires.

Nuestras *bienaventuranzas* son más sencillas: están reducidas a esta única frase:

«Beato el que posee.»

Un hombre de Estado, célebre, hallándose en el poder, fué advertido de que uno de sus amigos políticos se disponía a impugnar una ley importante que iba a discutirse.

—¡ Oh ! (exclamó). ¿Qué quiere ese hombre? Es director general, tiene dos grandes cruces, disfruta cincuenta mil reales de sueldo, se le

da casa, se le da coche... : ¿por qué, pues, está descontento?...

Y tenía razón. ¿Qué apariencia faltaba a su felicidad?

¿Qué placer faltaba a su dicha?

Podremos vivir inquietos, agitados; podremos ser infelices en el fondo de nuestra conciencia; pero es una inquietud caprichosa, una agitación absurda, una infelicidad insensata, porque nos rodean todas las apariencias de la dicha. ¿Qué placer falta a la fantástica satisfacción de nuestros sentidos?

Las apariencias son muchas veces la falsificación de las cosas.

¿No sabéis que las lágrimas son con frecuencia la expresión inefable de un gozo inmenso?

Pero ¡ah! ¡Los placeres! He ahí las brillantes apariencias de nuestras voluptuosas desdichas.

## EL NUMERO

### I

La aritmética, esa ciencia positiva que todo lo reduce a número, es, entre las ciencias, la que ejerce mayor influencia en el curso bastante agitado de la edad moderna.

Cuando se inventó el número, preciso es confesar que se inventó una gran cosa, porque dentro de él se hallaba oculto el secreto de todas las soluciones.

Es decir, que en la razón numérica, según las últimas indagaciones, está necesariamente la razón suprema.

Cualquiera que sea la admiración que nos tributemos, nos es preciso reconocer que, al fin y al cabo, existía oculta en las profundidades del guarismo una solución universal, que nosotros, es verdad, permítasenos esta satisfacción legítima, hemos encontrado.

Al proclamar la soberanía de la razón humana, hemos proclamado pura y simplemente la soberanía absoluta del número, sin presumirlo; hemos traducido a Tácito sin entenderlo.

Los números se dibujan misteriosamente a la

vista de los hombres, como jeroglíficos a medio descifrar, y la cantidad saltaba impaciente a los ojos de todos, y nadie la veía en toda la extensión de sus aplicaciones.

En honor de la verdad, la guerra, más atrevida, más resuelta que la política, vió antes que ésta el valor irresistible del número, y los conquistadores convencieron al mundo de su derecho por los incontestables argumentos de los ejércitos.

Ciertamente: pero en realidad el descubrimiento poderoso de los ejércitos no fué, en substancia, más que el hallazgo feliz del diamante en bruto, porque todavía el número mayor solía ser vencido por números menores.

Aún no había llegado el momento en que la emancipación completa de la cantidad impusiera su imperio definitivo a los hombres, y entonces todavía el talento militar, la sabiduría estratégica, el genio de la guerra, y aun la loca fortuna, conservaban el poder de decidir muchas veces, ya en favor de unos o de otros, los sangrientos litigios de los pueblos.

La victoria, sin saber a qué carta quedarse, fluctuaba entre el número y el talento, entre la cantidad y el genio, entre el valor y la suma; y el triunfo, huyendo muchas veces de la superioridad del número, era alcanzado por la inferioridad de la fuerza.

A la sombra de estas vacilaciones de la victoria, la suma brutal de las fuerzas materiales se veía con frecuencia vencida por el heroísmo

o por la astucia. La pericia militar se sobreponía al número, y llegaba a ser hasta una ciencia el terrible arte de la guerra.

Era una lucha empeñada entre la inteligencia y la cantidad, entre el genio y la fuerza: de una parte, los formidables ejércitos de Jerjes; de otra, Temístocles; es decir: por un lado, el ímpetu de muchos hombres reunidos; por otro, el genio de uno solo. El éxito, menos instruído en el valor trascendental del número, desconociendo aún el poder moral oculto en las tenebrosas entrañas del guarismo, se dejaba llevar con frecuencia por las concepciones atrevidas del talento, y concedía la victoria alternativamente a la fuerza y a la inteligencia.

Entonces resonaba por el mundo el nombre de los grandes capitanes, porque la fuerza bruta no era todavía la expresión completa, la fórmula definitiva de la razón humana.

Faltábale, pues, al número alguna cualidad, algún requisito, que era preciso darle o descubrirle, para llegar al caso práctico en que, de un modo o de otro, la razón numérica no se viera nunca ni subyugada ni vencida.

Tan portentoso descubrimiento nos estaba reservado a los que hemos venido al mundo en los tiempos que corren, y a nuestra civilización corresponde la gloria de este triunfo de la razón soberana.

Ella es, en verdad, la que ha dicho con satisfacción suficiencia: «Diez son más que cinco, veinte más que diez, ciento más que cincuenta».

## II

En esta fórmula aritmética hallamos la solución continua de todas las cuestiones que pueda suscitar la inquietud incansable del espíritu humano.

No deja de ser curioso que en una época tan esencialmente habladora, o, como si dejéramos, parlamentaria, sea la palabra la que todo lo revuelva, y el número quien todo lo decida.

Hay algo de caprichoso o de fatal en el extraño caso en que, después de haber conquistado el libre imperio de la palabra, la hayamos condenado a ser esclava del número.

Al apropiarnos la facultad de examinarlo todo, parece como que se nos ha impuesto el castigo de que no acertemos a resolver nada.

Es cierto que hemos emancipado nuestro pensamiento del yugo de toda autoridad. Muy bien; pero es el caso que a la vez hemos sometido la independencia de nuestra razón al ciego arbitraje de las cantidades.

Podría presumirse que, incapacitada la razón, libre de sujetarse a verdad alguna, desesperada de su propia impotencia, apela a las decisiones de los números para encontrar algo a qué atenerse.

Es decir, que la verdad que buscamos, no pudiendo encontrarla en las luminosas regiones de nuestra razón soberana, acudimos a sacarla



de las obscuras profundidades de una urna, por medio del ingenioso mecanismo de las votaciones.

¡ Singular oráculo es el que nos ha traído el triunfante paganismo de la razón! No hay sabiduría, no hay virtud, no hay autoridad, no hay ciencia a la que concedamos el privilegio de la infalibilidad. Pero, ¡ ah!, cualquiera mayoría es infalible.

Hasta hace poco se había creído que los sabios, los justos, los hombres superiores, eran *los menos*. Error..., error imperdonable; porque he aquí que al romper las bárbaras cadenas de las antiguas tiranías, *los más* somos infalibles.

¡ *Mayoría!* Y bien: ¿ qué es mayoría?

En todo rigor numérico, empieza a ser en la mitad más uno; donde quiera que haya uno más, allí hay mayoría.

O de otra manera:

La suma de muchas ignorancias, el conjunto mayor de las más pequeñas pasiones, la gran cantidad de todas las vanidades, reunión más o menos monstruosa de preocupaciones y de intereses. Toda esa multitud que veis invadir las antesalas de los poderosos; la que veis formar la comitiva de todos los éxitos; la que se esconde en los días del peligro; la que da la cicuta a Sócrates; la que destierra a Arístides; la que crucifica a Cristo.

Ella es la que llena el Circo romano; la que presta su voz en las grandes agitaciones para

gritar «¡ Muera! » ; la que une su voz a los partidarios que triunfan, para decir «¡ Viva! ».

Especie de girasol, que, dando vueltas sobre sí misma, vuelve majestuosamente la espalda al sol que se pone, para presentar la faz risueña al sol que sale.

Está en todas partes ; su fisonomía movible tiene siempre a la mano la expresión del momento. Si el tirano decreta la alegría, se alegra ; si ordena la tristeza, llora ; si pide entusiasmo, aplaude ; si impone silencio, enmudece.

La mayoría es, en fin, la razón suprema, definitiva e irresponsable, porque el número se ha levantado inexorablemente sobre las pretensiones de la sabiduría, sobre las austeridades de la virtud, sobre los rigores de la autoridad y sobre las tiranías de la ciencia.

Decir mayoría es decir vulgo, y vulgo es esa colección interminable de cerros que se coloca victoriosamente a la derecha de toda unidad triunfante.

La justicia, la moral, la verdad, y hasta la naturaleza, han caído bajo el nivel augusto del sufragio universal ; y, sea como quiera, ese es el fundamento sobre el que fluctúa el pasmoso edificio de la sociedad moderna.

### III

El número, pues, saliendo de la humilde condición en que vivía, se ha erigido en árbitro, en

juez, en legislador supremo de los hombres. Esto es: lo hemos elevado a su última potencia.

Ya el dinero, calculador de suyo, había previsto la posibilidad de este reinado aritmético, y anticipándose a la exaltación universal de las cantidades, aunque no fuera más que por ganar tiempo, se vistió, digámoslo así, la librea de la futura majestad, llamándose *numerario*.

Prensintió su futuro poder, adivinando que había de llegar un día en que la cantidad, sobreponiéndose al influjo de la inteligencia, subordinara la razón a su imperio, y decidiera como tribunal supremo todas las cuestiones del género humano.

La fuerza es una cantidad; una mayoría es una cantidad; la riqueza toda es cuestión de cantidades.

Cien mil soldados, quinientos votos, cien millones de pesos. ¿Quién se atreverá a tener razón ante esas tres potencias del número?

Un ejército que vence, es una cantidad que arrolla; una mayoría que triunfa, es una cantidad que se impone; las riquezas que avasallan, no son más que cantidades que deslumbran, que seducen, que sobornan.

Y, ¡oh, dignidad de la especie humana!, sólo se exige a la cantidad la circunstancia de que sea respetable.

¿Por qué no hemos de reconocerlo? La cantidad se ha apoderado de todos los secretos de la vida, y hay que contar con ella como contamos con la circulación de la sangre. Sin ejércitos

no pueden vivir las naciones; sin mayoría no pueden vivir los gobiernos; sin dinero no vive nadie. La fuerza bruta nos sale al paso por todas partes, y hay que humillarse, reconocerla y vitorearla.

Y, convengamos en ello: era preciso regularizar, someter a una pauta rigurosa las veleidades de la razón libre; era necesario dar al impaciente desasosiego del pensamiento humano una regla a la vez permanente y variable; vaciar, por decirlo así, la inteligencia en un molde que, siendo siempre el mismo, fuera en cada ocasión distinto; una ley fija y al mismo tiempo movable.

La ley estaba hecha, y no podía ser otra que la ley de la cantidad, inflexible sí, pero inconstante.

Realmente la gran apoteosis del número sólo podía hacerse en un siglo positivo.

¿Acaso es otro el secreto de la naturaleza? La uniforme actividad del universo no es, en suma, más que cuestión de cantidades. La acción de las atracciones: he ahí el imperio de las grandes masas.

Y bien. Esta ley de la materia, ¿no debía lógicamente ser la ley del género humano en un siglo materialista?...

#### IV

De la misma manera, el número, rompiendo los límites de la vida pública, ha invadido los

apartados recintos de la vida privada, penetrando hasta en el último rincón de la casa.

Cada uno lleva siempre presente en su pensamiento un número, que viene a ser la cifra de los temores que le asaltan, de los recuerdos que le alegran o le entristecen, de las esperanzas que le animan.

La vida misma no es más que la doble operación aritmética de sumar y restar: empezamos reuniendo en una cantidad el valor de los innumerables deseos que van brotando en el curso de nuestros primeros años. Después, debajo de esa suma, se va formando uno a uno la inexorable cifra de los desengaños, y entonces empieza la terrible resta.

Marta es una preciosa niña que va a cumplir doce abriles; y es tan inocente, que daría seis por tener quince.

Margarita es una hermosa mujer que ha cumplido ya treinta octubres; y es tan generosa, que los daría todos por no pasar de veinte.

Nos parecen innumerables las arenas del mar y las estrellas del cielo; pues bien: todavía es más insondable el guarismo de lo pasado y el número de lo futuro.

Lo porvenir...: ¡qué cantidad de esperanzas!...

Lo pasado...: ¡qué suma de desengaños!...  
¿No es esta la cuenta de la vida?...

Hay números alegres: aquellos, por ejemplo, que antes del sorteo campean en el billete de la lotería que hemos adquirido.

En él se encierra una fortuna nunca probable, pero siempre posible: es una esperanza.

Después del sorteo, ese mismo número es muy triste, si no ha tenido bastante virtud para ser premiado.

En la historia del amor, todas son fechas, es decir, todo en él son números: el tres, el nueve, el quince, el veinticinco, el treinta; esto es: aquel día, el día siguiente, al otro día...; en una palabra: todos los días.

Todavía hay quien tiene en su corazón un lugar reservado para los tiernos afectos... ¿De qué se trata? ¿De una mujer?... Vivía en una ciudad o en otra, en esta calle o en aquélla..., número dos, siete, doce...

¡Ha muerto!... Es lo mismo, porque también en el cementerio su nicho está numerado. Su número es el ciento, el quinientos, el mil.

Número es esa cantidad mayor o menor que se lleva de continuo en la memoria y se estampa en ella, como en un libro de caja la cantidad que se debe, la cantidad que se tiene, la cantidad que se espera...

#### V

Y en medio de esa diversidad de cantidades que saltan a nuestros ojos, dando forma y esencia a todas las cosas, y que simultáneamente se disputan el dominio de nuestra razón y de nuestra voluntad, de nuestros sentimientos y de

nuestros deseos, la unidad, escondida en el fondo de esas colecciones aritméticas, absorta como las estatuas de los dioses olímpicos en su propia contemplación, ejerce más que nunca en el corazón del hombre la influencia de su imperio.

El número *uno* es en realidad el gran número; es la expresión de la individualidad egoísta; es el centro de esa atracción exclusiva con que pretendemos apropiarnos todos los beneficios de la vida, como si cada uno de nosotros fuera el solo usufructuario de la tierra.

¡Es el *yo*, el *yo* imperioso, el *yo* soberbio, el *yo* satánico!

El número *uno* es el gran número, del cual quisiéramos todos hacer el número único.

## DON HERMOGENES

Es de suponer que Moratín, en su comedia *El Café*, tratara de dejarnos un retrato fiel del pedante de su tiempo, y en tal caso el insigne *Don Hermógenes*, de todos conocido, que habla en griego para mayor claridad, debe ser la *vera efigies* del pedante propio, característico, de principios del siglo presente.

Este célebre personaje de Moratín es un pedante cómico, insubstancial, sin trascendencia y sin importancia; un retrato cuyo original buscaríamos inútilmente ahora; personaje obscuro, desconocido, sin celebridad y sin importancia, reducido a los aplausos de la familia o a la admiración de cuatro amigos que se hacen cruces de tanta ciencia; pero *Don Hermógenes* ha cambiado mucho de fisonomía, y se ha multiplicado maravillosamente, tanto, que no nos será difícil tropezar con un pedante al volver de cada esquina.

Si el mismo *Don Hermógenes*, que Moratín pinta con tan hábil dibujo, resucitara en nuestro tiempo, no necesitaría ahora que la diestra mano del émulo de Molière lo sacara de la obs-



curidad de su vida; porque su propia pedantería, adoptando la forma estrepitosa que hoy está generalmente admitida, haría de sí propio un personaje ruidoso, importante, trascendental, y aun gigantesco.

Quiere decir que aquel mismo *Don Hermógenes* sería hoy un... ¡Cuántos nombres acuden a mi memoria!... Pero, en fin, sería, una de esas multiplicadas celebridades, cuyos nombres repite el vulgo, asediado por las alabanzas de los periódicos, ecos, por lo común, de todas las vanidades, de todas las ambiciones, y, dicho sea al paso, de todas las nulidades.

Tendríamos, pues en *Don Hermógenes* un hombre de Estado... un filósofo..., un sabio, ni más ni menos.

Semejante engrandecimiento de la especie que tenemos a la vista, es muy natural en estos días, en que adquieren tan pasmoso y rápido volumen todas las hinchazones.

El resuelve todas las dificultades, explica todos los fenómenos, adivina todos los sucesos. Nada le sorprende, nada le admira, porque todo lo tiene siempre previsto. Semejante a las campanas, suena porque está hueco; pero suena.

Los tres rasgos fisonómicos de nuestra época son el vapor, la electricidad y el crédito; esto es, los caminos de hierro, los telégrafos y la Deuda pública. Y, digámoslo aquí en secreto: tres maneras sencillas y abreviadas de estrellarse, de engañarse y de arruinarse, salvas,

por supuesto, todas las ventajas que nos proporcionan.

Fuera de las frecuentes catástrofes que hacen tan interesante la rápida historia de los caminos de hierro; fuera de las continuas mentiras y de los repetidos engaños a que tan fácilmente se prestan las comunicaciones del telégrafo; fuera de las diversas bancarrotas que un día y otro nos advierten que no es oro todo lo que reluce, el vapor, la electricidad y el crédito son tres invenciones maravillosas, dignas de nuestra admiración y de nuestro orgullo.

Eso sí: desde el momento en que el empleado de la estación cierra la puerta del coche en que nos hemos metido, y la máquina silba con acento desgarrador, y el tren parte produciendo el estrépito de un trueno subterráneo, el viajero pierde todas las condiciones de la naturaleza humana, y se convierte en simple mercancía.

La fuerza bruta que nos arrastra no acierta a distinguir entre un fardo y una persona; para ella es lo mismo un bulto humano que un bulto de equipaje; el impulso es demasiado brutal para que pueda detenerse en tan nimias diferencias.

Una vez dentro, no hay más que dejarse morir o dejarse matar, seguros de que, muertos o vivos, llegaremos a la estación inmediata, si antes no hay un incendio, un descarrilamiento o un choque, únicas contingencias que pueden comprometer el éxito del viaje.

Es verdad asimismo que el telégrafo nos puede herir con la repentina puñalada de una noticia terrible, y además falsa y siempre anónima; no hay para qué ocultar que los movimientos de la Bolsa, donde el género humano se juega lo que tiene y lo que no tiene, dependen de los hilos del telégrafo, bastante frágiles y no siempre veraces; convengamos, en fin, en que la verdad, lo mismo que la mentira, pueden correr con igual velocidad por esos alambres comunicativos, porque la chispa eléctrica que los hace hablar es también una fuerza bruta que no sabe distinguir lo verdadero de lo falso.

En cuanto al crédito... ¡Ojalá pudiéramos negar la inmensidad de la deuda que pesa sobre los frágiles cimientos de nuestras fastuosas prosperidades!

Mas en cambio de estos pequeños inconvenientes, de estas ligeras dificultades..., ¿quién se resignaría ya a eternizarse en el camino, confiando la urgencia del viaje al cansado trote de cuatro caballos y a las pesadas ruedas de una diligencia?... ¿Quién renunciaría ya al impaciente placer de adquirir noticias continuas de los sucesos que diariamente surgen por toda la redondez de la tierra, casi en el momento mismo en que están sucediendo?... ¿Y quién podría ya acostumbrarse a vivir con el afán del trabajo y la penuria de la pobreza, pudiendo, bien de un modo o de otro, adelantarse la holganza, las comodidades y el lujo de la riqueza antes de haberla adquirido?...

Claro está que un *rail* del camino de hierro le levanta cualquiera, que los hilos del telégrafo se cortan fácilmente, y que las riquezas que el crédito improvisa suelen las bancarrotas disiparlas. Pero entretanto el vapor dice: «Anda»; la electricidad dice: «Oye y habla», y el crédito dice: «Gasta y triunfa»; y a todos, en revuelta muchedumbre, nos falta tiempo para correr, para oír y para hablar, para deshacer las prosperidades presentes, o para derrochar las riquezas futuras.

Tal es la urgente precipitación en que vivimos. Pues bien: estos tres elementos constitutivos de la vida moderna, estas tres formas abreviadas del tiempo y del espacio, se han aplicado también al movimiento de la inteligencia.

En los tiempos en que se vivía más despacio, un sabio tardaba mucho tiempo en hacerse; y como no todos poseían la aptitud necesaria para hacerse sabios, los sabios en el mundo eran entonces muy contados.

Ahora se aprende al vapor; se sabe, digámoslo así, a la electricidad, y se llega a una suficiencia completa, tomando, prestadas de cuatro libros mal leídos, cuatro frases de relumbrón, que, dichas o escritas con cierto énfasis, producen un grande efecto de perspectiva.

El *Don Hermógenes* que se ofrece a nuestra curiosa observación es un sabio..., un filósofo,

un genio precoz, cuya aprovechada inteligencia, no pudiendo sujetarse al fastidioso estudio de los conocimientos elementales, ha pasado con mucho trabajo por las aulas de la enseñanza preparatoria que se recibe en los Institutos, y han sido necesarias algunas recomendaciones para que no se quede estancado en los estudios mayores que se dan en las Universidades, porque, al fin, no siempre en esos centros del saber humano se hace justicia al *genio*.

Es posible, y no deja de ser frecuente, que el joven filósofo no haya visitado Instituto ni Universidad alguna, y que no pase su *ilustración* de saber leer con algún sentido y escribir con mediana ortografía; pero ha caído en sus manos alguna deplorable traducción de la *jerga filosófica* más reciente, y frecuenta la mesa de un café, en la cual se exponen y se comentan *ex cathedra* todas las noches, por espacio de algunas horas, las insulsas *hipótesis* del filosofismo moderno, con lo cual no necesita más para declararse doctor en filosofía.

¿De qué se trata? ¿De Dios? ¡Bah! No hay tal cosa. Si acaso, puede admitirse la existencia de un *éter* sutilísimo como causa originaria del universo, y, en último resultado, no hay inconveniente en que se reconozca una inteligencia casual, especie de espíritu animador de la naturaleza, contenido en toda ella.

No es intolerante, y respeta las opiniones de los *deistas*, porque al fin es posible, a lo menos en la *ciencia*, la abstracción de un ser anterior

al universo; ser ocioso, indiferente, que, después de haber trazado los rasgos fundamentales de la creación por puro pasatiempo, se ha dormido profundamente, huyendo del fastidio de su propia eternidad.

¿De qué se trata?... ¿Del hombre?... ¡Oh! El hombre es la última producción de la materia, un organismo de cuya combinación involuntaria resulta el fenómeno de la voluntad, del pensamiento, de la inteligencia; composición química, cuyos elementos, al ponerse en contacto entre sí, se inflaman, produciendo la luz de la razón. Lo que el vulgo ignorante llama alma, no es una substancia independiente y distinta de la materia, sino... un resultado de la materia misma.

¿De qué se trata?... ¿Del orden moral?... Preocupación..., manía... No hay bien ni mal absolutos: el mal y el bien sólo existen en el orden de las apreciaciones relativas... La ley que llamamos moral es una ley variable, de pura conveniencia, una ley de circunstancia, porque *el libre albedrío es una hipótesis metafísica que nunca se ha demostrado.*

Este desorden de conocimientos constituye toda la erudición, toda la ciencia del pedante auténtico de nuestros días. Viene a ser la suma de todas las incredulidades que el desparpajo científico de la impiedad hace circular como moneda corriente. Niega la autoridad, niega la fe, niega la historia, se niega a sí mismo;

es el tramposo, digámoslo así, de la ciencia, puesto que niega todo lo que debe creer; especie de trapero de la inteligencia, rebusca en los mayores extravíos filosóficos las novedades más estupendas, y sólo recoge los desechos.

Ignoro qué género de conocimientos sean indispensables para no creer en nada, pues para no ver, jamás se ha necesitado luz ninguna.

De todas maneras, él está siempre en el secreto de las cosas; todo lo ve, todo lo sabe, todo lo explica. Hay algo en él de esa ciencia infusa que los magnetizadores pretenden infundir en sus *mediums*; de esa doble vista que se abre paso al través de las mayores distancias, de esa luz maravillosa con que el somnábulo distingue lo que jamás ha visto, lo que no ve, y lo que no verá nunca.

Este *Don Hermógenes* de la nueva especie no se contenta con exponer su *doctrina* en las controversias semipúblicas de los cafés y de los casinos y en las conversaciones particulares de las tertulias, sino que además perora en los clubs, charla en las asambleas políticas, brinda en los festines, declama en los entierros, y echa también su cuarto a espadas en las cátedras de los Ateneos y de las Academias. Siempre habla *ex cathedra*.

Llama a las diferentes edades en que se divide la vida del hombre, evoluciones del *yo* en el tiempo y en el espacio; a Dios, pura abstracción; al hombre, animal adorador. Posee to-

dos los lugares comunes de la fraseología científica ; su voz es la que más se oye, su discurso el que más dura. Es imposible detenerlo en ningún punto de la cuestión, porque su razón, demasiado libre, se revela contra todo yugo. Se me jante a un pájaro suelto, se escapa por todas partes. Es una degeneración del hombre en papagayo. Una voz que suena, una palabra que se pronuncia ; todo, menos razón, menos discernimiento, menos inteligencia.

Puede ser buen hijo, buen padre, buen amigo, y hasta buen ciudadano ; pero siempre pedante. Es fácil conocerlo ; pero muy difícil distinguirlo. Es fácil conocerlo por el estilo, puesto que su vocabulario se halla provisto de todas las frases, digámoslo así, técnicas, con que las filosofías que hoy andan por el mundo velan sus misteriosos conceptos a las miradas de los simples mortales ; su sintaxis no es menos independiente que la de cualquiera de esos ideólogos que traen revuelto el cotarro de la filosofía. En una palabra : se le conoce fácilmente, ni más ni menos que porque no habla en cristiano. Es muy difícil distinguirlo, porque toda esa fraseología, si puedo decirlo así, sabia, ha inficionado de tal manera la naturalidad del lenguaje, que ya casi ha tomado en él carta de naturaleza, llegando a ser del dominio común.

Si ; la cosa se ha extendido de tal modo, que hasta el vulgo habla en *gringo*, y resultan pe-



dantes hasta los mismos que no han nacido para serlo.

*Don Hermógenes* es un ejemplar, un individuo, la muestra de la pedantería de todos los tiempos pero aquí no tratamos de un tipo, sino de una especie, porque la pedantería, saliendo de los estrechos límites de aquella erudición grotesca que representa *Don Hermógenes*, se ha engrandecido haciéndose sabia, llevando el atropello de todos los conocimientos divinos y humanos al terreno de la ciencia.

La pedantería es ya una costumbre en la manera de ser de los sabios y de los ignorantes; el énfasis científico viene a constituir como un estado del ánimo; lo diré de una vez: todos padecemos la idiosincracia de la ciencia.

No es absolutamente preciso que sea joven para ser pedante, pues la locura de la sabiduría en la edad presente alcanza a todas las edades, y ya sabemos que la generalidad de los entendimientos poseen la cualidad de conservarse en verdor perpetuo; es decir, que nunca maduran.

La manía de saberlo todo ha hecho siempre más pedantes que sabios, más necios que impíos, más tontos que malvados; y he aquí por qué las dos terceras partes del género humano que se agitan en el hervidero de las grandes poblaciones, pertenecen a la familia de *Don Hermógenes*.

Prescindiendo de la diversidad de sectas fi-

losóficas que nacen del racionalismo, los pedantes del día se dividen en varias especies, según el estilo peculiar de cada uno, y todos ellos, volterianos unos, prudhonianos otros, hegelianos, positivistas, desembocan en la ilimitada esfera de la política, dotando a los pueblos que han perdido el juicio, de series no interrumpidas de reformadores.

El más juicioso de cuantos lean estas páginas puede convencerse por sí mismo de la avasalladora extensión que ha adquirido en estos tiempos la pedantería. Ponga la mano sobre su corazón, y diga ingenuamente si no tiene más o menos oculto, allá en las obscuridades de su entendimiento, algún plan de gobierno, las bases, por lo menos, de alguna *constitucioncilla* que, asegurando las conquistas de la libertad, afirma la prosperidad y el orden. ¿No siente latir en algún rincón de su inteligencia algo informe que se parezca poco más o menos a los primeros impulsos de un nuevo sistema político?

La pedantería está en el aire que se respira, pero principalmente la pedantería filosófica y política. *Don Hermógenes*, conservando su propia esencia, pero vaciado en el molde del pedante moderno, sería... ¡Bah! Otra vez me asalta la tentación de los nombres propios; mas sería tarea interminable, y además ociosa; interminable, porque son muchos; ociosa, porque todos los conocemos.

· Los ideales! He aquí un plural espléndido. No sé qué horizontes desconocidos, qué profundidades futuras, qué perspectivas movibles ha descubierto la ciencia, que el espíritu humano, descontento de todo cuanto le rodea, se ha lanzado en busca de los más curiosos imposibles. Es el romanticismo de la ciencia.

Pues bien: a la altura en que nos encontramos, *los ideales* es la palabra favorita del pedante. Hay allá, a lo lejos, prosperidades para todos los gustos, para todas las aficiones, para todos los intentos: como en una ropería, cada uno puede elegir el traje que más esté a su medida para la estación venidera. El pedante adopta la palabra como una revelación, y *los ideales* no se le caen de la boca. ¡*Ideales!* ¡El que no ha tenido jamás idea cierta de cosa ninguna!

Claro está que, confiando a los secretos de lo por venir las futuras felicidades del género humano, todo lo presente le ha de parecer imperfecto, menos su propia suficiencia; por lo tanto, la crítica es su fuerte, es decir, su flaco. En el universo hay graves imperfecciones; la naturaleza es incorrecta, empírica, tradicionalista; la sociedad, un mero convenio, un acuerdo tácito entre todos los individuos; en resumen: un *modus vivendi*.

Si le da por ser poeta, estamos perdidos, porque el arte trascendental es el *desiratum* de su estética. La *thesis*: he ahí el *quid divinum*, la única inspiración que reconoce. Ha oído lla-

nar argumento al nudo o fábula de todo poema, y ha dicho: «¡Argumento! Luego ha de probar algo.» Toda obra de arte ha de ser a sus ojos una demostración científica; si no es eso, ¿qué puede ser? Así aparecen en los teatros dramas monstruosos, tesis representadas, sin pies ni cabeza, que, si demuestran algo, es solamente la degradación del arte y las locuras artísticas de la manía científica.

En estos dramas se encuentran colecciones de personajes jamás vistos ni oídos, en cuyas bocas el autor se multiplica, arrojando al público, en diversidad de tonos, todo el caudal de su filosofismo.

Podéis decir con seguridad aritmética que es el pedante multiplicado por cuatro, por seis, por ocho, según los personajes que han sido necesarios para formar el laberinto de la tesis dramática.

Digámoslo aquí: un hombre de gran talento y de recursos dramáticos extraordinarios ha abierto las puertas del teatro a la trágica pedantería que hoy cobra el barato en la república de las letras.

No es raro el fenómeno de esta propensión que arrastra a las nulidades hacia la cumbre de la suficiencia, porque, digámoslo francamente, los pedantes medran, prosperan, viven, y, lo que es más, el público los admira.

Por más que pomposamente nos atribuyamos la facultad de reformar el cielo y la tierra; por más que nos tributemos el honor de haber esca-

lado la eternidad y haber destronado a Dios, en realidad no somos soberbios; somos simplemente vanidosos, pues nos contentamos con las apariencias de aquello que apetecemos: no tenemos tanto el vicio como la hipocresía del vicio.

El más fiero enemigo de la justicia divina que en las asambleas, en los clubs, en los casinos, en los teatros, brama, en prosa o en verso, contra el Dios verdadero, o se mofa de su sabiduría, sabe perfectamente que no es, en resumen, más que un pobre hombre, y no se le oculta que toda su furibunda ciencia no es más que pura pedantería. Mas se ha hecho de la incredulidad un título de ciencia, un mérito insigne, que se premia, se enaltece, se alquila y se compra.

Los fanfarrones de la sabiduría, los barateros de la ciencia, han averiguado que las especulaciones científicas pueden ser muy bien verdaderas y positivas especulaciones, y, por lo tanto, aparentan muchas veces incredulidades imposibles. Especie de mendigos públicos, pintan sobre sus miembros asquerosas llagas que no padecen.

El pedante moderno no es, como *Don Hermógenes*, un pedante cómico, insubstancial, sin transcendencia y sin importancia; en una palabra: un pedante inofensivo. No: es un pedante dramático y aun patibulario; es un pedante trascendental: su transcendencia consiste en que revuelve la sociedad, y su transcendencia le

da su importancia. Es la prendería de la ciencia, el Rastro de la sabiduría.

No sé que dictados nos reservará la historia: podrá llamarnos impíos, incrédulos, trastornadores, mercaderes, falsarios, insensatos, imbeciles...: ¡quién sabe! Pero tal vez sea injusto el fallo de la posteridad, porque acaso no seamos más que unos insignes pedantes, algo menos afortunados de lo que parece.

Para fijar bien la fisonomía auténtica del pedante que vive entre nosotros, se codea con nosotros y se confunde con nosotros, voy a señalar tres especies que todos conocemos, y que, a pesar de la variedad de sus distintos nombres, no son más que una misma cosa:

El matonismo es la pedantería del valor.

La coquetería es la pedantería de la belleza.

El fausto, la pedantería del dinero.

El mundo teme a los matones, adora a las coquetas y envidia el fausto.

## LA ULTIMA MODA

¿En qué quedamos?... ¿Es, en efecto, la mujer rubia el tipo definitivo de la belleza humana, correspondiente a la cara mitad del hombre, o este privilegio es, por juro de heredad, propio de las mujeres morenas?...

El arte no ha resuelto todavía esta cuestión suprema.

Hace mucho tiempo que la *moda*, indecisa, fluctuaba entre esos dos grandes poderes, que desde el principio del mundo se disputan el dominio del hombre; mas ya parece que ha resuelto poner el cetro de la belleza en las preciosas manos de las mujeres rubias.

¿Habrá en esta resolución de la moda alguna intriga diplomática de la astuta Inglaterra?

Acaso Bismarck, en la audacia de su genio político, pretende ensanchar los dominios del rey Guillermo, anexionando a Prusia toda la bella mitad del género humano; reivindicando,

por decirlo así, los derechos de la raza sajona a poblar el mundo.

El gran Canciller ha podido advertir que, por regla general, en Alemania las mujeres son blancas como la nieve y rubias como el oro; y partiendo de este hecho incontestable, es bastante verosímil que en sus horas de más profunda meditación se diga a sí mismo:

—¿Rubias las alemanas ..., eh? ... ¡Soberbio!... La cosa es clara: todas las mujeres rubias pertenecen a Prusia.

Para llevar a cabo esta empresa gigantesca, en la simplicidad de sus recursos heroicos habrá encontrado probablemente un medio seguro, a saber: sobornar a la *moda*.

## II

También es posible, y aun probable, que la moda misma, arrastrada por la corriente irresistible del siglo, haya llegado a comprender, por su propia reflexión, que los cabellos de oro han de ser forzosamente a los ojos de los hombres el más poderoso de los atractivos.

Ello es que las mujeres morenas empiezan a perder el pleito, y si alguna obtiene algún éxito, es únicamente la *Africana*, pobre Reina, que al fin, abandonada por Vasco de Gama, se decide a morir bajo la sombra mortal del manzanillo.

Así es que las españolas, y sobre todo las



que respiran en las más altas regiones de la moda, han comprendido que es absolutamente indispensable ser rubias, rubias a toda costa.

Urgía, pues, corregir ese descuido de la naturaleza, recurriendo a los secretos inagotables del tocador, y he aquí que la transformación se verifica, y los paseos, y los teatros, y los salones se pueblan de hermosas cabezas rubias.

Parece que cada mujer lleva sobre la frente en magníficos raudales la felicidad del género humano; de sus bellas cabezas brota un manantial inagotable, la friolera de un río de oro.

### III

Una morena del día anterior, arrogante y espléndida, que por un olvido, probablemente involuntario, conserva todavía los ojos negros, pregunta a sus amigos:

—¡Eh, señores! ¿Qué tal estoy de rubia?...

—¡Oh! (exclaman todos): encantadora.

Otra, que sería verdaderamente rubia si no brillara en sus rizos una sombra demasiado obscura, y que sería completamente blanca si no corriera por la suavidad de su tez una tinta imperceptible, semejante a la que forman la primera luz del día que amanece y la última obscuridad de la noche que se disipa, consulta el efecto total de su transformación con el espejo.

Pero el espejo, menos lisonjero que los ami-

gos y más fiel que los hombres, mueve, si me es permitido decirlo así, la cabeza, en señal de no hallarse completamente satisfecho.

Ella entonces aparta el semblante, arquea las cejas, y exclama:

—¡Dios mío!... ¿Por qué los ojos pardos no han de ser también azules?...

¿Y es esto un vano capricho?...

Tal vez no; la moda no es tan atolondrada como parece, guarda sus reglas, profesa sus principios, y, como todas las cosas humanas, va a su fin.

Como regla general, se propone ante todo desfigurar a las mujeres, sujetando su natural belleza a las extravagancias de los últimos adornos, de tal manera, que muchas veces es bien difícil conocerlas.

Y, en verdad, ¿no es eso lo que ellas desean?...

Todo cuanto la *moda* inventa es bello. Fugitivo sin duda; pero sus extravagancias tienen siempre éxito. ¿Y por qué no?... ¡Lo que es pasajero es tan agradable!....

El secreto de la *moda* consiste en que no sea moda más que lo presente, lo del momento, aquello que tenemos delante de los ojos, tan cerca, que no podemos verlo como es; y no es posible distinguir juiciosamente una moda hasta que pasa, hasta que se coloca a esa distancia en que las cosas se ven como son.

Así es que toda moda que se acerca es bella, y toda moda que se aleja, horrible. Al venir

nos sonríe; al irse se ríe de nosotros. Primero nos engaña, y después se burla de nuestro engaño.

El encanto de la *moda* consiste pura y simplemente en que es moda.

¡Ah! Lo último posee siempre una atracción irresistible: la última moda y el último amor se parecen.

#### IV

No hay nada que hermostee tanto el semblante de la mujer como la honestidad; nada que la embellezca tanto como el pudor. Convengo en ello. Son un nuevo incentivo, un nuevo encanto.

Dios ha puesto el pudor en el alma de la mujer como el más bello de sus atractivos, y lo confieso: la mujer que descubre en sus mejillas el hermoso color de la honestidad, adquiere el prestigio de un poderoso encanto, que la hace más seductora a los ojos de los hombres que no sean ciegos.

Es cierto; pero el pudor y la honestidad son dos adornos demasiado antiguos. Mírese como se quiera, ello es que no ofrecen novedad ninguna.

El imperio de la *moda* es permanente, por lo mismo que es inconstante.

Un nuevo amante y una *toilette* nueva: he ahí una dudosa alternativa... ¿A qué lado se

inclinará la balanza de su corazón? No quiero saberlo.

¡ Los lazos del cariño!... ¡ Los lazos de la familia!... Muy bien ; nada hay que decir contra ellos ; pero el lazo que la moda ha hecho célebre en este momento... ¡ Oh, ese sí que es lazo!...

No le demos más vueltas, y digámoslo de una vez : si no hubiera *modas*, todos seríamos antiguos. La moda es, pues, indispensable para el rejuvenecimiento continuo del género humano, y es además inevitable, porque sin ella tal vez se pueda comer, quizá se pueda dormir... ; pero, ¡ bah!, vivir es imposible.

Ella es la que por su propia autoridad ha decretado al fin el imperio de las mujeres rubias ; y al presentar el último modelo de la belleza a que deben aspirar todas las mujeres, ha incurrido en una gran injusticia. Porque... vamos a cuentas : ¿ qué va a ser desde hoy de las mujeres morenas? ¿ Qué han de hacer de su tez suave, sí, pero obscura ; de sus ojos grandes, sin duda, pero enlutados ; de sus rizos abundantes, pero al fin negros como la noche?

Por de pronto, pondrán el grito en el cielo de los espejos, y clamarán contra la tiranía de la naturaleza, que las condena a ser morenas cuando la moda las obliga a ser rubias.

Y dirán :

—¿ Qué es esto? Cuando se han destrozado millares de hombres, a propósito de la emancipación de los negros, en las apartadas regiones

del Norte de América, ¿será posible que aquí, en Europa, se sujete a las mujeres que llevan en su semblante el fuego del Mediodía al yugo insoportable de las mujeres rubias? ¿Por dónde esta mujer que sonríe sin alegría, y mira sin rayos, y llora sin penas, ha de ser el modelo de la mujer hermosa? ¿No poseemos nosotras la gracia, que es al fin y al cabo la esencia de la belleza?

## V

Declaro ingenuamente que no sé qué contestarles; pero la *moda* es moda, y su condición inevitable es imponer la ley del momento. Momento fugaz, pasajero; mas entretanto, la tez morena, los ojos oscuros como el abismo y los cabellos negros como azabache, son, cuando menos, de mal gusto.

Pero... no hay que afligirse: la industria tiene recursos para que la naturaleza se someta a la *moda*, y pone al alcance de todas las mujeres cultas el medio de ser alternativamente morenas o rubias, según el caso y las circunstancias.

Confundir la diversidad de aspectos que la mujer presenta es, por lo menos, llegar a lo supremo del arte; es la variedad en la unidad.

Una misma mujer puede ser alternativamente blanca o morena, rubia como el oro y negra como el ébano.

Y he aquí al hombre casado en la probable contingencia de encontrarse de la noche a la mañana... ¡friolera!... con dos mujejres propias: la morena y la rubia... ¡Santo Dios!... ¡Como si no tuviera bastante con una sola!

El amante más fiel sentirá en su corazón una inquietud continua, una doble inquietud, porque se verá obligado a exclamar unas veces:

—¡Esta morena me vuelve loco!

Y otras:

—¡Esta rubia me hace perder el juicio!

Para un hombre económico en materia de mujeres, el lance debe ser muy serio, porque, sin saber cómo, se encontrará suspenso entre dos fuerzas iguales y contrarias, como si dijéramos, entre la espada que le hiere y la pared que le cierra el paso; entre una morena que le abrasa y una rubia que le enternece. Esto es, entre la misma mujer que le deslumbra con los resplandores del día o le ciega con las sombras de la noche.

La situación de ella no será menos original; se mirará a sí misma de reojo con inquietud, con sobresalto..., tal vez con envidia; si es morena, porque es morena; si es rubia, porque es rubia.

Y hablándose a sí propia en el fondo de su pensamiento, se dirá:

—¡Oh!... Tengo celos de mí misma.

## VI

Delante del hombre a quien en aquel momento prefiere su voluntad o su capricho, y aun quizá su corazón, siente la acerba curiosidad de sus extraños celos, y le sonríe y le pregunta:

—¿A quién quieres más?...

Y él contesta, como cualquiera, como todos:

—A ti.

Y ella mueve la cabeza con inquieta desconfianza y le pregunta de nuevo:

—¿A mí, o a mí?... Es decir, ¿a la rubia o a la morena?...

Y él, recogiendo en una sola imagen los encantos de ambas, le dirá probablemente:

—A las dos.

—¡Perjuro!...—exclamará.

Y si es morena echará fuego por los ojos, y si es rubia caerá por sus mejillas sonrosadas un torrente de lágrimas.

¿Qué ha de hacer el que se encuentre en este caso más (que encogerse de hombros? Pues bien: se encoge de hombros. Hace más todavía: baja la cabeza para ocultar que se sonríe; pero la tempestad ruge, digámoslo así, por los dos puntos opuestos del horizonte.

## VII

Los ojos de la morena relampaguean, y su voz truena, diciendo:

—¡Infame!... Yo quiero ser sola.

Y la rubia, entornando los ojos como un cielo que se nubla, llorará a mares, sollozando:

—¡Ingrato! ¡Amas a otra!

Y él dirá a la rubia:

—Deja de ser morena.

Y ella replicará:

—No puedo.

Y le dirá a la morena:

—Pues bien: deja de ser rubia.

Y ella replicará al golpe:

—Es moda, es la última *moda*.

## VIII

No tengo empeño en hacer creer la realidad auténtica de esta escena, y dejo al lector en libertad de tomarla como inverosímil o desecharla por increíble. Pero sustitúyese al hombre con un espejo, y ya esa escena inverosímil e increíble empezará a ser más probable.

De todas maneras, yo la he entrevisto del modo que acabo de escribirla, pensando en las transformaciones que a mi ociosa curiosidad



ofrece el capricho de la *última moda*, que, sea como quiera, pone a los maridos en el peligro de tener dos mujeres, y ¡oh absurdo!..., a los hijos en la inconcebible contingencia de tener dos madres.

# INDICE

## DELICIAS DEL NUEVO PARAISO

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION ... ..	5
El principio y el fin ... ..	14
Un hombre libre ... ..	20
Triunfo de la materia ... ..	29
La belleza eterna ... ..	36
La emancipación de la mujer ... ..	46
El matrimonio civil ... ..	56
Manos vivas y manos muertas ... ..	66
La caridad moderna ... ..	73
La gran ciencia ... ..	81
Más ciencia nueva ... ..	88
El lujo de las mujeres ... ..	94
La Estrella Madrileña ... ..	101
Europa, Africa y América ... ..	110
Londres, París, Madrid ... ..	119
Don Plácido Castro Verde ... ..	125
La moral y el derecho ... ..	132
La perfección de la guerra ... ..	141
Pensamientos sueltos ... ..	148
Puntos de vista ... ..	173
¿Qué hay? ... ..	203
Conclusión ... ..	208

## COSAS DEL DÍA

	<u>Págs.</u>
Un entierro ... ..	217
La ley de la historia ... ..	227
Nuestra razón ... ..	239
El don de la palabra ... ..	250
El Hombre-Dios ... ..	264
Cuatro pinceladas ... ..	274
La hermosura y la riqueza ... ..	284
Un boceto ... ..	293
El número ... ..	304
Don Hermógenes ... ..	315
La última moda ... ..	330

